

Abby Green

ESPOSA A CUALQUIER PRECIO

HARLEQUIN



ESPOSA A CUALQUIER PRECIO

Abby Green





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Esposa a cualquier precio, n.º 136 - enero 2018
Título original: Married for the Tycoon's Empire
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-870-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Prólogo

BENJAMIN Carter estaba sentando en una butaca de cuero en un rincón de un club privado. La iluminación era tenue y el ambiente transmitía quietud y exclusividad. La luz dorada de los candelabros aumentaba la sensación de privacidad refinada. El humo del puro que llegaba desde otro rincón oscuro le daba un aroma exótico y difuminaba la luz.

El club garantizaba una discreción absoluta y por eso lo había elegido. Miró, uno a uno, a los tres hombres que lo acompañaban a la mesa por petición de él.

El jeque Zayn Al-Ghamdi, el gobernante absoluto de un país desértico repleto de petróleo y minerales y cuya riqueza era asombrosa.

Dante Mancini, un italiano, magnate de las energías renovables, cuyo exterior apuesto y encantador escondía una inteligencia aguda, una perspicacia enorme para los negocios y una lengua tan afilada que podía despellejar a cualquiera, como había comprobado Ben en una operación especialmente áspera que negociaron hacía unos años. En ese momento, no irradiaba encanto, miraba a Ben con una expresión sombría.

El último, aunque no por eso inferior, era Xander Trakas, un griego multimillonario que era el consejero delegado de una multinacional de productos de lujo. Era frío y distante y tenía unos rasgos duros que no dejaban entrever nada. Ben le había dicho una vez que debería jugar al póquer si alguna vez perdía su inmensa fortuna y quería recuperarla, lo cual era tan improbable como que hubiera una tormenta de nieve en el infierno.

Él no gobernaba un reino en el desierto ni media Europa, pero sí gobernaba Manhattan con sus imponentes grúas y los profundos cimientos que le permitían construir edificios nuevos y de una ambición increíble.

La tensión era palpable. Esos hombres habían sido sus oponentes durante tanto tiempo, y los oponentes entre ellos mismos, que era irreal que estuviesen sentados allí en ese momento. Lo que había empezado con pequeñas zancadillas en algunas operaciones había ido creciendo a lo largo de los años y se había convertido en una guerra declarada entre enemigos formidables a los que había que

derrotar y subyugar. El único problema era que todos eran tan despiadadamente prósperos y obstinados como los demás y solo llegaban a una serie de tensos empates.

Ben notó que Dante Mancini estaba a punto de estallar y comprendió que había llegado el momento de decir algo.

–Gracias por haber venido.

El jeque Zayn Al-Ghamdi lo miró con unos ojos negros e implacables.

–No me gusta que me convoquen como si fuera un niño que se ha portado mal, Carter.

–Aun así, has venido –Ben miró alrededor–. Todos habéis venido.

–¡El premio por decir lo evidente va a Benjamin Carter!

Dante Mancini levantó la copa de cristal en dirección a Ben y el líquido color ámbar que había dentro reflejó todo el lujo que los rodeaba. Se lo bebió de un sorbo e hizo un gesto al camarero.

–¿No te tienta beber algo más fuerte que el agua, Carter?

Ben tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse por la pulla de Dante. Era el único que no se premiaba con el mejor whisky de malta que podía encontrarse fuera de Escocia e Irlanda.

Miró fijamente a los demás.

–Caballeros, por muy divertido que haya sido enfrentarnos durante la última década, estaréis de acuerdo en que ha llegado el momento de que dejemos de dar motivos a la prensa para que nos azucen a los unos contra los otros.

Xander Trakas fue mirándolos uno a uno.

–Tiene razón. La prensa se ha cebado con nosotros y lo que empezó con unos cotilleos ingeniosos en el *Celebrity Spy!* se ha convertido en algo mucho más grave. Si bien creo que tenemos la culpa por lo relajado de nuestras relaciones públicas, yo pongo el límite en las falsas afirmaciones de que voy de fiesta en fiesta y de cama en cama y, lo que es más perjudicial, de que voy poco por la oficina –el magnate griego endureció el gesto–. Me enfurece que digan que he estado de juerga cuando he pasado la noche trabajando en la oficina. La semana pasada perdí un contrato muy lucrativo porque pusieron en duda mi competencia. Ha llegado demasiado lejos.

Dante Mancini dejó escapar un gruñido de conformidad.

–Yo estoy a punto de perder una operación porque quieren a alguien con valores familiares, sea eso lo que sea –comentó el italiano antes de dar un generoso sorbo.

Que Dante Mancini y Xander Trakas siguieran allí y estuviesen

de acuerdo le indicaba que había hecho lo que tenía que hacer al convocarlos, y que la amenaza era verdadera.

–Nos están reduciendo a unas caricaturas y esas exageraciones sobre nuestra vida privada están empezando a ser demasiado perjudiciales como para pasarlas por alto –añadió Ben–. Puedo ir a las obras y soportar que mis hombres me tomen el pelo por un cotilleo, pero me parece inaceptable cuando eso afecta al precio de mis acciones y a mi reputación profesional.

Trakas lo miró con un brillo burlón en los ojos.

–No estarás intentando decir que tu examante se lo inventó todo, ¿verdad, Carter?

Ben se acordó del explícito titular, «¡el hombre duro de la construcción es igual de duro en la cama!», y tuvo que replicar.

–Su historia era tan verdadera como tu infame agenda negra en la que estaban los nombres y los números de muchas de las mujeres más hermosas del mundo. ¿Qué dijeron, Trakas? ¿Líbrenos Dios de las aguas mansas…?

Trakas frunció el ceño y Dante intervino en tono despectivo.

–Como si Trakas tuviese el monopolio de las mujeres hermosas. Todo el mundo sabe que yo…

Una voz impasible lo interrumpió.

–Si hemos terminado con el concurso de burlas, es posible que podamos hablar de cómo salir de este embrollo. Estoy de acuerdo con Carter en que ha llegado demasiado lejos. Esas habladurías no solo afectan a la confianza en mí como gobernante, también afectan a mis intereses empresariales. Incluso, afectan a las posibilidades de que mi hermana pequeña encuentre el matrimonio que ella quiere, y eso es inaceptable.

Los tres miraron al jeque Zayn Al-Ghamdi. La luz tenue resaltaba la expresión arisca de su atractivo rostro. Todos iban vestidos con el clásico esmoquin negro, menos Mancini, quien llevaba una chaqueta blanca y la pajarita deshecha. Eso le recordó a Ben la función donde habían estado antes.

–No se trata solo de nuestros intereses empresariales o de nuestras familias –comentó Ben en tono severo.

Mancini se inclinó hacia delante y frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Ben los miró detenidamente.

–La presidenta de la organización benéfica se me acercó esta tarde y me dijo que si no acababa el acoso de la prensa, tendría que cesarnos como patronos, que había notado el efecto adverso, que se habían vendido menos entradas y que había acudido menos gente.

Dante Mancini dejó escapar un expresivo improperio en italiano.

–¿Por eso nos has pedido que nos reuniéramos contigo? –le preguntó pensativamente el jeque.

–Sí –contestó Ben–. Creo que todos estaremos de acuerdo en que no queremos que la organización benéfica salga perdiendo por nuestra culpa.

Esa organización benéfica era lo único que los unía, aparte de incordiarse los unos a los otros en las operaciones empresariales, y la función era la única ocasión del año en la que estaban a la vez en la misma habitación, lo que generaba mucho interés para la prensa. La Fundación Esperanza financiaba a jóvenes, a chicos y chicas con orígenes humildes que mostraban aptitudes para los negocios y la empresa.

–Carter tiene razón –reconoció Dante–. No podemos perjudicar a la fundación.

Por primera vez, Ben había captado cierta afinidad. Todos se preocupaban sinceramente por lo mismo y eso era algo desconcertante cuando solo había dependido de sí mismo durante tanto tiempo. No le desagradaba del todo, era casi como si le hubiesen quitado un peso de encima.

–Entonces, ¿puede saberse cuál es la solución? –preguntó el jeque Zayn en su tono imperturbable.

Ben lo miró antes de mirar a los demás.

–Me imagino que lo habréis consultado con vuestros servicios legales y os habréis dado cuenta de que no compensa demandar a *Celebrity Spy!* y darle más publicidad.

Todos asintieron con la cabeza y Ben siguió en un tono tan sombrío como los rostros que lo rodeaban.

–Emitir una declaración tampoco nos llevará a ninguna parte, ya hemos sobrepasado ese punto y, si lo hiciésemos, parecería que rectificamos, que intentamos defendernos –Ben suspiró ruidosamente–. La única solución es que nos vean enmendar lo que hemos hecho de una forma clara y a largo plazo. Si no, no creo que vayan a cesar. Si acaso, empezarán a indagar más y os aseguro que no tengo ganas de que lleguen más lejos.

Dante lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿No quieres que recuerden a la gente que tu historia de… ascenso social no es exacta del todo?

Ben se puso en tensión y miró con rabia al italiano.

–Nunca he ocultado mis orígenes, Mancini. Digamos que no me apetece que vuelvan a remover esa historia. Como estoy seguro de que tú también prefieres que se olviden de los orígenes de tu

familia.

Ben se refería a lo celoso que era Dante con la privacidad de su familia, lo que solo podía significar que tenía algo que ocultar. Después de un instante muy tenso, Dante esbozó una levísima sonrisa y levantó el vaso casi vacío.

–*Touché*, Carter.

–Creo que todos agradeceríamos que nos dejaran en paz –intervino el jeque Zayn–, sea por el motivo que sea.

Ben se dio cuenta de que Xander Trakas se movía con incomodidad a su derecha, de que, evidentemente, también estaba repasando los esqueletos que tenía guardados en el armario. Se hizo un silencio reflexivo hasta que el jeque habló con un gesto de fastidio.

–Estoy de acuerdo con Carter en que parece que la única solución viable es que limpiemos nuestra vidas personales. Sé, por mucho que he intentado evitarlo, que lo único que me devolverá la confianza de mi pueblo es un matrimonio estratégico y que engendre un heredero al trono.

Ben se dio cuenta del estremecimiento que sintieron todos ellos y tuvo que reconocer, a regañadientes, que había llegado a una conclusión parecida después de haberlo hablado mucho con su asesor de imagen.

–¿Matrimonio? –preguntó Dante sin disimular el espanto–. ¿De verdad tenemos que tomar una medida tan drástica?

–Hasta yo puedo ver las ventajas de casarme con alguien adecuado –contestó Ben–. Nos devolverá la confianza y nos desembarazaremos de la prensa. También se fiarán de nosotros. Me he encontrado en más de una situación en la que la esposa de un cliente ha mostrado un interés por mí más que evidente, para enojo de su marido. Una operación acaba frustrándose por los celos, o, peor aún, por creer que ha pasado algo –Ben miró a los otros hombres–. Nos consideran una amenaza en más de un sentido y eso no es bueno.

–Has dicho alguien adecuado, ¿qué es adecuado? –preguntó Dante con una irritación evidente–. ¿Existe esa mujer?

El jeque Zayn contestó con la firmeza de un hombre que procedía de una sociedad en la que los matrimonios concertados estaban a la orden del día.

–Claro que existe. Es una mujer que se siente feliz de ser un complemento en tu vida, que es discreta y fiel por encima de todo.

–Vaya, genio, ¿y dónde encontrarnos ese dechado de virtudes? –preguntó Dante arqueando una ceja.

Se hizo el silencio y Ben se puso tenso otra vez. Dante Mancini podía haberse excedido. El jeque Zayn era un jefe de Estado y estaba acostumbrado a que lo trataran con más respeto.

Sin embargo, el jeque echó la cabeza hacia atrás y se rio ruidosamente.

–No sabéis lo estimulante que es que alguien me hable así.

La tensión que se había adueñado de ellos desde que se sentaron pareció relajarse perceptiblemente. Dante sonrió y señaló al jeque con su vaso.

–Si aceptas hablar de energías alternativas conmigo, te faltaré al respeto todo lo que quieras.

–Es una oferta que tendré en cuenta –replicó el jeque con un inusitado brillo burlón en los ojos.

–Por muy cálido y confuso que sea este cese de hostilidades –intervino Ben–, tenemos que centrarnos en que hemos acordado que la mejor manera de afrontar la situación es promover un frente más… asentado. Para eso, tenemos que encontrar una mujer que esté dispuesta a casarse con nosotros cuanto antes. Como ha dicho el jeque, podemos fiarnos de las mujeres discretas y fieles.

–Tienes más posibilidades de encontrar el cuerno de la abundancia en una papelera de la Quinta Avenida –replicó Dante en tono sombrío.

Lo pensaron un momento en silencio, hasta que Xander Trakas habló en voz baja.

–Yo conozco a alguien.

Todos miraron al hombre que, como se había percatado Ben, había estado sospechosamente silencioso hasta ese momento.

–¿A quién? –preguntó Ben con curiosidad.

–Es una mujer y dirige una agencia matrimonial muy discreta que está pensada para personas como nosotros. Conoce nuestro mundo de arriba abajo…

–¿Qué tiene que ver contigo? –le interrumpió Dante–. ¿Es una examante?

Xander lo miró con rabia, no fue nada distante en ese momento.

–Eso no es asunto tuyo, Mancini. Confía en mí cuando digo que, si hay alguien que puede encontrarnos a la mujer indicada, es ella.

–Muy bien –el magnate italiano levantó las manos–, no te alteres.

Ben, que había estado asimilando todo eso, miró al jeque Zayn.

–¿Y bien?

Pareció como si el jeque prefiriese apuntarse a un curso de corte y confección, pero acabó hablando con pesadumbre.

–Creo que podría ser la mejor alternativa. Si vamos a hacerlo, el tiempo es esencial… para todos –añadió con una mirada muy elocuente a cada uno de ellos.

–Muy bien –concedió Dante por fin sin disimular la reticencia–, tomaré nota de sus datos, pero no prometo nada.

Ben le pasó el teléfono a Xander Trakas e intentó pasar por alto la sensación de que el cuello de la camisa lo asfixiaba.

–Introduce su número de teléfono, la llamaré la semana que viene.

Mientras Xander introducía loa datos en el teléfono de Ben, el jeque Zayn se inclinó hacia delante y habló con otro brillo burlón en los ojos.

–¿Sabéis una cosa? Ya ni me acuerdo de qué fue lo que nos enfrentó en un principio…

–Creo que tenemos que reconocer que es posible que ser adversarios nos gustara tanto que no queríamos renunciar a ello –comentó Ben con una sonrisa melancólica.

Xander dejó el teléfono de Ben en la mesa y levantó su vaso.

–Entonces, también es posible que haya llegado el momento de que reconozcamos la derrota de todos para lograr una victoria superior; recuperar la fe en nuestra reputación, que nos devolverá la confianza en nuestras empresas y aumentará los beneficios. Todos sabemos que eso es lo más importante.

–Atención –Mancini levantó su vaso–. Por el principio de una hermosa amistad, caballeros.

Ben miró a los demás y pensó que, a pesar del tono ligeramente sarcástico de Mancini, algo había cambiado esa noche. Esos hombres ya no eran enemigos, eran aliados y, efectivamente, podían llegar a ser amigos. Levantó su vaso. Nada iba a interponerse en su camino, ni siquiera las mujeres que tomarían como esposas de conveniencia.

Capítulo 1

BEN Carter estaba junto al ventanal de su despacho en Manhattan. La vista era impresionante, pero lo que más le gustaba era ver las grúas que se elevaban por toda la isla. En ese momento, sin embargo, estaba de espaldas a la vista y todo su cuerpo tenía una actitud defensiva, desde los brazos cruzados hasta la tensión de su rostro.

–Creo que eso es suficiente.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntarle con sorna si quería saber el color de la ropa interior que llevaba puesta ese día. La mujer que estaba sentada junto a su mesa lo miró con ironía.

–No le gusta contestar a preguntas personales, ¿verdad?

Ben mostró los dientes con una sonrisa forzada.

–¿Qué le hace pensar eso?

Elizabeth Young, la… intermediaria, se encogió de hombros y tecleó algo en su tableta electrónica.

–Creo que se adivina porque parece como si estuviese a punto de saltar por la ventana.

Ben fue hasta su mesa con el ceño fruncido. Había puesto más distancia entre ellos con cada pregunta que le había hecho, desde las más inocuas como cuál era su destino favorito para pasar las vacaciones hasta las más peliagudas como qué era lo que esperaba de una relación. Por mucho que reconociese que necesitaba una esposa, la diferencia sideral que había entre las relaciones sin ataduras con mujeres hermosas y una relación formal, aunque fuese conveniente, hacía se le pusiera la carne de gallina. Después de presenciar el hundimiento del matrimonio de sus padres, que había caído como un castillo de naipes ante el primer contratiempo, nunca había albergado esperanzas de conocer la felicidad doméstica. La intermediaria tenía razón; si pudiese saltar por la ventana, quizá ya lo habría intentado.

Frunció más el ceño y se sentó. ¿Podía saberse quién había tenido esa idea? Xander Trakas. Se acordó de la reacción del griego aquella noche, cuando Mancini le preguntó si esa mujer era una examante, y miró con detenimiento a la esbelta rubia que estaba sentada enfrente de él. Llevaba el pelo, que parecía con tendencia a rizarse, recogido en un moño bajo. Iba vestida de forma

despreocupada, aunque elegante, con unos pantalones hechos a medida y una blusa amplia bajo una delicada chaqueta de cuero. Irradiaba elegancia y, tuvo que reconocerlo, discreción y profesionalidad. Xander había tenido razón.

Entonces, ella lo miró y él se dio cuenta de que los ojos eran de un color ámbar muy poco frecuente. Esperó un segundo para comprobar si sentía alguna reacción física. Ninguna. Eso estaba bien, no quería que le distrajera alguien a quien deseara de verdad. Se acordó del motivo por el que estaba allí.

–Ahora que ya me ha sacado hasta el más mínimo detalle, ¿quién cree que es mi mejor opción como pareja?

Él captó un brillo escepticismo en los ojos de ella, quien esbozó media sonrisa muy leve.

–No se preocupe –replicó Elizabeth–, no me hago ilusiones. Ya sé que solo me ha contado lo que estaba dispuesto a contarme. Conozco a los hombres como usted, señor Carter, y por eso hago tan bien mi trabajo.

Ben decidió pasar por alto las ganas de preguntarle a qué se refería exactamente con los hombres como él. Le daba igual si eso le ayudaba a conseguir lo que necesitaba para salir airoso de esa crisis. Apoyó la barbilla en las manos y reconoció, a regañadientes, que tenía que admirarla porque no se sentía intimidada por él, como les pasaba a muchas.

–Xander Trakas la recomendó.

La mesura de esa mujer se alteró un poco, como le pasó a Xander aquella noche en el bar, hacía casi una semana. Ya no era tan segura de sí misma. Eludió la mirada de Ben y se concentró en la tableta.

–Tengo muchos contactos, él solo es uno más.

Ben se quedó intrigado por la fibra que acababa de tocar, pero no lo bastante intrigado como para perder de vista su objetivo. Se inclinó hacia delante.

–Olvídese de que lo he dicho. Entonces, ¿tiene pensando a alguien concreto?

Ella dejó la tableta en la mesa, le dio la vuelta hacia él y se la acercó.

–Hay algunas posibilidades. Écheles una ojeada y compruebe si hay alguna que le pica la curiosidad.

Ben tomó la tableta y fue pasando fotos de mujeres con algunos datos de sus biografías. Todas eran impresionantes por algún motivo. Había una abogada de derechos humanos, una consejera delegada de una empresa informática, una intérprete de las

Naciones Unidas, una supermodelo… pero ninguna le llamó la atención. Iba devolverle el aparato cuando una mujer apareció en la pantalla y algo se le inmovilizó por dentro. Ni siquiera miró su biografía, estaba absorto por la foto. El viento le arremolinaba el pelo castaño oscuro alrededor de la cara y los hombros y la sonrisa le formaba dos hoyuelos en las mejillas. Tenía los pómulos prominentes y unos labios carnosos. No recordaba la última vez que había visto una mujer con hoyuelos. Los ojos eran azul oscuro y con unas pestañas largas y tupidas. Era sensual e inocente a la vez, tenía una belleza exquisita y vibrante. La costó respirar durante un segundo y, además, tuvo la sensación de que le resultaba ligeramente conocida.

Naturalmente, Elizabeth captó su interés.

–Se llama Julianna Ford. Es impresionante, ¿verdad? Es británica y vive en Londres. Eso podría ser una pequeña complicación, pero la suerte ha querido que esta semana esté en Nueva York por un acto benéfico.

Ben frunció el ceño y levantó la mirada.

–¿Ford? ¿Como la hija de Louis Ford?

–¿La conoce? –preguntó Elizabeth ladeando la cabeza.

Él volvió a mirar la foto y le devolvió la tableta a Elizabeth.

–He oído hablar de ella. Conocí a su padre hace unos años. Intenté convencerle de que me vendiera su empresa. Me habló de ella y vi su foto en casa de su padre, pero no estaba allí en aquel momento.

Ben intentó hacer memoria. Estaba de vacaciones, ¿esquiando? Fuera lo que fuese lo que le dijo su padre sobre ella, confirmó la idea que se había formado en aquel momento, que era la hija única, mimada y malcriada de un padre multimillonario. Vivió aquella escena cuando estaba en Londres, donde los ricos iban de fiesta con la realeza y cometían todo tipo de excesos. Lo había detestado. Le había recordado claramente que, si su padre no hubiese sido tan corrupto, él también formaría parte de ese mundo, que viviría una vida privilegiada y no vería la cruda realidad. La cruda realidad que lo había convertido en el hombre que era en ese momento. No tenía que dar explicaciones a nadie y su prosperidad estaba tan asentada que nunca sufriría el mismo destino que sus padres, quienes estuvieron a expensas de la volatilidad de los mercados y no tuvieron inversiones sólidas.

Dejó a un lado esos recuerdos dolorosos y se concentró en la intermediaria, y en el futuro, no en el pasado. Lo que estaba ofreciéndole era una oportunidad que no podía desdeñar.

Construcciones Ford, con sus letras en negro sobre un fondo verde oscuro, estaba omnipresente en los solares en construcción de Gran Bretaña. Él sabía que adquirir una empresa tan respetable e introducirse en Europa sería todo un golpe de mano y por eso lo había intentado antes. Louis Ford se resistió entonces, a pesar de que se rumoreaba que estaba mal de salud, pero él no le había quitado el ojo de encima desde entonces y se había dado cuenta de que Ford estaba callado durante los últimos meses, muy callado.

En ese momento, su hija estaba allí y buscaba una cita. Se dio cuenta de que Julianna Ford representaba la solución para todos sus problemas. Si iba a dar al radical paso de comprometerse con una mujer por el bien de su reputación y de su empresa, ¿por qué no intentar conseguir un matrimonio que llegaría acompañado de una más que posible expansión de su empresa? Si aceptaba casarse con él, su imperio se extendería por Europa y habría llegado a la cima de todo lo que se había propuesto conseguir. Además, con una esposa increíblemente hermosa.

Miró a Elizabeth y una sensación deliciosa le atenazó las entrañas.

–Es la mujer que quiero conocer. Puede concertar la cita.

Lia Ford estaba intentando contener la furia, pero no era fácil. Sus zapatos de tacón de aguja retumbaban en la acera de Manhattan como si subrayaran su humor. En primer lugar, estaba furiosa con su padre por ser tan entrometido aunque lo hiciese con buena intención. Luego, estaba furiosa con la secretaria de su padre por haber obedecido sus instrucciones y haberle dado información suya a Soluciones Leviatán. Estaba furiosa por la foto que le había dado a la agencia, una que le había tomado su padre, cuando estaba desprevenida, durante un viaje en barco muy feliz. ¡Era un recuerdo demasiado personal para una página de contactos!

Como la sede central de Leviatán estaba en Nueva York, había acudido a las oficinas de Elizabeth Young en cuanto se enteró, cuando su padre se lo comentó por teléfono como un hecho consumado.

–¡Cariño, lo he hecho todo por ti! ¡Ahora, lo único que tienes que hacer es conocer a un joven encantador!

Había ido para exigir que retiraran todos sus datos, pero le habían comunicado que ya habían expresado interés en quedar con ella. Además, Elizabeth Young le había sorprendido. Había esperado… La verdad era que no sabía cómo se había esperado que

fuera una casamentera multimillonaria, pero no se había esperado que fuera una hermosa joven de su edad y con una elegancia clásica y desenfadada que era la que más le gustaba a ella. Elizabeth también había sido la discreción profesional personificada y ella había reaccionado a pesar de sí misma. Si bien se había resistido a aceptar la cita, Elizabeth, hábilmente, había conseguido convencerla para que le diera una oportunidad. Además, le había enseñado una foto del hombre en cuestión.

Había tardado unos cuantos segundos en dejar de mirar los penetrantes ojos azules y esos rasgos descaradamente viriles y atractivos. Tenía el pelo moreno y tupido e irradiaba una confianza en sí mismo muy sexy. Era exactamente el tipo de hombre al que eludía instintivamente porque era una personalidad que sacaba a relucir sus vulnerabilidades más secretas. Además, le recordaba a otra personalidad demasiado segura en sí misma que no había tenido tiempo para la timidez innata de ella; su madre, quien les había abandonado, a su padre y a ella, cuando tenía diez años.

Sin embargo, sintió una desconcertante palpitación de excitación femenina ante la virilidad apabullante de ese hombre… y no le hizo ninguna gracia. No le interesaba quedar con nadie. Ya había intentado complacer a su padre, había llegado a pensar en casarse y se había prometido, pero había terminado con la humillación más repugnante cuando un día fue al despacho de su prometido y lo sorprendió con la cara entre las piernas de su secretaria, quien estaba tumbada encima de la mesa y gemía ruidosamente con las manos entre el pelo de él.

–Eres frígida, Lia –le había achacado él más tarde–. ¡No puedo casarme con una mujer a la que no le gusta el sexo!

Esa experiencia había conseguido consolidar más sus inseguridades y se había jurado que se concentraría en su carrera profesional para demostrarle a su padre que podía valerse por sí misma. Desgraciadamente, la mala salud de su padre había significado que había pasado más tiempo dedicándose a la empresa familiar que a sus propias aspiraciones…

Elizabeth Young la había devuelto al presente sin contemplaciones cuando le dijo quién era ese misterioso hombre. Su nombre hizo que entrecerrara los ojos y mirara a la mujer que tenía sentada enfrente.

–¿Benjamin Carter de Construcciones Carter?

Elizabeth Young había asentido con la cabeza.

–Sí. Dijo que había oído hablar de usted aunque no la había conocido. ¿Tuvo algún asunto profesional con su padre hace algún

tiempo?

Ella había levantado todas las barreras protectoras que tenía por dentro. Benjamin Carter había ido al Reino Unido hacía un par de años para intentar hacerse con Construcciones Ford, la empresa familiar. Su padre había rechazado a Carter y su muy generosa oferta, pero su salud, que siempre había sido mala, había empeorado por una neumonía.

Si hubiese conocido a Benjamin Carter entonces, le habría dicho a dónde podía irse y le habría ahorrado la recaída a su padre. Sin embargo, Louis Ford estaba muy orgulloso porque se moriría antes de que alguien notase lo mal que estaba de verdad. Sobre todo, alguien como el magnate de la construcción estadounidense al que su padre había calificado de «formidable».

En ese momento, Benjamin Carter quería conocerla para que saliera con él… Si era casualidad, ella era el hada madrina.

Se paró en el paso de peatones e hizo un esfuerzo para apaciguar la respiración. Sabía que podría haberse limitado a rechazar la cita, que podría haberle dicho a Elizabeth Young que le comunicara a Benjamin Carter que no estaba libre durante su estancia en Nueva York y que no vivía allí, pero había sentido la necesidad ineludible de decirle personalmente que no podría llegar hasta su padre, y menos a través de ella.

El majestuoso hotel Algonquin se elevaba hacia el cielo en la acera de enfrente. Iban a encontrarse en el acogedor bar del hotel y solo conseguía pensar en esos ojos azules y su descarado atractivo. Le costó respirar y se preguntó si sería muy alto y grande.

El semáforo le dio paso y bajó a la calzada intentando convencerse de que Benjamin Carter la decepcionaría en carne y hueso, como pasaba con muchas figuras públicas. Aunque tampoco iba a quedarse tanto tiempo como para comprobarlo, no iba a perder el tiempo comunicándole… Se chocó contra una pared de ladrillo justo al lado del hotel y todos sus pensamientos se hicieron añicos. Intentó tomar aire, levantó la mirada y vio que esa pared de ladrillo era un ser humano muy alto y muy masculino y muy ancho… y con unos ojos azules muy penetrantes.

No era una pared y, vagamente, comprobó que Benjamin Carter no la decepcionaba en carne y hueso. Al contrario, era… más. Él sonrió y ella pudo captar toda la sensualidad de sus labios.

–Lo siento. No había previsto que nos presentáramos con un choque. Vi que cruzaba la calle, la conocí por la foto y pensé en esperarla. ¿Está bien?

Tenía una voz tan grave y profunda que la alcanzó a un nivel

físico. Se sintió un poco estúpida y lo atribuyó a la impresión y a que se había quedado sin respiración.

–Bien… Sí, bien –contestó ella mientras conseguía apartarse de él.

Había estado tan absorta por el encuentro que había acabado topándose con él. Entonces, se dio cuenta de que estaba agarrándolo de los brazos para sujetarse y de que podía notar los duros que eran sus bíceps a pesar de la tela del abrigo. Los soltó como si le quemaran las manos.

Él la miró un momento y retrocedió un poco.

–Las mujeres primero –dijo Ben haciendo un gesto con la mano.

Lia, fastidiada porque se había quedado sin respiración, solo pudo dirigirse hacia el hotel, donde estaba esperando el portero con la puerta abierta.

–Bienvenido una vez más, señor Carter.

–Gracias, Tom. Siempre es un placer.

Lia quiso fruncir el ceño por su delicadeza al hablar, aunque tenía que reconocer que su primer y catastrófico encuentro con ese hombre no había tenido nada de delicado. Había hecho que pensara en muchas cosas, y ninguna delicada. Grande, fuerte, poderoso, inamovible… Estaba detrás de ella y podía oler su aroma, que era tan masculino como él y más evocador que abrumador.

El maître salió a recibirlos a la puerta del bar lujosamente decorado y tenuemente iluminado y chasqueó los dedos para que un empleado fuese a hacerse cargo de sus abrigos. Ella quiso alegar que no iba a quedarse mucho tiempo, pero ya les habían quitado los abrigos antes de que pudiera hablar y los habían acompañado a una mesa para dos que había en un rincón íntimo del sugestivo espacio. Se resignó ante lo inevitable y se sentó en la butaca de terciopelo mientras decidía que, al menos, se explicaría ante ese hombre, quien plegó su cuerpo y se sentó enfrente de ella. Tomó todo el aire que pudo con la esperanza de recuperar el equilibrio después de la impresión del impacto.

Una vez sin abrigo, vio que llevaba un traje de tres piezas y una corbata gris oscuro. También percibió, con una fastidiosa oleada de calor, que, a pesar de su exterior refinado, ese hombre tenía algo peligroso y bárbaro. Lo notaba en los músculos que tensaban la chaqueta del traje, como si fuese más un guerrero que un empresario urbano. Sintió una punzada de pánico en las entrañas y empezó a hablar atropelladamente.

–Mire, señor Carter…

No pudo terminar la frase cuando él levantó una mano y sonrió.

Ella no pudo evitar fijarse en su boca. Tenía un labio inferior carnoso y uno superior algo más fino, aunque eso no disminuía lo más mínimo una sensualidad que la alteraba como no la había alterado ningún hombre antes, y menos su exprometido.

–Discúlpeme. No me había presentado como es debido. Soy Benjamin Carter.

Toda una vida de buenos modales grabados en lo más profundo de su ser por su padre y estrictos internados no le permitió pasar por alto su mano tendida. La estrechó con la intención de que fuese algo fugaz y estéril, pero lo primero que notó fue que era inesperadamente callosa, lo que confirmó su impresión de que era más bárbaro de lo que parecía. También notó una palpitación entre las piernas… su rincón más íntimo había reaccionado a su contacto. Era tan fuerte que juntó los muslos con fuerza e, instintivamente, le apretó más la mano.

–Yo me llamo Julianna… Julianna Ford.

Cuando esos dedos femeninos y delicados le apretaron la mano, Ben solo pudo pensar qué sentiría si otros músculos más íntimos le apretaran una parte más sensible de su anatomía. Nunca había sentido una reacción tan carnal e inmediata hacia una mujer, pero no podía pasar por alto la sensación que había supuesto el choque fuera del hotel con su cuerpo delgado y a la vez de curvas generosas.

La había visto desde la acera de enfrente. Tenía una mirada de concentración y las cejas ligeramente fruncidas. Entonces, mientras sus largas piernas cubrían la distancia que había entre los dos, había estado tan ensimismado por sus elegantes movimientos que no se había apartado y ella se había chocado directamente contra él. Todavía podía sentir sus delicados pechos en el pecho de él. El deseo se había adueñado de él desde el primer contacto, como una inyección de adrenalina en el corazón, y no le había pasado solo a él. También había captado el efecto en ella. Había visto que abría los ojos y que se sonrojaba mientras lo agarraba de los brazos. Era alta y, si él hubiese querido, habría bastado haber inclinado un poco la cabeza para tomarle esa provocativa boca.

En ese momento, estaba absorto por sus ojos azul oscuro, su reluciente pelo castaño oscuro, su piel blanca como el marfil y esa boca tan delicadamente curva que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no apartar la mesa y devorarla allí mismo.

Era impresionante, exquisita.

En ese momento, estaba tirando levemente de la mano para retirarla y él, a regañadientes, se la soltó.

Entonces, llegó un camarero para tomar el pedido de las bebidas. Julianna pareció titubear un instante, pero pidió un bourbon con hielo y él pidió un agua con gas. Cuando volvieron a estar solos, consiguió sacarse de la cabeza ese deseo carnal antes de hablar.

–Gracias por aceptar encontrarte conmigo.

Ella lo miró y él notó que la sangre se le concentraba en las partes bajas, que se endurecieron. Maldijo ese arrebato hormonal. Ni siquiera llevaba algo especialmente provocativo. Llevaba una camisa clara de seda abotonada hasta el cuello y una falda tubo oscura. El maquillaje y los complementos eran muy discretos. Los zapatos de tacón de aguja, clásicos y elegantes. Sin embargo, para su libido, era como si estuviese desnuda.

–Verá…

Sin embargo, el camarero la interrumpió cuando volvió con las bebidas y las dejó en la mesa. Ben se fijó en que daba un rápido sorbo del líquido color ámbar antes de volver a dejarlo. Parecía nerviosa de repente y él intentó tranquilizarla.

–Tengo entendido que solo vas a estar una semana aquí, ¿vives en Londres?

Ella tragó saliva y a él le pareció que hasta ese gesto tan nimio era elegante. Esa elegancia refinada estaba haciéndole efecto y le sorprendió. Hacía mucho tiempo que había rechazado a las bellezas de clase alta que pululaban a su alrededor. Les atraía la coraza que se había forjado durante años de trabajo agotador. Sabía que les atraía el aire arisco que había adquirido. No querían saber que había sido uno de ellos, solo querían sentir la emoción de estar con alguien que podía ser peligroso, escabroso, alguien cuya profesión era ordinaria.

Le complacía rechazarlas porque rechazaba ese mundo… y, sin embargo, allí estaba, sentado a unos centímetros de una mujer que podía eclipsar a cualquiera de todas esas zorras con solo arquear una de sus elegantes cejas. Además, la sangre le bullía con tanta fuerza que no podía pensar con claridad.

Ella lo miró y unos mechones de pelo oscuro y sedoso le cayeron sobre los hombros.

–Sí… vivo en Londres. Por eso, para ser completamente sincera, creo que este encuentro es absurdo.

Él tardó unos segundos en asimilar su impecable acento inglés y sus palabras, así como la expresión fría de su rostro.

–Entonces, ¿por qué aceptaste? –preguntó él parpadeando.

Ella entrecerró los ojos y tomó aire, pero él, a pesar de la repentina frialdad del ambiente, no pudo evitar que la mirada bajara hasta el contorno de sus voluptuosos pechos bajo la fina tela de seda.

–Porque quería verlo cara a cara y decirle que sé que conoció a mi padre cuando intentó quedarse su empresa.

Su mirada subió de golpe hasta los ojos azul oscuro de ella, pero la sangre no dejó de bullirle por las vibraciones gélidas que estaba mandándole. Disimuló la sorpresa y se encogió de hombros con despreocupación.

–Qué pequeño es el mundo.

–Evidentemente, demasiado pequeño –replicó ella antes de dar otro sorbo.

–¿Qué quieres decir exactamente?

Dos manchas rosadas aparecieron en sus mejillas y pareció casi enfadada.

–Lo que quiero decir, señor Carter... –ella puso mucho énfasis en su nombre, como si él pudiera estar haciéndose la ilusión de que las cosas no estaban estropeándose muy deprisa– es que, ateniéndonos a su historia previa con mi padre, no puede esperar que me crea que esta cita es mera casualidad.

Ben pensó en lo hipnotizado que se había quedado por aquella foto de ella y se sintió desarmado. El escepticismo de ella no debería haberle sorprendido, pero sí le sorprendió por algún motivo. Ya estaba alerta y midió sus palabras al hablar.

–No puedo decir que sea casualidad del todo. Sé quién eres, y quién es tu padre.

Ella sonrió, pero fue una sonrisa implacable.

–Vio una oportunidad y no la desaprovechó.

Ben también sonrió como si quisiera hacer un esfuerzo para aliviar la tensión.

–Evidentemente, acudiste a la agencia Leviatán porque querías salir con alguien. Tener algo en común me habría parecido una buena manera de romper el hielo.

Los ojos de Julianna brillaron como dos zafiros oscuros.

–Bueno, me temo que no tengo ningún interés en romper el hielo con usted, señor Carter. He venido para comunicárselo por si tenía alguna duda.

Dicho eso, vació el vaso de un sorbo, agarró el bolso, que estaba en la butaca que tenía al lado, se levantó y lo miró.

–En cuanto a mi padre, su posición no ha cambiado. Le aconsejo

que busque sus oportunidades en otro sitio. Gracias por la copa, señor Carter.

Se colgó el bolso del hombro y empezó a alejarse de la mesa antes de que Ben pudiera comprender plenamente lo que estaba pasando. Por fin se levantó también, con los reflejos entumecidos por la impresión, y llegó a ver que el mâitre, nerviosamente, la ayudaba a ponerse el abrigo. Luego, empezó a salir del bar sin mirar atrás.

Ben miró el reloj con incredulidad. La cita había durado menos de quince minutos. Volvió a sentarse con su arrogante acento retumbándole en la cabeza. «Le aconsejo que busque sus oportunidades en otro sitio». Sería gracioso si no fuese tan molesto, pero la realidad era que no había pensado en su padre hasta que ella lo sacó a relucir. Julianna Ford, con sus gélidos ojos azul oscuro y su acento de clase alta, lo había dejado plantado. Entonces, comprendió plenamente la última mirada que le había dirigido, fue despectiva, como si no fuese digno ni de limpiarle los zapatos.

Pidió la cuenta. Hacía mucho tiempo que nadie lo miraba así y, aunque sabía que debería considerarla una zorra rica y malcriada y olvidarse de ella, la sangre le bullía todavía. Le bullía por el deseo y porque le irritaba que lo hubiese excitado de esa manera tan pronto. Decir que esa cita se había convertido en algo inesperado era decir muy poco.

Salió con aire sombrío unos segundos después. Nadie le sorprendía, y menos una mujer. Y mucho menos una mujer a la que deseaba.

Lia seguía temblando por la descarga de adrenalina mientras el taxi la llevaba al hotel en Central Park. Además, sentía los efectos del alcohol que había bebido tan deprisa, y que le había dado el valor que necesitaba para decirle lo que tenía que decirle al hombre más intimidante que había conocido en su vida. Todavía podía verlo al otro lado de la mesa, todo músculos y enfundado en ese traje que no servía para disimular ni su turbadora energía viril ni esa sonrisa tan sexy.

No podía creerse que hubiese tenido la entereza de levantarse, mirarlo y decirle esas palabras de despedida, ni de que hubiese podido marcharse cuando no le sujetaban las piernas. Aunque sabía que podía transmitir una apariencia de seguridad en sí misma gélida cuando tenía que hacerlo, era algo que había perfeccionado después de que su madre se marchara, después de que la hubiese

oído decir, en tono tajante, que claro que no iba a llevarse Lia, que qué iba a hacer con una niña que balbuceaba, titubeaba y se ruborizaba cuando alguien la miraba.

Todavía, después de tantos años, seguía sintiendo cierta vergüenza mezclada con humillación. Los mimos y el amor desbordante de su padre no habían conseguido borrar la cicatriz del rechazo, pero no había vuelto a balbucear ni titubear desde entonces. En cuanto a ruborizarse… Se llevó una mano a la mejilla y la notó caliente. Al parecer, todavía no terminaba de controlar eso.

Al menos, Benjamin Carter se había quedado sentado. Se le secaba la garganta solo de pensar en que hubiese tenido que decirle todo eso si hubiese desplegado su imponente estatura. Esperaba que, con un poco de suerte, lo hubiese convencido de que era menos interesante que los hongos que crecían debajo de una piedra, pero esas palpitaciones le indicaban que, para ella, no era tan poco interesante. Además, por muy bien que lo hubiese rechazado, ese era el verdadero motivo para que hubiese salido corriendo del hotel y hubiese tenido que pararse fuera para tomar aliento como si hubiese corrido un maratón. Afortunadamente, el portero le había llamado un taxi y ya estaban aparcando delante de su hotel. Pagó e intentó no entrar corriendo, aunque tenía la sensación de que una mano enorme podía agarrarla del hombro en cualquier momento.

No iba darle más vueltas a la idea de que toda la cita con el magnate de la construcción se le hubiese escapado de las manos. Si hubiese tenido la más mínima duda de que su petición para encontrarse con ella no tenía nada de inocente, se habría disipado por completo cuando le dijo que sabía quién era y que se había visto antes con su padre y él reaccionó poniendo cara de póquer, no se inmutó y su penetrante mirada observó la reacción de ella como un halcón.

Se alegraba mucho de haber acudido allí y de haberlo conocido. Había hecho lo que había pensado hacer, no le había dejado la más mínima duda sobre lo que pensaba de los planes que pudiera tener para ver a su padre… o a ella.

Pasó por alto la extraña sensación de vacío que notó en el abdomen y entró en el ascensor, donde, gracias a Dios, no había nadie. En cuanto a su reacción física, a ese desasosiego como si la piel estuviese demasiado tensa y caliente… Tenían que ser las secuelas que le quedaban de la adrenalina.

Un atisbo de inutilidad, de humillación recurrente, brotó dentro de ella. Al fin y al cabo, era frígida, ¿no? Se lo había dicho, con

todas las letras, el único hombre con el que se había acostado. Además, se acordaba de que su cuerpo no había reaccionado a las… artes amatorias de él, por lo que debía de tener razón.

Se abrieron las puertas del ascensor y salió a la mullida moqueta del pasillo. Entró en su habitación y sofocó sin contemplaciones una sensación desconocida de algo que se parecía atrozmente al… anhelo.

Poco después, Ben ya había vuelto a su enorme loft. Las sirenas atronaban en la calle, pero no las oía. Iba de un lado a otro. Se había quitado la chaqueta y la corbata porque se sentía oprimido. Tenía la cabeza llena de Julianna Ford y de su belleza aristocrática más fría que el hielo. El recuerdo de su acento arrogante y de la frialdad con la que lo había desdeñado hacían que quisiera verla desenfrenada y oír su voz ronca de tanto gritar su nombre.

¿Desde cuándo tenía una imaginación tan calenturienta?

Sin embargo, había algo más que lo corroía por dentro; la hostilidad de ella y que hubiese sacado la conclusión de que quería quedar con ella por su padre. Le corroía la conciencia, pero no hizo caso, no había fingido que no supiera quién era ella, se había limitado a no decirlo desde el principio. Volvió a pensar en lo desaparecido que había estado su padre durante los últimos meses y los actos de Julianna Ford tomaron un cariz más intrigante. Había estado… protectora. ¿Por qué iba a sentir la necesidad de ser protectora si su padre no estaba enfermo… débil?

Entonces, el teléfono vibró en el bolsillo y lo sacó. Frunció el ceño cuando vio el nombre de Elizabeth Young en la pantalla. Contestó y ella, que no se anduvo por las ramas, empleó un tono de fastidio.

–No sé qué habrá pasado entre Julianna Ford y usted, pero me ha dicho que no quiere volver a verlo y me ha ordenado que quite su perfil de mi catálogo.

Ben también se sintió fastidiado ante la confirmación de que no quería volver a verlo, pero le complació comprobar que no quería que le organizaran una cita con ningún otro hombre. Además, confirmaba su sospecha de que tenía algo que ocultar, alguna vulnerabilidad. Ella lo percibía como una amenaza. El deseo irrefrenable de aceptar el desafío se adueñó de él.

–Es una lástima que la cita no saliera bien, pero seguiré a partir de ahí.

–Señor Carter –el tono de Elizabeth Young fue tajante–, yo no

llevo así mi empresa. No puede ir detrás de ella si ha manifestado expresamente que no quiere volver a verlo.

Le irritó que volvieran a recordarle que no quería volver a verlo y que le dijeran lo que tenía que hacer. Sin embargo, se dio cuenta de que no podía enemistarse con esa mujer, que era la llave de sus futuros. Aunque, en ese momento, estaba decidido a tomar su futuro en sus propias manos.

–Puede estar tranquila, señorita Young, no voy a ir detrás de ella a través de su agencia.

Se hizo un breve silencio hasta que Elizabeth Young habló.

–Gracias. Si alguna vez quiere volver a quedar con alguien, podemos organizar una cita, pero, señor Carter, le avisó que no toleraré que nadie incomode a mis clientes.

Una vez más, Ben tuvo que reconocer que sentía respeto por esa forma de hablar tan directa de la casamentera. Evidentemente, los hombres poderosos no la acobardaban.

–Julianna Ford y yo tuvimos un choque de personalidades, nada más. Sucede algunas veces. Si la necesito otra vez, la llamaré. Adiós, señorita Young.

Ben cortó la llamada más decidido que nunca. Era posible que hubiese habido un choque de personalidades entre esa belleza británica y él, pero también habían saltado otras chispas entre ellos por muy fría que hubiese sido la actitud de ella. Sabía que Julianna Ford estaba allí por un acto benéfico y Nueva York podía ser muy pequeño si te movías en ciertos círculos. Si volvían a encontrarse, no sería mediante Elizabeth Young, como le había asegurado a ella.

Hizo una llamada telefónica y dio instrucciones muy concretas a su secretaria. Intentó convencerse de que la emoción que sentía tenía más que ver con que Julianna Ford suponía la posibilidad de conseguir la redención pública y profesional que con que lo había intrigado hasta límites inimaginables… o con que la deseara como no había deseado a ninguna otra mujer.

Capítulo 2

A LA noche siguiente, Lia se miró detenidamente en el espejo de cuerpo entero del hotel. El traje de noche era más atrevido de lo que le gustaba. No tenía mangas y sí tenía un escote muy profundo y una abertura que le llegaba hasta lo más alto del muslo. Además, por si eso no fuera suficiente, era de un color rojo intenso.

Sin embargo, por mucho que le abochornara enseñar tanta piel, sabía que sería una buena manera de que pasara desapercibida la ausencia de su padre en esa subasta benéfica a la que debería haber asistido y que se celebraba en uno de los hoteles más deslumbrantes de Manhattan. Ella también tenía que asistir porque apreciaba mucho a esa organización benéfica, que ayudaba a reconstruir regiones azotadas por la crisis.

Había hablado un rato con su padre y le había tranquilizado un poco. Le había parecido más animado que recientemente, pero esa última apoplejía, aunque había sido leve, les había asustado a los dos. Le había contado que había quedado con un hombre, pero se sintió fatal cuando no le contó con quién había quedado. Era preferible que no oyera el nombre de Benjamin Carter. Él, como ella, habría sacado la conclusión de que había algún motivo oculto para que los buitres ya estuvieran volando en círculo, estaban esperando la ocasión de aprovechar la debilidad de Louis Ford. Ella misma lo había confirmado cuando esa noche, a altas horas, había investigado a Benjamin Carter por Internet, cuando no podía dormirse porque un atractivo rostro con penetrantes ojos azules la había desvelado. Había encontrado una foto reciente, sacada por un paparazi, en la que aparecía con tres de los más tristemente célebres playboys y magnates y conocidos rivales en los negocios. Xander Trakas, Dante Mancini y el jeque Zayn Al-Ghamdi eran nombres indeleblemente relacionados con enormes fortunas, mujeres hermosas y aversión al compromiso. El artículo que acompañaba a la foto comentaba que todos habían sufrido ataques de la prensa durante los últimos meses y se preguntaba por qué habrían unido sus fuerzas de repente.

Entonces fue cuando ella supo que había cometido un inmenso error táctico al mostrar una antipatía tan evidente hacia Benjamin Carter. Si estaba haciéndose amigo íntimo de los que habían sido

sus enemigos, era por algo, y si había querido salir con ella, no era de forma desinteresada, cuando podía salir con infinidad de mujeres más hermosas y… dispuestas. Estaba tramando algo sin ningún género de duda.

Sin embargo, no quiso dejar ahí la investigación y también averiguó que tenía unos orígenes muy adversos, que se había criado en casas de acogida de Queens y que había ascendido por la jerarquía de los constructores con solares por todo Nueva York. Eso le recordó ese aire indómito que tenía a pesar del exterior refinado. En solo diez años, había llegado a lo más alto del sector, literalmente. Su empresa estaba construyendo el que sería el rascacielos más alto de Nueva York. Era implacable y resuelto y las mujeres solo eran una diversión esporádica en su vida dedicada al trabajo, como reflejaba sin tapujos un reciente artículo de cotilleo que había encontrado. Normalmente, detestaba los cotilleos, pero había leído con avidez lo despiadado que era fuera del dormitorio cuando se había cansado de la seducción y la conquista, lo que solía suceder después de dos citas como mucho.

Sin embargo, nada de eso le había impedido soñar despierta que, cuando se chocó con él, Benjamin Carter podría haber sido un desconocido despampanante. Por primera vez desde hacía un año, desde la humillante ruptura, se había dado cuenta de que un hombre había conseguido sortear el muro que se había construido alrededor.

Dejó a un lado esa imagen tan evocadora. ¿Había reaccionado por él? Eso solo demostraba que era tan susceptible a sus encantos como cualquier mujer. A pesar de su frigidez, evidentemente, la virilidad de Benjamin Carter era tan fuerte que podía abrirse paso entre el hielo más grueso.

Miró con el ceño fruncido el florero con flores que había encima de la mesilla antigua y que algún empleado diligente había puesto allí. La tarjeta que había acompañado a las flores estaba hecha mil pedazos en la papelera, pero no tenía que sacarla y rehacerla para saber lo que decía esa caligrafía arrogante y rotunda, lo había memorizado demasiado fácil y fastidiosamente.

Hasta que volvamos a encontrarnos, Julianna. Ben.

No le sorprendía mucho que supiera dónde estaba alojada. No había empleado un seudónimo y un hombre como Benjamin Carter tendría montones de subordinados dispuestos a hacerle el trabajo sucio. Había estado tentada de llamar otra vez a Elizabeth Young

para decirle que insistiera en el mensaje de que no quería volver a verlo, pero se dio cuenta de que estaba siendo ridícula. Por muy bárbaro que pudiera ser Benjamin Carter, no podía imaginárselo cayendo tan bajo como para perseguir a una mujer. Además, solo faltaban unos días para que volviera a estar, sana y salva, al otro lado del Océano Atlántico.

Volvió a mirarse en el espejo, tomó una bocanada de aire y se puso una máscara negra de encaje con plumas. Le aliviaba que la subasta benéfica fuese de disfraces porque ya se sentía bastante expuesta a las miradas de todo el mundo.

Dejó a un lado los recuerdos que la alteraban, se olvidó de esos hombres morenos, guapos y fastidiosos, recogió sus cosas y salió de la suite.

Menos de una hora después, tuvo que hacer un esfuerzo para no subirse más el corpiño de su vestido. Sabía que estaba siendo ridícula porque había mujeres con vestidos mucho más atrevidos, pero gritaría si otro hombre se trabucaba al mirarle el escote. Justo entonces, los tres hombres que se habían fijado más en su escote que en su cara desaparecieron entre la multitud y ella suspiró con alivio.

Se dio la vuelta para buscar un camarero y conseguir una bebida cuando la empujaron por detrás. Estaba cayéndose hacia delante sin poder evitarlo cuando dos manos la agarraron y la sujetaron. Levantó la mirada, con el corazón acelerado, y vio un hombre muy alto con los hombros muy anchos. Llevaba una chaqueta de esmoquin blanca, camisa blanca y pajarita negra. Su rostro, como el de casi todos los asistentes, estaba velado por una máscara, pero la suya era más recargada y le cubría toda la cara. Sin embargo, podía verle el pelo tupido y moreno… Por un instante perturbador casi sospechó… Hasta que se dijo a sí misma que sería ridícula si dejaba que Benjamin Carter la afectara tanto como para creer que ese hombre podía ser él cuando lo más probable era que fuese un desconocido.

–¿Está bien? –le preguntó el hombre con la voz algo distorsionada por la máscara.

Lia se relajó ligeramente por dentro cuando se dio cuenta de que no había reconocido inmediatamente la voz. Sintió la calidez de sus manos y se dio cuenta de que seguía sujetándola. Retrocedió un poco atolondrada.

–Estoy bien, gracias… Lo siento, estaba buscando a un camarero

para conseguir algo de beber.

–Yo me ocuparé.

Un camarero apareció al lado de él como por arte de magia y le ofreció a ella una copa de champán. Se dio cuenta de que él no tomaba una copa, dio un sorbo del vino espumoso y notó que recuperaba algo de equilibrio. Además, se dijo a sí misma que, si ese hombre fuera Benjamin Carter, todas las alarmas habrían saltado ensordecedoramente. Dejó a un lado todos los pensamientos sobre ese hombre.

–¿No bebe nada?

–No me gusta perder la cabeza, y, además, mi máscara no facilita que beba. Tendría que desvelar mi identidad y eso iría contra el propósito de la velada.

Su voz era fría, sarcástica y… profunda. Sintió algo que le recorría la piel. Era emoción. No podía verle los ojos porque estaban en sombra y no podía saber de qué color eran. También sintió una calidez de excitación en la piel porque no sabía dónde tenía él puestos los ojos ni si le gustaba lo que veía. Antes, se había sentido expuesta a la mirada de todos, en ese momento, sentía un ardor impropio de ella. Tuvo que contener las ganas, un poco histéricas, de reírse. ¿El agua de Nueva York tendría algo que hacía un efecto adverso en ella?

–Podría haber elegido una máscara que le limitara menos –comentó ella.

–Efectivamente, podría…

Curiosamente, ella tuvo la impresión clarísima de que ese desconocido no se inclinaría ante nadie. Algo disparatado cuando lo conocía desde hacía unos segundos, cuando ni siquiera podía verle la cara. Como era disparatado que le produjera otro estremecimiento de excitación por la espalda y que le bullera la sangre. La noche anterior, cuando Benjamin Carter le produjo unas sensaciones parecidas, salió corriendo lo más deprisa que pudo. En ese momento, estaba sintiendo lo mismo otra vez, pero era casi un alivio, era la demostración de que el efecto de él no era exclusivamente suyo.

Parecía como si el gentío los presionara y los acercara, y la calidez que sentía en la piel ya era digna de tener en cuenta.

–Esto es un poco claustrofóbico, ¿no le parece? –preguntó ella con cierto pánico por esa reacción tan fuerte.

–¿Quiere tomar un poco el aire?

Lia asintió con la cabeza y con el corazón acelerado. Él le retiró con destreza la copa medio terminada y le puso una mano debajo

del codo. Ella intentó comprobar si la palma de su mano era suave o callosa, pero el gentío los zarandeaba demasiado. Hasta que él abrió una puerta acristalada y la llevó afuera. Era finales de otoño y el aire era fresco. Se apartó de él, tomó varias bocanadas de aire y se notó… un poco mareada, pero lo atribuyó al vino espumoso y a la repentina entrada de oxígeno.

Se acercó a la barandilla de piedra y apoyó las manos. El hombre se puso a su lado, pero a una distancia que ella agradeció. Las luces de Manhattan resplandecían alrededor de ellos y Central Park era una sombra a lo lejos. Hubo un momento de silencio, pero no fue incómodo. El inesperado encuentro estaba tomando un carácter irreal.

–Jamás me cansaría de esta vista, aunque viviese aquí –comentó Lia.

–¿Dónde vives? –le preguntó el hombre.

Ella lo miró y la máscara le pareció desconcertante y un poco… emocionante a la vez. Le parecía liberador en cierto sentido no saber con quién estaba hablando. Como si pudieran olvidarse de las habituales cortesías sociales. La anchura de su pecho bajo la camisa hacía que anhelara tocarlo, se sentía muy femenina al lado de ese cuerpo tan alto y grande.

–Vivo en Richmond, a las afueras de Londres.

El hombre dejó escapar un sonido de admiración.

–¿Lo… conoces? –pregunto Lia con una sonrisa.

–Es un sitio bonito –ella captó la sonrisa en su tono–. Caro.

–Las entradas para este acto cuestan seis mil dólares como mínimo. Eso me hace suponer que no pasa estrecheces –replicó ella con ironía.

–Es verdad, no puedo negarlo.

A Lia le pareció ver un brillo en sus ojos y el corazón se le aceleró un poco. Resultaba arriesgado, peligroso, pero emocionante. Nunca se había sentido cómoda coqueteando, no había tenido a su madre para que la orientara. Les había abandonado cuando era muy pequeña y el internado femenino al que había ido no había ayudado gran cosa a que se sintiera cómoda entre chicos y hombres. Sin embargo, cuando dejó el colegio, la timidez que había asolado sus años anteriores ya era cosa del pasado. Aun así, todavía conservaba por dentro esa niña titubeante como un recordatorio de que todo lo que proyectaba era artificial. Era tan logrado que su exprometido se había quedado pasmado cuando se acostaron por primera vez y comprobó que era virgen, lo cual no hizo sino aumentar la desazón que sintió cuando la experiencia le resultó dolorosa y, en general,

poco satisfactoria.

Sin embargo, en ese momento, se sentía segura de sí misma y un poco temeraria.

–Entonces, ¿tu papel esta noche es ser todo lo enigmático e irreconocible que puedas?

–¿Estoy consiguiéndolo?

Él lo preguntó en un tono desenfadado, pero ella captó un matiz que le daba un aire ilícito y apasionante.

–Bueno, lo de irreconocible lo has bordado.

–Vaya –replicó él–, voy a tener que esforzarme más para ser enigmático.

Lia volvió a tener la impresión clarísima de que a ese desconocido no le costaba nada ser enigmático, y él lo sabía. Podía notar su autoridad y carisma aunque no le viera la cara. Era… alguien.

–¿Vamos a darnos los nombres? –preguntó ella sintiéndose más temeraria.

–¿Quieres? –preguntó él.

Lia asintió con la cabeza y se estremeció un poco. Era como su pudiera sentir su mirada aunque no pudiera ver sus ojos, era como una caricia por la piel. Él, que evidentemente interpretó mal el estremecimiento, se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros antes de que ella pudiera impedirlo. El calor de su cuerpo le pareció ridículamente íntimo y sintió con claridad sus dedos al rozarle la piel de los hombros. ¿El contacto se alargó un poco o fue la imaginación de ella?

–Gracias –dijo Lia con la voz ronca.

Estaba más cerca, tan cerca que podía ver la barba incipiente por debajo de la máscara y podía oler su olor masculino a madera y almizcle. Para su propia sorpresa, notó que se le encogían las entrañas y una humedad cálida entre las piernas. Esa reacción tan física hizo que la realidad se adueñara de ella. Esa no era ella. Nunca estaba así… Se preguntó qué había cambiado dentro de ella, ¿cómo podía reaccionar así a dos hombres en dos noches seguidas?

–¿Estás segura de que quieres que nos demos los nombres?

El desconocido la sacó de su ensimismamiento. Ya no estaba segura. La cruda realidad le había recordado que estaba en un terreno resbaladizo. Sin embargo, todavía no estaba dispuesta a reventar esa burbuja de sensualidad. Estaba fingiendo que era algo que no era; segura de sí misma, con experiencia…

–No estoy segura –contestó ella con un arrepentimiento absurdo–, pero tampoco podemos ocultarnos para siempre…

–Aunque es tentador, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y notó que algo se le derretía por dentro. Quería seguir fingiendo un rato y no pudo evitar que sus pies la acercaran más. Él alargó las manos al mismo tiempo, le tomaron la cara y le acarició las mejillas con los pulgares.

–Eres exquisita, ¿lo sabías?

Lia, abochornada, negó con la cabeza. Sabía, sin falta modestia, que era bonita, pero nunca se había considerado hermosa de verdad. Algunas veces miraba a otras mujeres y las envidiaba por la sensualidad natural que tenían, y no tenía nada que ver con la belleza. Sin embargo, en ese momento, aunque tuviera media cara tapada por la máscara, notaba algo parecido… por primera vez. Sintió un cosquilleo en la boca y se imaginó que él se la miraba. Separó los labios y él le agarró la cara con más fuerza. El ambiente se tensó y la excitación se adueñó de ella, que levantó una mano para tocarle la máscara. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que se preguntó si él podría oírlo. Empezó a levantarla, quería verlo, quería que sus bocas se encontraran. Vislumbró su labio inferior, hasta que una mano le agarró la muñeca.

–Es posible que no te gustara lo que verías.

Lia negó con la cabeza. Sabía que necesitaba saber quién era más que respirar. Se soltó la mano y estaba a punto de levantarle la máscara otra vez cuando una voz se abrió paso entre la tensión.

–¡Lia! Por fin te encuentro. ¡He estado buscándote por todos lados! Tengo una crisis total, tienes que ayudarme.

El hombre retrocedió y Lia dejó caer la mano. Tenía el corazón desbocado, como si se hubiesen besado, y se dio cuenta de que estaba temblando. Apartó la mirada de esa máscara que ocultaba tanto y tuvo ganas de gritar por la impotencia. Ya pudo ver que la persona que los había interrumpido era la organizadora de la subasta benéfica, una inglesa que se llamaba Sarah y que se había convertido en una especie de amiga. Se veían cuando Lia pasaba por Nueva York.

–¿Qué pasa, Sarah?

Lia se sintió aliviada cuando la voz le salió mucho más tranquila de lo que se sentía. La atractiva rubia, en cambio, parecía presa del pánico.

–Stacy Somers, la supermodelo, ya debería estar aquí. La subasta va empezar dentro de diez minutos y ella se comprometió a subastar un beso. Estamos comprometidos.

Lia abrió los ojos como platos ante la elocuente mirada de su amiga.

–No… No pretenderás que yo ocupe su lugar… –todas sus inseguridades volvieron a la superficie–. No puedo sustituir a una supermodelo… Casi nadie me conoce…

–Lia, por favor –su amiga tenía los ojos fuera de las órbitas–. Esta noche estás impresionante y a nadie le importará quién eres. Es un acto benéfico y algo divertido. Además, está en el catalogo de la subasta y mi jefe se pondría furioso si se cambia…

Lia se sintió arrinconada. La mera idea de que todo el mundo la mirara le provocaba un sudor frío.

–Yo pagaría por un beso tuyo –comentó una voz grave.

Ella miró al hombre. Casi se había olvidado de él por el pánico. En ese momento, sentía un calor por todo el cuerpo ante la idea de que tuviera sus ojos clavados en ella, ante la idea de que la reclamara delante de todo el mundo…

–Disculpe, pero ¿quién es usted?

La pregunta la hizo Sarah y Lia desvió la atención hacia su amiga, quien no disimulaba la curiosidad. La posibilidad de que desvelara su identidad en ese momento amenazaba con estallar la burbuja de intimidad que los había preservado.

–Lo haré –dijo Lia después de tomar la decisión en un segundo.

Su amiga la miró con un alivio evidente. Lia se quitó la chaqueta y se la devolvió al desconocido. Sus manos se tocaron y sintió una descarga eléctrica. También sintió nervios, como la noche anterior. ¿Le habría retado? ¿Pujaría el desconocido por un beso y se desenmascararía?

Sarah la agarró del brazo antes de que pudiera pensar en algo más y la arrastró hasta la abarrotada habitación mientras le explicaba lo que tenía que hacer. Lia no oyó ni una palabra.

Miró hacia atrás antes del que el gentío se la tragara, pero no vio a nadie y por un instante disparatado se preguntó si habría soñado ese encuentro con el enigmático desconocido, y si volvería a verlo.

–¿Quién será el primero en pujar por un beso con Julianna Ford, nuestra preciosa rosa inglesa? –preguntó con voz suave el subastador desde el atril.

Benjamin estaba en un lado de la habitación con los brazos cruzados para no estrangular a quien se atreviera a intentar besar a la mujer que estaba en la tarima. Estaba muy tentadora con el pelo recogido y mostrando el largo cuello, pero también parecía vulnerable, aunque le pareciera raro. Él creía que una mujer de su

categoría social estaría acostumbrada a exhibirse de esa manera. Desde luego, había mostrado un aspecto autoritario cuando se encontraron la otra noche.

Aunque también recordaba su expresión de pasmo cuando se chocaron y que se había quedado pálida. La mayoría de las mujeres habrían aprovechado al máximo un encuentro así, pero ella pareció algo incómoda, alterada.

Ella llevaba una máscara de encaje negro sobre la parte superior de la cara que resaltaba su belleza, que hacía que pareciera misteriosa. Sin embargo, ni siquiera la máscara podía ocultar el azul resplandeciente de sus ojos ni esa boca tentadora. Podía notar el interés de otros hombres y notó algo desconocido por dentro. Tardó un momento en reconocerlo como instinto de posesión porque nunca lo había sentido por una mujer. Todo su ser le dijo que era suya, justo cuando oyó un grito.

–¡Cinco mil dólares!

Algo lo atenazó por dentro mientras las pujas empezaban a subir. Diez mil, quince mil, veinte mil… La gente miraba alrededor con la boca abierta. Entonces…

–¡Cincuenta mil dólares!

Ben supo inmediatamente quién había sido. Era un enemigo de toda la vida, alguien que había intentado machacar su empresa incluso antes de que empezara a funcionar. Vio que el hombre se abría paso entre la multitud, era bajo y cuadrado, tenía los ojos saltones y sudaba por la frente. También vio, incluso desde donde estaba, que Julianna Ford abría los ojos detrás de la máscara al verlo.

El subastador levantó el mazo y preguntó si alguien superaba la última puja. Nadie se movió, pero la idea de que ese hombre se acercara a Julianna hizo que él sintiera una violencia que no había sentido desde hacía mucho tiempo. El subastador bajó el mazo una vez, dos veces… Ben rompió el silencio antes de que lo bajara la tercera vez.

–Un millón de dólares.

Todo el mundo se quedó boquiabierto y se giró para mirarlo. El avanzó y la multitud se abrió para dejarle paso. Se paró cuando llegó junto a la tarima.

–Sin embargo, quiero algo más que un beso. Por un millón de dólares, quiero un fin de semana con Julianna Ford.

Era él. No lo había soñado. Lo había buscado entre el gentío

mientras pujaban por el beso. Se había sentido abochornada, pero había intentado que no se notara. La seguridad en sí misma y la bravuconería de la terraza se habían esfumado bajo las luces y la mirada de cientos de personas.

Sin embargo, él estaba allí. Seguía con la máscara puesta, como muchos otros. ¿Quién era?

–Si acepta la puja, me desenmascararé –comentó él como si le hubiese leído el pensamiento.

A ella se le aceleró el corazón. Eso era lo que había querido, ¿no? Nunca se había sentido tan expuesta a la mirada de la gente y, sin embargo, estaba tentada de olvidarse de la prudencia y de actuar de una forma completamente inusitada para ella. Aparte de cualquier otra cosa, una donación de un millón de dólares a su organización benéfica favorita era mareante. Oyó una discreta tos a su lado antes de que el subastador volviera a hablar.

–Señorita Ford, ¿acepta la puja? No es muy ortodoxa…

Ella asintió con la cabeza antes de que perdiera el temple y se sintió como si estuviera saltando al vacío. Casi ni se dio cuenta de que el subastador cerraba la puja porque ¿quién iba a ofrecer más de un millón de dólares? Era un disparate, una locura. Era romántico, le dijo una vocecita que acalló inmediatamente. ¿Desde cuándo le había interesado lo romántico? No desde que comprobó los devastadores efectos de que su madre abandonara a su padre…

–Creo que a todos nos gustaría saber quién es nuestro misteriosos benefactor –estaba diciendo el subastador–. Sobre todo, a la señorita Ford, quien tendrá que pasar un fin de semana con usted.

Se oyeron unas risitas nerviosas mientras el hombre levantaba una mano para quitarse la máscara. Justo entonces, Lia captó el resplandor de unos ojos azules y sintió un escalofrío premonitorio. No podía ser…

Sin embargo, se quitó la máscara y se oyó un suspiro femenino mientras Benjamin Carter mostraba toda su belleza masculina. Su belleza masculina y engreída. Ella se sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. No podía asimilar del todo que hubiese sido él desde el principio… o no quería asimilarlo. Era demasiado … Además, en ese momento, estaban sacándola de la tarima para pasar a la subasta siguiente.

El presidente de la organización benéfica se acercó a ella con un brillo sospechoso en los ojos, le tomó la mano y le dijo que no tenía ni idea de lo que eso significaría para ellos, pero Lia solo podía pensar en que iba a matarlo.

Por muy abochornada que se hubiese sentido al mostrarse delante de ese gentío, la humillación la corroía por dentro al pensar en lo ridícula que había podido llegar a ser al creerse por un instante que un misterioso desconocido le deseaba tanto como para ofrecer un millón de dólares por su compañía.

Entonces, una mano grande, cálida y callosa la agarró del codo y se quedó rígida por lo que sintió, por la confirmación de que solo su contacto la alteraba, que no era que sus deseos latentes, en general, se hubiesen despertado. Intentó soltarse el brazo, pero él se lo agarró con más fuerza y volvió a sentir otro estremecimiento, no del todo desagradable. Sin embargo, no lo miró aunque el presidente de la organización benéfica estaba llenándolo de alabanzas.

–Me inspiró la entrega de la señorita Ford, que se ofreció a sí misma. Además, como sabe, es una causa que me llega muy dentro.

Ella estaba segura de que eso era mentira y le encantaría decirle a la cara lo que pensaba de su treta, pero no podía después de que hubiese hecho esa demostración pública de generosidad.

Por fin, él se alejó del presidente y la llevó consigo. Salieron de la habitación entre las miradas y los susurros de la gente. Ella captó más de una mirada de envidia y le habría gustado decirles que se lo regalaba, pero apretó los dientes y siguió andando. Una vez fuera, Benjamin Carter la llevó a un rincón del vestíbulo, donde unas plantas los ocultaban. Consiguió soltarse y se dio la vuelta para mirarlo mientras se preparaba para no reaccionar ante su magnetismo. No consiguió decir nada durante un segundo, estaba demasiado indignada. Se desató la máscara y se la quitó. Se sintió desnuda sin su protección, pero le dio igual. Benjamin Carter estaba mirándole el pecho, que le subía y bajaba por la indignación y la rabia. Se cruzó de brazos con rotundidad.

–¿Puede saberse qué está haciendo?

Él levantó la mirada y se metió las manos en los bolsillos como si no pasara nada.

–Aparte de demostrar una generosidad inmensa, creía que lo demás estaba muy claro.

–Eso ha sido la demostración de riqueza más ostentosa y de peor gusto que he visto en mi vida.

La expresión de él se tensó un poco, pero ella no se arrepintió.

–No parecías muy entusiasmada ante la idea de tener que besar a Saul Goldstein.

Ella intentó no sentir un escalofrío al acordarse de la boca carnosa del otro hombre y levantó la barbilla.

–Preferiría que él me besara cualquier día de la semana a pasar

un minuto en su compañía.

–Que sentimientos tan fuertes, Lia… –comentó él en un tono burlón.

Ella maldijo sus sentimientos descontrolados y notó que se sonrojaba porque no estaba comportándose con su compostura habitual. Aun así, siguió hablando.

–Solo mis amigos y mi familia me llaman Lia, y usted no es ninguna de las dos cosas.

–Estoy dolido… –replicó él llevándose una mano al pecho.

Lia resopló. No podía imaginarse que nada le doliera a ese hombre. Era como una fuerza de la naturaleza. Era inmune a cualquier amenaza y, desde luego, inmune a la animadversión de ella, que se temía que no tenía nada que ver con la amenaza a la empresa de su padre y todo que ver con una amenaza mucho más personal.

–No tenías por qué haber aceptado –le recordó él.

Eso la fastidió y se puso en jarras.

–No se desenmascaró hasta después de que lo hubiese aceptado. ¿Cómo iba a privar entonces de un millón de dólares a la organización benéfica? –ella sacudió la cabeza para disimular los deseos que la habían llevado a aceptar–. Me arrinconó, señor Carter. No tuve alternativa.

Los ojos azules le brillaron sobre el tono oliváceo de su piel.

–Siempre tenemos alguna alternativa, Lia.

Su forma de decir su nombre hizo que pensara en lo íntimo que había sido hablar con él en la terraza. Decidió que llamarla por su nombre de pila era una batalla menor y que no iba a librarla en ese momento. Empezó a caminar, pero se detuvo para mirarlo acusadoramente.

–Me engañó desde el principio, desde que se acercó a mí oculto tras la máscara. ¿Por qué no me dijo quién era?

–¿Por qué no me lo dijiste tú?

Lia dejó escapar un sonido de desesperación y cerró los puños a los costados.

–La máscara le daba una ventaja injusta. Evidentemente, no hay muchas mujeres que lo hayan dejado plantado en una cita, pero si todo esto es solo porque tiene el orgullo herido…

–No seas ridícula –Lia no siguió por el tono implacable–. ¿Te parezco tan insignificante que pagaría una cantidad desorbitada de dinero para pasar un fin de semana con una mujer que me ha dejado plantado en una cita?

El hombre que tenía delante podía ser muchas cosas, pero no

insignificante. Se dio cuenta de repente de que no sabía si quería saber por qué Carter había pagado todo ese dinero por ella.

–No se va a dar ese fin de semana –replicó ella–. Sería ridículo que me fuera con un completo desconocido. Todo el mundo comprenderá que era un truco para recaudar dinero.

Él sacudió la cabeza y se acercó a Lia. Ella hizo un esfuerzo para no retroceder. Estaba tan cerca que la diferencia de tamaño volvía a ser evidente. Se acordó de cuando estaba en la terraza y miraba hacia arriba y anhelaba que la besara, de cuando fue a quitarle la máscara y sintió su mano en la muñeca… En ese momento se daba cuenta de que había sentido la mano callosa en la piel y lo había ignorado. Se sentía desarmada al saber que hacía menos de una hora había ido a besarlo, ni siquiera podía plantearse que había sabido quién era él desde el principio.

Sabía que no controlaba las reacciones hacia ese hombre, pero tampoco podía dominarse. No podía ver más allá cuando estaba tan cerca de él. Solo podía sentir la amenaza para su equilibrio y el deseo de alejarse de él.

–Mire –siguió ella con toda la frialdad que pudo–, no sé cómo se hacen las cosas aquí, en Estados Unidos, pero en Inglaterra no nos gustan esas demostraciones ostentosas de riqueza. Agradezco que se haya comprometido a donar un millón de dólares a la organización benéfica, pero no voy a ir a ningún sitio con usted, independientemente del millón de dólares.

Volvió a cruzarse de brazos y miró como pudo a Benjamin Carter, quien, maldito fuera, se limitó a sonreír.

–No hace falta que seas condescendiente, cariño.

Ella notó que le abrasaban el pecho y el cuello. No solía ser tan grosera, pero ese hombre la había visto reaccionar de una manera que hacía que quisiera esconderse debajo de una piedra.

–Además –siguió él–, claro que vas a ir conmigo. Si no, le diré al presidente de la organización benéfica que, a pesar de haberlo aceptado en público, no quieres cumplir tu parte del trato y que, por lo tanto, yo tampoco cumpliré la mía.

–No se atreverá cuando todo el mundo sabe la cantidad que ha donado.

Él sacó las manos de los bolsillos y se cruzó de brazos.

–¿De verdad quieres ponerme a prueba?

En ese momento, parecía tan inamovible como una montaña y ella no sabía qué podía llegar a hacer si lo ponía a prueba. Estaba claro que un hombre como ese, quien podía hacer unos gestos tan obscenamente desmesurados, no se sentía obligado con nadie y no

dudaría en hacer lo que fuera para salirse con la suya.

–¿Por qué hace esto? –preguntó Lia, que se sentía atrapada–. Si no es por despecho, ¿por qué es?

Él la miró un rato, pero ella no pudo interpretar su expresión.

–Es muy sencillo, Lia –contestó él por fin–. Te deseo.

Capítulo 3

EL aire echó chispas y las palabras de Ben quedaron flotando entre ellos como un atrevimiento. ¿Qué tenía esa mujer que parecía despertar la bestia que tenía dentro o que lo llevaba a hacer disparates como fingir que era un desconocido o hacer pujas inconcebibles en público?

Ella tenía los ojos como platos y todavía estaba asimilando lo que había dicho él, hasta que replicó en un tono gélido.

–¿Tanto me desea como para pagar un millón de dólares? No sé con quién está acostumbrado a relacionarse o por quién me toma, pero no soy una de esas…

–Sé perfectamente quién eres –la interrumpió él en tono tajante.

Le había sorprendido el arrebato de rabia que le había provocado la insinuación de ella. Hacía mucho tiempo que no había sentido la necesidad de justificarse con nadie, y mucho menos con alguien que procedía de esa parte de la sociedad que le había dado la espalda y había dejado que se las apañara solo. En ese sentido, Inglaterra y Estados Unidos eran idénticos. Aun así, no pudo evitar seguir en tono tenso.

–Jamás he pagado por una mujer, no tengo que hacerlo.

Curiosamente, ella se ruborizó y no pareció tan segura de sí misma.

–¿Qué quiere decir con lo de que sabe perfectamente quién soy?

Ella le había tocado una fibra sensible, aunque sin querer, y por eso contestó.

–Es posible que no seas de la realeza, pero eres una princesa. Alguien a quien, probablemente, no le han negado nada en su vida. No te gusto porque te excito y no te gusta que te excite alguien a quien consideras inferior. Allí fuera, en la terraza, antes de saber quién era, no tuviste reparos porque, evidentemente, creíste que yo era alguien más… refinado.

La variedad de reacciones que se reflejó en su rostro fue cautivadora; pasmo, rabia, ofensa y acaloramiento.

–Jugó conmigo al ratón y al gato y, a la vista de lo que opina, no consigo entender por qué está dispuesto a pasar todo un fin de semana conmigo.

Lia fue a rodearlo para marcharse, pero él la agarró de un brazo.

Tenía la piel cálida y suave como la seda y el brazo era delicado. Se sintió tosco e insensible, como si no fuese digno de tocar a alguien tan exquisito como ella, pero la sujetó y ella se dio la vuelta para mirarlo con los ojos como ascuas.

–Suélteme, maldito sea. Además, para que lo sepa, no me excita ni lo más mínimo.

Sintió unas ganas imperiosas de demostrarle lo contrario y la agarró de los dos brazos, pero entonces, en medio de toda la rabia que estaba mostrando ella, Ben vislumbró algo en esos ojos increíbles, algo parecido al dolor. ¿Era dolor porque había acertado plenamente al describirla y no estaba acostumbrada a oír la verdad o le dolía porque la había tomado por lo que no era? Hizo un esfuerzo para ser un poco mesurado a pesar de lo recalentada que tenía la cabeza.

–No quería decirlo como un ataque personal. Eres un producto de tu educación, nada más, y solo quería dejar claro que sé muy bien que eres lo menos parecido que hay a una fulana de clase alta.

Esa curiosa expresión se desvaneció de los ojos de ella e hizo que Ben se sintiera ridículo por haber llegado a creer que le había hecho daño por tomarla por lo que no era. Entonces, ella se puso tensa, como si fuese a marcharse otra vez, y a él le pareció insoportable. Tenía una necesidad imperiosa y primitiva de demostrarle lo falsa que era la afirmación de que no lo deseaba.

–Sin embargo, no puedo aceptar esa mentira –añadió él.

–¿Qué mentira? –preguntó ella con una expresión de cautela.

–Esta.

La estrechó contra sí y la besó en la boca. Todo lo que había pasado entre ellos quedó en el olvido cuando el mundo se puso al rojo vivo. Ben solo podía sentir su boca delicada y carnosa y su cuerpo, que se amoldaba al de él como si estuviese hecho a su medida.

Lia, al principio, solo pudo sentir acero, hasta que se dio cuenta de que era el cuerpo musculoso de Benjamin Carter y sus manos que le atenazaban los brazos. Tenía el cuerpo tan estrechado contra el de él que los pechos estaban aplastados y los pezones le cosquilleaban por el contacto.

Entonces, como si se sintiese estimulado porque ella no se había apartado, la agarró con un poco menos de fuerza y empezó a mover la boca con algo más de suavidad sobre la de ella. Supo que debería haberlo aprovechado para soltarse, retroceder y preguntarle qué se

creía que estaba haciendo, sobre todo, después de ese contacto tan ardiente… pero no lo hizo, o, mejor dicho, no pudo. Uno de los brazos de él estaba bajando por la espalda y ella le correspondió al beso antes de que pudiera evitarlo. Separó los labios y, cuando notó su lengua, supo que no tenía ninguna esperanza de conservar la cordura. Se dio cuenta de que estaba agarrándose a algo para mantenerse de pie y de que eran sus brazos. Notó sus bíceps debajo de la tela del traje y le recordaron la fuerza asombrosa de su cuerpo. Esa virilidad pura y dura tenía algo que hacía que se sintiera muy femenina y era peligrosamente adictiva. Sin embargo, era inesperado y desconcertante que sus diferencias tan viriles le resultaran atractivas.

Desde luego, su exprometido nunca había conseguido que se sintiera tan… ardiente o ávida. Eso era completamente nuevo y estimulante.

En ese momento, Benjamin Carter tenía una mano acariciándole la nuca y la otra en una cadera, con los dedos hundidos en la carne. Podía notar su erección, pero no le molestaba, quería moverse contra él, quería sentirla entre las piernas, donde estaba húmeda e inflamada, donde sentía un vacío que quería llenar…

Su beso era brusco y delicado a la vez y no recuperó algo el sentido hasta que él separó la boca y empezó a besarla por el cuello. Entonces, una voz le gritó por dentro qué estaba haciendo.

Se apartó precipitadamente, retrocedió un paso y, temblorosa, lo miró fijamente con horror. Notaba los labios hinchados y se dio cuenta de que la parte superior del vestido estaba descolocada y dejaba al aire la curva de sus pechos. Volvió a colocársela con un gesto destemplado. Tenía el pelo despeinado y vio la máscara en el suelo. Se había traicionado a sí misma de una forma impresionante.

–No sé qué ha sido eso… –dijo ella con un hilo de voz.

–Yo sí lo sé.

Carter tenía un aire sombrío y a Lia le molestó que no pareciera como si acabara de perder la cabeza, algo que sí le ocurría a ella.

–Ha sido la demostración de que sí te excito, y, desgraciadamente, también se lo hemos demostrado al resto del mundo.

–¿Qué quiere decir? –le preguntó ella quedándose petrificada.

Carter miró hacia atrás, hacia algo que ella no podía ver, y volvió a mirarla.

–Creo que nos han pillado.

Se quedó helada. Le abochornaba atrozmente la idea de que alguien hubiese podido presenciar ese momento tan íntimo, cuando

se había sentido tan vulnerable. Era demasiada exposición a la mirada de los demás para una noche, sobre todo, después de que él le hubiese dicho lo que pensaba de ella y le hubiese hecho tanto daño. «Es posible que no seas de la realeza, pero eres una princesa». Sabía que su actitud defensiva ante él no había ayudado gran cosa, pero no era una princesa malcriada, ni mucho menos, y la enfurecía más todavía que la opinión de él le importara lo más mínimo.

–Es todo por su culpa –lo miró con rabia–. Si no me hubiese perseguido y no hubiese hecho esa puja ridícula, esto no habría pasado.

Él tuvo el descaro de encogerse de hombros y de esbozar media sonrisa diabólicamente sexy.

–Cariño, solo he demostrado que entre nosotros salta tanta electricidad que podríamos dar luz a un país pequeño, era algo inevitable.

Lia empezó a ir de un lado a otro, aunque para convencerse de que las piernas le funcionaban todavía. Hasta que se paró y lo miró.

–No me llame «cariño» y ya he tenido suficiente. Me marcho.

Esa vez, él no intentó retenerla, se limitó a hablar desde detrás de ella.

–Yo no lo haría si fuese tú.

Lia captó algo en su voz que hizo que se parara. Miró hacia la puerta del hotel y notó la mirada de él clavada en su nuca. Aunque le fastidiaba, se dio la vuelta y se dirigió a él con toda la despreocupación que pudo.

–¿Puede saberse por qué?

Él se cruzó de brazos.

–Has aceptado en público las condiciones de una subasta y no hablo en broma cuando digo que retiraré la donación si no cumples tu parte del trato. Los paparazis te perseguirán sin compasión.

Se acercó a Lia y ella tuvo que hacer un esfuerzo para resistirse a su magnetismo físico. Todavía recordaba vívidamente su lengua intensa y posesiva en la boca, y no podía soportarlo.

–Además –siguió él–, sé que te quedarás hasta después del fin de semana y que no tienes nada más programado, salvo ir de compras, supongo. Por eso, no tienes ninguna excusa para no ir de viaje conmigo.

Esa obstinación y el juicio que había hecho de ella hicieron que quisiera patalear. ¡Ir de compras! Evidentemente, había investigado sobre ella, pero superficialmente. Se moriría de risa si le contaba que, en realidad, había pensado ir a unas conferencias que daban en la Universidad de Nueva York sobre los avances en construcciones

de emergencia provisionales y sostenibles.

Todos eran medios para un fin nefasto, hubiese química o no. Podía notar que bajo su carisma devastador había una tendencia despiadada y la sensación de impotencia se adueñó de ella. ¡No había más que ver lo que había hecho hasta ese momento! Ya estaba segura de que, si se marchaba, él no donaría el millón de dólares.

Que pensara que la tenía perfectamente catalogada era tranquilizador en parte, así no llegaría a ver cómo era de verdad. Si tenía que aguantar su arrogancia insoportable durante un fin de semana por una buena causa, podría hacerlo. Además, no volvería a ser tan influenciable ni volvería a besarlo.

–Al parecer, no me deja ninguna alternativa –replicó ella levantando la barbilla y con toda la frialdad que pudo–. ¿Cuándo nos marchamos y adónde?

Los ojos de Benjamin Carter dejaron escapar algo que se parecía espantosamente a un brillo triunfal. Se acercó a ella, la agarró del brazo otra vez y empezó a avanzar.

–Primero iremos a tu hotel para que puedas recoger lo esencial y tu pasaporte.

Lia se paró en seco y lo obligó a pararse también. Él la miró con impaciencia y ella, consciente de la gente que los rodeaba en el vestíbulo, susurró con rabia.

–¿Pasaporte? ¿Puede saberse adónde va a llevarme?

–Si te lo dijera, perdería toda la gracia, ¿no te parece? –contestó él con un brillo diabólico en los ojos–. No te preocupes, Lia, estarás a salvo conmigo.

Ella se estremeció. Nunca había estado menos a salvo, y no tenía nada que ver con la seguridad física, era la amenaza sensual que suponía para lo débil que era ella. Le aterraba cómo conseguía alterarla y que perdiera el dominio de sí misma.

–Este fin de semana no va a pasar nada, señor Carter. Piense lo que piense, ese beso fue un error.

Él sonrió y fue una sonrisa de lobo.

–Nunca he tenido que obligar a una mujer a que se acueste conmigo y no voy a empezar ahora. Te aseguro que, pase lo que pase, será por decisión de los dos.

Entonces, antes de que supiera lo que estaba pasando, ya le habían dado su chal y estaban en la entrada del hotel y Carter abría la puerta del acompañante de un deportivo gris oscuro. Se metió con toda la dignidad que pudo mientras lo llamaba de todo. Él cerró con un portazo y rodeó el coche por delante con la elegancia y

flexibilidad de un animal. Cuando se sentó con ese olor a almizcle tan cautivador, ella se puso rígida y miró al frente. Podía notar que él la miraba, pero se juró a sí misma que se resistiría a ese hombre y que conservaría intacta la vulnerable esencia de sí misma. Fuera cual fuese el juego de él, a ella no le interesaba jugarlo.

Solo había habido un silencio gélido roto de vez en cuando por los monosílabos de la mujer que estaba acurrucada en un asiento del lado opuesto del avión privado de Ben, y que miraba por la ventanilla envuelta en el chal y con el pelo sobre los hombros…

Ben sentía irritación y algo más difícil de definir al pensar que ella no estaría allí si él no hubiese pagado un millón de dólares. Sin embargo, dejó de pensarlo. Ella estaba allí y eso era lo único que importaba.

Habían despegado hacía una hora desde un aeródromo privado de Newark. Antes, habían pasado por la suite de ella para que ella recogiera su pasaporte y algunas cosas esenciales. Había estado a punto de ir al cuarto de baño para cambiarse el vestido cuando Ben intervino llevado por algo perverso.

–No tenemos tiempo para eso.

Ella lo había mirado con un destello gélido en los ojos y se había limitado a salir de la suite y a dejar las bolsas para que las recogiera él. Estaba representando al máximo el papel de princesa, pero él era el único culpable porque eso era lo que la había llamado. Volvió a acordarse de aquella expresión enigmática de sus ojos, como si le hubiese hecho daño. Sintió remordimiento de conciencia aunque se dijo a sí mismo que las mujeres que conocía de ese mundo estaban muy curtidas.

Sin embargo, tenía que reconocer que ella era un cúmulo intrigante de contradicciones. Una de esas contradicciones, y no la menor, fue la que se encontró cuando llevaban las máscaras. También tenía que reconocer, con cierto fastidio, que, efectivamente, había tenido ventaja porque la había reconocido desde el primer momento. Había pensado decirle quién era, hasta que ella fue sorprendentemente dulce y coqueta… Ardiente. Había sido un contraste absoluto con su primer encuentro y confirmó que él no había tenido ninguna posibilidad, que ella había ido solo para disuadirlo.

Sin embargo, cuando ella no había sabido quién era él, no había querido revelar su identidad para no estropear el… ambiente. Frunció el ceño. No era propio de él dejarse llevar por flaquezas. El

propósito de todo eso era seducirla y, sobre todo, casarse con ella si podía. Aunque, en ese momento, era casi imposible imaginarse a esa mujer entregada a una vida de felicidad doméstica con él. ¿Por eso decidió que no merecía la pena el esfuerzo? Muchas de sus examantes no disimulaban que estarían encantadas de convertirse en la señora Carter… y, aun así, no quería desprenderse de Lia, algo que le asombraba. La deseaba y la idea de refrenar su lengua afilada y de doblegarla con el deseo le excitaba más cualquier otra cosa que pudiera recordar.

Dejó de mirar a la mujer que estaba sentada al otro lado del pasillo, y que tanto lo alteraba y provocaba, y se deshizo la pajarita. Se sintió despreciable por no haber dejado que se cambiara antes. Eso no ayudaba precisamente a sofocar el deseo, sabía que bajo ese tentador vestido su cuerpo estaba…

–No había ningún paparazi, ¿verdad?

Ben giró la cabeza y vio esos fríos ojos azules entrecerrados y que ella se había cruzado de brazos. Se relajó algo de la tensión que sentía por dentro y observó que ella, involuntariamente, bajaba la mirada y volvía a subirla. Lo deseaba y se lo demostraría.

–Si recuerdas bien, dije que *creía* que nos habían pillado.

–No puedo creerme que me lo tragara –replicó ella con un destello en los ojos.

Ben se encogió de hombros y dio un sorbo de café.

–Al final, tampoco habrías tenido otra alternativa.

Ella apretó esos labios carnosos y él tuvo que hacer un esfuerzo para no alargar la mano para tocárselos y relajárselos. Entonces, se le ocurrió algo y lo dijo.

–Me gusta que te llamen Lia, es menos… rígido.

–Como dije, eso es para los amigos y la familia –replicó ella sonrojándose.

Ben sonrió y disfrutó de la incomodidad de ella más de lo que debería.

–Lia, creo que ya somos algo más que amigos. No sé a qué estás acostumbrada, pero, en mi mundo, los amigos no se besan como nos besamos antes. Los amantes… Eso es otra cosa.

Lia miró hacia atrás, hacia donde estaba sentada la discreta tripulación.

–Jamás seremos amantes, señor Carter –susurró con rabia a través del pasillo.

Ben no hizo caso, se dejó caer sobre el respaldo y estiró las piernas para ponerse cómodo, aunque no se sentía nada relajado.

–Hay un dormitorio al fondo. Deberías ponerte algo más cómoda

y descansar un poco. Vamos a seguir volando durante siete horas como mínimo.

–¿Sigue empeñado en no decirme adónde vamos?

–¿Y estropear la sorpresa? –contestó él mirándola con una inocencia burlona.

–No me gustan las sorpresas, señor Carter.

–Lia, por favor, llámame Ben –le pidió él en un tono suplicante que le divirtió mucho.

Después de un rato, cuando llegó a parecer que ella estaba tentada de hacerle algo violento, se soltó el cinturón de seguridad y se levantó.

–Es usted insoportable. Esto es insoportable.

Lia tomó la bolsa del receptáculo que tenía encima de la cabeza y el chal se le cayó al suelo. Ben la miró de arriba abajo, sobre todo, las curvas del trasero. Ella se dio la vuelta y él levantó la mirada. Tomó el chal que había recogido él y que estaba devolviéndole.

–Voy a dormir un poco y no quiero que me molesten.

–Por favor, siéntete como en tu casa –replicó él con una sonrisa.

Lia se dirigió hacia el fondo del avión con el vestido rojo arremolinándose alrededor de sus piernas. Entró en el dormitorio y cerró la puerta con tanta fuerza que Ben hizo un gesto de disgusto. Luego, pudo oír el chasquido del pestillo al cerrarse y dejó de sonreír cuando tuvo que cambiar de postura para acomodar la erección. Se sentía como un bárbaro y tentado de abrir la puerta de una patada para demostrarle que sí eran algo más que amigos, pero se recordó a si mismo que era civilizado.

Al fin y al cabo, tuvo que reconocerse con amargura, durante los doce primeros años de su vida había sido desmesuradamente civilizado, hasta que todo había cambiado y el mundo real se le había revelado, como en *El mago de Oz*, cuando se había abierto el telón y había visto la verdad.

Entonces, vibró su teléfono y agradeció la distracción. Lo sacó del bolsillo y vio un nombre en la pantalla. Sonrió sin ganas antes de contestar.

–Trakas, ¿ya estás echándonos de menos a mí y a nuestros nuevos amigos?

–Ni mucho menos –contestó el griego con ironía–. Internet echa chispas con la noticia de que has hecho una puja desorbitada en una subasta benéfica y que vas a escaparte durante el fin de semana con una princesa de la sociedad británica. Creía que estábamos intentando mejorar nuestra reputación, no empeorarla.

Ben miró elocuentemente hacia la puerta cerrada del dormitorio

y apretó los dientes.

–No te preocupes, todo forma parte del plan. Elizabeth Young nos concertó una cita. ¿Querías algo en concreto o has llamado solo para cotillear?

Xander Trakas se quedó un momento en silencio.

–Y… ¿qué tal era ella?

–¿Quién? –Ben frunció el ceño–. ¿La… intermediaria?

–Claro –contestó Trakas con impaciencia.

Ben sintió cierto remordimiento de conciencia, otra vez, cuando pensó en lo que ella había opinado de que persiguiera a Lia a pesar de sus advertencias.

–Estuvo bien, pero ¿puede saberse por qué te importa?

–Por nada –contestó Trakas inmediatamente–. Hasta luego, Carter.

Ben sacudió la cabeza y colgó el teléfono mirando hacia la puerta cerrada con el ceño fruncido. No tenía ni idea de lo que se llevaban entre manos Xander Trakas y la directora de Soluciones Leviatán, pero, si se parecía mínimamente a lo que estaba pasándole a él, le deseaba suerte. A juzgar por lo que había visto de Elizabeth Young y su temple a prueba de bomba, iba a necesitarla.

–Te lo enseñaré.

Lia miró con recelo a Benjamin Carter, quien no tenía derecho a parecer tan fresco e impresionante cuando había dormido en el asiento del avión. Se había quitado el esmoquin y se había puesto unos pantalones oscuros con un polo de manga corta negro que dejaba ver sus abultados bíceps cuando tenía los brazos cruzados. Era más fuerte todavía que lo que había pensado ella.

–¿Dónde estamos exactamente? –preguntó ella para ganar tiempo mientras su desconcertado cerebro se adaptaba a la situación.

Habían aterrizado hacía una media hora en el aeropuerto internacional de Salvador de Bahía, en Brasil, y se había quedado atónita al enterarse de lo lejos que estaban. Luego, Carter había recogido un todoterreno descubierto y habían salido de la ciudad y conducido a lo largo de la costa durante treinta minutos. Lia no quería reconocer que se había quedado cautivada por el Atlántico que rompía en miles de playas vírgenes.

–Estamos en mi villa privada, al norte de Salvador.

Su mirada azul le recorrió el cuerpo y Lia se arrepintió de no haberse cambiado cuando había tenido la oportunidad en el avión.

Sin embargo, después de ir de un lado a otro por el amplio dormitorio se había dejado llevar por el cansancio y se había tumbado vestida en la cama. Entonces, cuando una llamada imperativa en la puerta la había despertado y una voz profunda y conocida le había anunciado que aterrizarían enseguida, algo mezquino había hecho que no quisiera que se sintiera más a gusto con lo que había hecho y había salido llevando el mismo vestido. Sin embargo, en ese momento se sentía ridícula y cohibida, y por eso se dirigió a él en un tono desafiante.

–¿Qué me impide tomar ese todoterreno, volver a Salvador y tomar el próximo vuelo a casa?

Su anfitrión no se inmutó lo más mínimo.

–Bueno, tendría que denunciar que me lo han robado y la policía de aquí es muy eficiente. No tiene mucho sentido.

Volvió a sentir la misma impotencia que había sentido en Nueva York cuando la realidad la alcanzó como una bofetada en la cara; iba a pasar allí el fin de semana.

Él, como si le hubiera leído el pensamiento, descruzó los brazos y le tendió la mano para que aceptara su invitación de enseñarle el sitio. No era fácil darse por vencida, pero después de unos segundos de debatir por dentro, se inclinó para quitarse los zapatos, que estaban matándole y no podía disimularlo más.

–Como parece que no tengo más remedio, abra el camino –dijo ella al incorporarse con los zapatos en la mano.

Aunque se sentía más frágil sin la altura que le daban los zapatos, lo pasó por alto y lo siguió por la villa intentando no mirar la ancha espalda que se estrechaba en la cintura y en los turgentes glúteos. Era casi un alivio observar los muebles y, con cierta sorpresa, se fijó en el suelo de madera encerada y en las contraventanas blancas que dejaban entrar una brisa cálida. Las habitaciones se comunicaban unas con otras y eran espacios amplios y abiertos.

Era una casa desenfadada, pero elegante sin ostentación. También se fijó en las valiosas obras de arte que había repartidas por las paredes y las habitaciones. Todo se complementaba entre sí. La decoración era discreta, muy de su gusto, algo que no se había esperado. Había un cuarto de estar cómodo y acogedor con mesitas bajas, grandes libros de arte y fotografía y una pared con estanterías llenas de libros. Se moría de ganas por mirar lo que había allí.

–Su diseñador de interiores tiene mucho talento –comentó Lia.

–Gracias –replicó él con ironía.

Miró a Carter y vio que sonreía ligeramente con un brillo en los

ojos.

–¿Lo ha… decorado usted? –preguntó ella con incredulidad.

–Es increíble la cantidad de buen gusto que puede comprar el dinero.

Su tono fue más irónico todavía, pero había algo más, un soniquete que ya había captado antes, cuando lo acusó de ser ostentoso. Se sintió incómoda. Era desconcertante sentirse a la defensiva por primera vez.

–Es preciosa.

Unas puertas acristaladas llevaban a la playa. Lia salió un poco y los pies se le hundieron en una arena cálida y muy suave. Las olas del Atlántico morían lenta y rítmicamente en la orilla. Algo se le aflojó por dentro a pesar de sí misma. Hacía mucho tiempo que no se relajaba. Le preocupaba mucho la salud de su padre y dependía mucho de ella…

–Ten cuidado –comentó Carter con sorna y desde demasiado cerca–, podría llegar a pensar que te gusta.

La sensación de relajación se esfumó y frunció el ceño mientras él volvía a entrar cruzando un patio central con una piscina a la sombra de unas palmeras. Le enseñó la cocina, que era grande, tenía encimeras de mármol y estaba llena de utensilios resplandecientes. Ben apoyó las manos, que le parecieron muy grandes y bronceadas, en una encimera.

–Este es el territorio de Esmé. Es mi ama de llaves y cocinera. Se ocupa de la casa cuando no estoy y me la abre. Vendrá más tarde para cocinar la cena.

Lia levantó la mirada de esas manos y no hizo caso del cosquilleo que sintió en las entrañas al imaginarse una cena romántica a la luz de las velas en la playa. No dijo ni una palabra mientras volvía a seguirlo por la villa para subir las escaleras. Llegaron a un pasillo ancho con dormitorios a los lados y una alfombra lujosa y cruzaron una galería con una balconada.

–Este es tu cuarto.

Ella lo miró con recelo y él abrió los ojos con una expresión de inocencia que ella no se creyó ni un segundo.

–¿Acaso creías que era tan bárbaro que no iba a darte tu propio cuarto? Ya te lo he dicho, lo que pase será porque queremos los dos.

Lia entró en el cuarto antes de que él pudiera ver que estaba incómoda. No estaba acostumbrada a que los hombres fuesen tan… claros. Además, en cierto sentido, tampoco estaba segura de lo que había esperado. Tenía que reconocer una cosa, no sentía el más mínimo peligro. Tenía la sensación de que cualquier peligro llegaría

por sus propias reacciones.

Dejó caer los zapatos y fue hasta unas grandes puestas abiertas que llevaban a una terraza que daba a la playa y el mar. Era impresionante. Entonces, un pájaro con plumas de todos los colores pasó volando por delante. Se dio cuenta con cierta ironía de que ese hombre no tendría que recurrir a ninguna fuerza, que ese sitio, por sí mismo, podría seducir a una mujer.

–Hay un vestidor y un cuarto de baño ahí –comentó él cuando ella se dio la vuelta.

Ella no pudo resistir la curiosidad y miró dentro del inmenso cuarto de baño, que tenía una ducha acristalada y una bañera enorme sobre patas en forma de garra. Una parte muy femenina de sí misma suspiró complacida. Entonces, a través de una puerta contigua, vio lo que debía de ser el vestidor. Entró y se quedó boquiabierta cuando vio que estaba lleno de ropa sin estrenar y con las etiquetas más exclusivas colgando todavía de las carísimas telas.

Se abrieron otras puertas que llevaban al dormitorio principal y Benjamin Carter se apoyó despreocupadamente en el marco con la irritante sonrisa de un hombre que observaba la prevista reacción de una mujer al ver un armario lleno de ropa preciosa. Ella se cruzó de brazos e, indignada, lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Esta es su forma de seducir a las mujeres que trae aquí? Sinceramente, se necesita algo más que un armario lleno de ropa cara para captar mi interés. No soy ni superficial ni malcriada, independientemente de lo que usted crea.

Sus ojos dejaron escapar un destello y, por un segundo, ella creyó que se había ofendido. Él no se movió, pero ella pudo notar su tensión.

–Lo cierto es que no he traído a ninguna mujer aquí. Sin embargo, sí dejo la villa a amigos y conocidos de trabajo. Tengo ropa en los dos dormitorios principales porque la boutique más cercana está en Salvador. Tengo empleada a una estilista que repasa los armarios después de cada visita, se lleva la ropa que se ha usado y la dona a una organización benéfica de la ciudad.

Lia se sintió abochornada por su juicio precipitado. No era propio de ella, pero él sabía provocarla como nadie. Además, ¿era verdad que no hubiese llevado a ninguna mujer? Intentó interpretar su rostro inexpresivo y tuvo que reconocerse que un hombre como él no mentiría sobre eso. ¿Qué necesidad tenía?

Se sintió más vulnerable al darse cuenta de que debía de ser una especie de refugio para él. Decidió desviarse del tema para no tener que reconocer que era la primera mujer que había llevado allí.

–Bueno –replicó ella con cierta rigidez–, es muy generoso, pero he traído mi ropa.

Entonces, un poco tarde, se dio cuenta de que su ropa, de otoño o invierno, no serviría de gran cosa en ese clima.

Ben se apartó de la puerta y, por primera vez desde que lo conoció, Lia sintió cierta frialdad en el ambiente, y no le gusto, al contrario de lo que había esperado que le pasaría.

–Es la primera vez que vengo este año –Ben miró su reloj–. Tengo que comprobar algunas cosas. Siéntete como en tu casa. Hay comida en la nevera si quieres un aperitivo. También has visto dónde está la playa. Es completamente privada y nadie te molestará.

Se dio la vuelta para marcharse y ella sintió un batiburrillo de sentimientos que la dejó inmóvil y muda mientras lo veía alejarse. Sintió rabia porque, prácticamente, la había secuestrado, pero estaba disipándose por el seductor entorno y porque él estaba dándole espacio.

Entonces, se reprendió a sí misma por lo fácil que era engañarla. Él tenía que tener un plan y ella tenía que recordarlo. Algo estaba cambiando y, si no tenía cuidado, caería hechizada sin que pudiera resistirse.

Fue apresuradamente hasta la puerta del cuarto y vio que bajaba las escaleras.

–Si todo esto es para llegar hasta mi padre, puede llevarme de vuelta a Nueva York porque nunca dejaré que alguien me seduzca para llegar a él.

Ben se paró en seco. Ninguna mujer lo había evadido de esa manera, y menos una que lo deseaba. Además, ninguna mujer había tenido un concepto tan bajo de él. Para su fastidio absoluto, la opinión de ella le importaba cuando, normalmente, le daba exactamente igual lo que los demás pensaran de él. Ella lo miraba como si fuese algo que se le había pegado en la suela del zapato, aunque el pulso se le aceleraba en el cuello cada vez que él se acercaba a ella.

Se dio la vuelta lentamente, con los dientes apretados, a punto de decirle que se ocuparía de que la llevaran a Salvador, pero la vio junto a la puerta y el impulso quedó en nada en cuanto vio la expresión de su cara. Todavía era desafiante, pero también había algo más que no había visto antes, una especie de incertidumbre cautelosa, un atisbo de vulnerabilidad. Eso hizo que se acordara del

daño que le pareció captar cuando la llamó «princesa» y del momento de espanto absoluto que se reflejó en su cara cuando su amiga le pidió que ocupara el sitio de la modelo en la subasta benéfica.

Descalza, con ese vestido impropio y completamente arrugado, con el pelo suelto y alborotado después de ese viaje tan largo… Nunca había visto nada tan hermoso en su vida, y la deseaba.

Subió lentamente las escaleras y vio que ella abría los ojos. También estaba tensa y no era solo por la rabia que le daba que él estuviese dominando la situación. Estaba tensa porque lo deseaba y, de repente, supo que no pensaba dejar que se escapara. Se detuvo a un metro de ella.

–No voy a ofender a tu inteligencia negando que la empresa de tu padre me interese, pero, en este momento, me da igual.

Él mismo se sorprendió al darse cuenta de que era verdad. En ese momento, solo le interesaba una cosa, ella… y que se entregara a él.

Lia tragó saliva y él siguió con la mirada el movimiento en la delicada garganta.

–Señor Carter, no llegará a ninguna parte conmigo –replicó ella en ese tono cortante–, así que me parece que lo mejor sería que nos ocupáramos de nosotros mismos hasta que llegue el momento de volver.

–No deberías plantear un desafío como ese, Lia…

Capítulo 4

NO deberías plantear un desafío como ese…» Aquella noche, las palabras de Benjamin Carter siguieron dándole vueltas en la cabeza. Maldito fuese.

Esa mañana, después de ir de un lado a otro por el lujoso cuarto durante un par de horas, decidió echar un vistazo al vestidor. También decidió aprovechar al máximo la situación y se puso un recatado traje de baño y un pareo. Tomó algo ligero en la cocina y fue a la playa. Para su alivio, no había ni rastro de Benjamin Carter, pero había oído unos ruidos que le había parecido que llegaban de la parte delantera de la casa. Como no quería encontrárselo vestida así, encontró un sitio idílico a la sombra de una palmera y apartada de la vista desde la villa.

Durante unas horas, casi había conseguido engañarse a sí misma y había creído que estaba en unas vacaciones que había elegido ella. Había dormitado, se había bañado y había leído un libro que había tomado de la librería del cuarto de estar.

Había vuelto cuando empezaba a oscurecer y estuvo a punto de caerse de espaldas cuando vio a un Ben Carter medio desnudo subido al tejado de terracota de la villa. Su mirada se dirigió inmediatamente a los músculos de su espalda, que se contraían bajo la piel mientras clavaba algo en la pizarra. Casi ni se dio cuenta de que estaba riéndose y bromeando con otro hombre, cuya piel del color del ébano también resplandecía por el esfuerzo. Carter no llevaba nada más que unos pantalones cortos desteñidos y unas zapatillas de deporte desgastadas. Además, casi se había muerto del susto cuando oyó una voz melodiosa y maliciosa.

–No está mal la vista para acabar un día caluroso, ¿eh?

Miró a su izquierda y vio a una joven increíblemente guapa con la piel de color chocolate, los ojos del mismo color y una sonrisa enorme. Llevaba un pañuelo de colores en la cabeza y se había mezclado perfectamente con el entorno. Se presentó como Esmé y siguió hablando después de explicarle que el otro hombre era su marido.

–Estaba buscándola. Ben le pide disculpas porque estará ocupado toda la tarde, pero dice que le encantaría que lo acompañara a cenar a las ocho.

Había estado a punto de poner reparos, pero se había dado cuenta de que esa mujer encantadora no se merecía que la ofendiera solo porque lo que menos le apetecía del mundo era cenar con su anfitrión. Aunque una vocecilla le había preguntado si estaba segura de eso.

En cualquier caso, se escapó de la provocativa visión de Benjamin Carter antes de que se diera la vuelta y viera la reacción de ella, que estaba desconcertándola en mucho aspectos. ¿Desde cuándo le parecían tentadores unos hombres haciendo trabajos físicos? ¿Por qué le atraía tanto verlo haciendo algo tan vulgar?

En ese momento, mientras pensaba qué se pondría después de la ducha, maldijo esos pensamientos recurrentes. Por una parte, quería ponerse vaqueros y una camiseta, pero pensó en la expresión burlona de Carter cuando se diera cuenta de que era evidente que ella estaba intentando parecer natural. Por eso, eligió un sencillo vestido de seda negra que le llegaba hasta las rodillas y parecía de monja. Era perfecto.

Se maquilló lo mínimo, se recogió el pelo en un moño bajo, se puso sus zapatos de tacón bajo y empezó a bajar las escaleras. Seguía rumiando su incapacidad patológica para llegar tarde, aunque lo quisiera, cuando vio que Carter aparecía abajo, en el vestíbulo, con una botella de vino en una mano y una copa en la otra.

Se había cambiado, había dejado de ser un trabajador sudoroso y volvía a ser un empresario refinado y elegante con pantalones gris oscuro y camisa gris claro. Podía ver que el pelo, normalmente indomable, estaba húmedo. Se le apareció una imagen porno de él en la ducha con el agua cayéndole por esos músculos impresionantes.

–Esmé me ha contado que ya se ha encontrado contigo. Te pido perdón otra vez por haberte dejado abandonada, pero Joao, el marido de Esmé, se ofreció a ayudarme por la tarde y conseguimos hacer todos los trabajos de mantenimiento de una tirada.

Lia no sabía bien cómo había conseguido bajar, pero estaba muy cerca de él y le desconcertaba su naturalidad y la sensación que tenía ella de que la villa le parecía muy conocida.

–No esperaba que se ocupara de mí –replicó ella con la voz ronca–. He pasado una tarde muy agradable en la playa.

–¿No te aburriste? –le preguntó él con cierta incredulidad.

Ella negó con la cabeza y se dio cuenta de que había pasado una tarde mucho más agradable de lo que estaba dispuesta a reconocerse a sí misma. Además, si se había sentido mínimamente

sola, no había sido porque le hubiese faltado la compañía de ese hombre, se aseguró a sí misma con firmeza mientras tomaba las riendas de sus volubles sentimientos. Lo atribuyó al efecto del sol.

–Me bañé y leí un libro. Algo que no había podido hacer desde hacía mucho tiempo.

Él no dijo nada, pero ella podía imaginarse que Carter daría por supuesto que se refería a que no había podido hacerlo desde las últimas vacaciones de lujo. Contuvo las ganas de sacarlo de su error. Al fin y al cabo, le daba igual lo que él creyera... Solo le importaba resistir ese fin de semana para que donara ese dinero.

Lo siguió al salón, donde habían apagado algunas luces y habían encendido algunas velas. Seguía haciendo cierto calor y era una bendición después del otoño helador de Nueva York.

Carter estaba abriendo una botella de vino en el mueble bar y se dio la vuelta.

–¿Quieres una copa? Es del viñedo de un buen amigo en Argentina.

Lia estuvo a punto de rechazarlo, pero algo se lo impidió. Fue el deseo de dejarse llevar por ese relax tan tentador. Asintió con la cabeza, tomó la copa de vino blanco muy frío y se fijó en que él tomaba una copa de lo que parecía agua. Se acordó de que él no había pedido alcohol en su cita y de que tampoco había bebido durante la subasta benéfica.

–¿No bebe? –se oyó a sí misma antes de que pudiera contener la pregunta.

Ben negó con la cabeza y le hizo un gesto para que se sentara en la butaca que tenía detrás. Él se sentó en otra butaca, al otro lado de la mesita baja, y con un brazo extendido por el respaldo, con el cuerpo dominando el espacio con naturalidad.

Ella apartó la mirada y dio un sorbo de vino. Le bajó por la garganta como si fuese seda fría, el aroma se adueñó de todos sus sentidos y se le subió inmediatamente a la cabeza. Su imagen se le grabó en la retina aunque no estaba mirándolo. Le recordaba a un cuadro que había visto de un pachá reclinado y rodeado por unas bellezas exóticas. Ese entorno tan refinado no disminuía lo más mínimo su poderosa virilidad, y el recuerdo de él medio desnudo tampoco ayudaba gran cosa.

–No bebo nada –añadió él al cabo de un rato.

Ella no pudo seguir mirando hacia otro lado y vio que la expresión de él era casi desafiante. Lia se encogió de hombros como si no sintiese tanta curiosidad como sentía.

–Yo tampoco bebo mucho. Mi límite suele ser dos copas.

La tensión pareció desaparecer de los hombros de él. No podía imaginarse que hubiese tenido algún problema con la bebida. Siempre conservaba el dominio de sí mismo. Quizá tuviese algo que ver con su infancia.

Entonces, Esmé apareció en la entrada del cuarto y les dijo que la cena estaba servida. Ben se levantó y dejó que Lia fuese por delante hasta el comedor, que también estaba iluminado con velas. La mesa estaba puesta con un mantel blanco y cubiertos de plata. Todo era muy romántico y eso, junto a las ganas de saber algo más sobre ese hombre, hizo que hablara con cierta rigidez.

–No debería haberse tomado tantas molestias.

Él le separó la silla y ella tuvo que sentarse sintiendo su cercanía detrás de ella.

–He tenido que hacer un viaje de ocho horas y una diferencia horaria de otras dos para conseguir que cenes conmigo, así que creo que merece la pena hacer un pequeño esfuerzo.

Lia lo miró y se imaginó que la mayoría de los hombres no habrían llegado a perseguirla tanto, o que lamentarían haberlo hecho. Un hombre con el que había salido antes que con su exprometido se había puesto muy desagradable cuando ella no mostró ningún interés en acostarse con él después de la primera cita. Ese fue uno de los motivos para que le gustara Simon, porque había respetado sus limitaciones. Aunque lo que no había sabido era que su respeto se debía a que quería entrar en el equipo legal que representaba a la empresa de su padre y a que sus… necesidades las satisfacía en otro sitio.

Sin embargo, Carter seguía allí y le parecía como si hubiese entrado a saco en su vida y hubiese acabado con el escepticismo que se había construido alrededor después de la ruptura de sus padres y de su desastroso compromiso. Para él eso era una conquista personal y profesional, y ella no tenía ninguna duda.

–Mire, señor Carter –ella se inclinó ligeramente hacia delante–, sé que esto se trata tanto de mi padre como, según usted, de mí…

Sin embargo, no pudo seguir cuando Esmé apareció con el primer plato, unos raviolis muy bien presentados con salsa de setas. A ella no le pasó desapercibida la mirada que les dirigió a los dos.

–Para empezar –replicó él cuando se quedaron solos otra vez–, me llamo Ben. Para seguir, todo el mundo sabe que me interesa la empresa de tu padre, y que no soy el único. Tu padre nunca ha tenido ningún problema para proteger sus intereses y, salvo que algo haya cambiado, está completamente a salvo independientemente de lo que pase entre nosotros. Además, cuando

vi tu foto en el catálogo de la casamentera, te deseé antes de saber quién eras.

Las palabras se quedaron flotando entre ellos. Para su desgracia, Lia solo se quedó con que la había deseado antes de saber quién era y eso, que Dios se apiadara de ella, le llegó muy hondo. Era como cuando salió a la tarima y alguien la deseó lo bastante como para pujar una pequeña fortuna por ella… ese desconocido esquivo al que ella había creído que también deseaba. Él, el hombre que estaba sentado enfrente de ella con unos resplandecientes ojos azules y guapo hasta decir basta.

Ese hombre era peligroso para ella porque hacía que anhelara cosas de las que había creído que podía prescindir, que anhelara satisfacer deseos muy personales, que anhelara que un hombre la acariciara y consiguiera que se sintiera viva, que le demostrara que no era defectuosa en algún sentido…

Entonces, pensó en lo que había dicho sobre su padre. La verdad era que su padre tenía puntos débiles, que tenía que retirarse y que no confiaba en nadie lo suficiente como para ponerle al mando de la empresa. Se dio cuenta de que estaba dando pie para que Carter se planteara la fortaleza de su padre cuando debería estar aprovechando la ocasión para disuadirlo. Tenía que darle algo o él sospecharía. Hizo un esfuerzo para relajarse un poco y tomó aire.

–Muy bien, te llamaré Ben.

El corazón se le aceleró al decir su nombre, le pareció ridículamente íntimo. Él le tendió la mano por encima de la mesa y de los aromáticos platos.

–¿Una tregua?

–Una tregua –contestó ella tendiendo su mano de mala gana.

Él la estrechó y ella volvió a verlo en el tejado, con la piel brillante por el esfuerzo y con esos músculos que se contraían. Intentó retirar la mano, pero él se la agarró con más fuerza y con un destello de pasión en los ojos que la cautivó.

–Me alegro de que estés aquí, Lia. Estoy deseando conocerte mejor.

Ben no se engañó. Sabía que la concesión de Lia no tenía nada que ver con él, en sí mismo. Lo deseaba, eso era evidente, pero estaba dispuesta a resistirse. Aun así, después de que él hubiese declarado esa tregua y de que hubiese contenido las ganas de agarrarla por encima de la mesa para besarla, habían cenado y charlado cordialmente, aunque de asuntos muy superficiales.

Eso le enfureció en cierto sentido, porque supo que la había subestimado enormemente. Ella estaba decidida a mantenerlo al margen, a no dejarle ver lo que había debajo de su superficie, y solo podía culparse a sí mismo. Eso era desconcertante para un hombre que no estaba acostumbrado a fracasar, en nada.

Ya habían terminado de cenar y habían vuelto a la sala para tomar café. Ella estaba recorriendo la habitación, observando los cuadros y los libros, con la taza en la mano. Ben, sin esos ojos azules clavados en él, pudo mirarla a su antojo. Llevaba un vestido muy bonito, pero que le tapaba todo el cuerpo. Supuso que lo había elegido precisamente por eso y volvió a parecerle desconcertante que ella se empeñara de esa manera en no dejarse llevar por la química que había entre ellos. Le parecía que ella no había fingido que no quisiera ir con él y sabía que no era el tipo de mujer que se haría la difícil de conseguir. Aun así, nunca se había esforzado tanto por una mujer que no lo deseaba, y eso hizo que se preguntara sobre ella, sobre la experiencia que tenía. ¿La habría subestimado es más de un aspecto?

–Si tenemos en cuenta que te inscribiste en Soluciones Leviatán –comentó él con cautela–, tengo cierta curiosidad por saber por qué parecías tan deseosa de abandonarla después de la primera cita.

Vio que se ponía rígida por la pregunta y que se daba la vuelta lentamente después de haber dejado en la estantería el libro que había estado ojeando. Vio en su rostro que no quería hablar y fue algo que le impresionó; estaba acostumbrado a mujeres que se habían inyectado tanto relleno que no podían expresar nada que no fuese una sonrisa tensa. Sin embargo, contestó cuando él ya creía que iba a pasar por alto el asunto.

–La verdad es que no quería apuntarme a una agencia de… contactos. Alguien lo hizo por mí.

La curiosidad de Ben se disparó, pero controló su expresión.

–¿Quién iba a hacer algo así?

Ella suspiró, se acercó y se sentó. Cada movimiento que hacía transmitía naturalidad y elegancia, aunque estuviera tensa. Dejó la taza en la mesa y lo miró.

–Fue idea de mi padre. Está anticuado y empeñado en que siente la cabeza.

Entonces, cerró la boca como si hubiese dicho demasiado. Él notó que estaba a punto de cruzarse de brazos para dejarlo completamente al margen. Entonces, cuando captó su expresión vagamente atormentada y cuando se acordó de su tensión durante la subasta benéfica, se le ocurrió que podía ser tímida.

–Sé, por el beso que nos hemos dado, que no eres lesbiana. Entonces, ¿qué pasa, Lia? –le preguntó él inclinándose un poco hacia delante–. ¿Por qué no quieres salir con alguien?

Ella, nerviosa, volvió a levantarse y a ir hasta la estantería, pero se dio la vuelta para mirarlo.

–¿Tan difícil es entender que una mujer no quiera que su vida gire alrededor de un hombre y que pueda tener aspiraciones propias? Por si no te habías enterado, hace tiempo que se libró y se ganó una revolución.

Ben se dejó caer sobre el respaldo. Cada vez le intrigaban más esas fibras tan sensibles que estaba tocando.

–No soy misógino, Lia, y habría quien diría que todavía queda mucho por hacer, pero las personas, las mujeres en concreto, pueden hacer varias cosas, pueden salir con alguien y trabajar a la vez.

–Lo sé –ella se abrazó con sus propios brazos–. Es que… Mi padre no debería haberlo hecho después de…

Ella se calló bruscamente y Ben volvió a inclinarse hacia delante.

–¿Después de qué?

Ella miró hacia otro lado apretando los dientes y volvió a mirarlo al cabo de un rato.

–Bueno, podrías descubrirlo muy fácilmente –Lia levantó la barbilla–. Hace un año estuve comprometida durante muy poco tiempo.

–¿Quién era él? –preguntó él en tono crispado.

Lia volvió a sentarse en la butaca y tomó la taza de café.

–Lo conocí en una de las fiestas de mi padre. Era un abogado con un despacho que el equipo legal de mi padre utiliza de vez en cuando para que haga algunos trabajos secundarios.

Ben sintió el mismo instinto de posesión que sintió cuando la vio en la tarima delante de todo el mundo.

–No me habría imaginado que te rebajarías a ser la esposa de un subalterno.

–¿No? –los ojos de ella dejaron escapar un destello–. Eso demuestra lo poco que me conoces, ¿no?

–No te conozco casi, Lia –él se encogió de hombros–, pero sí sé que vales para mucho más que para ser «señora de». Él te habría asfixiado.

Le sorprendió saber eso e hizo que se preguntara qué matrimonio de conveniencia tenía pensado él. Entonces, se dio cuenta de que ella se había quedado inmóvil.

–Eso es un cambio considerable cuando no me conoces casi…

–Te debo una disculpa –Ben puso un gesto de disgusto–. Me equivoqué contigo. No eres una princesa, Lia. Si lo fueses, llevarías horas gritando y suplicando que te devolviera a la civilización. Sin embargo, has pasado el día tan contenta y ocupándote de ti misma. Esmé me contó que te hiciste la comida y que después recogiste la cocina.

–Hacerte la comida y recoger la cocina no merece una enhorabuena especial –replicó ella con cierta cautela defensiva–. Aun así, me he criado con más privilegios que los que la mayoría de personas ha visto en toda su vida.

–Pero no eres una malcriada, ni mucho menos.

Ella se mordió el labio inferior y no dijo nada durante un rato.

–No, no lo soy como podías habértelo imaginado al principio. Mi padre y yo hemos estado solos desde que mis padres se divorciaron y he sido su rehén desde que era pequeña. Creo que ha intentado compensarme por la separación, pero nunca me han gustado los regalos caros y esas cosas. Era feliz cuando él lo era.

Ben tuvo que reconocerse, con cierto fastidio, que había vuelto a juzgarla mal. Sabía que Louis Ford estaba divorciado, pero no sabía los detalles.

–¿Dónde está ahora tu madre?

Lia se encogió de hombros con un rostro cuidadosamente inexpresivo. Ben lo sabía porque también empleaba ese mecanismo de defensa cuando alguien le hacía demasiadas preguntas sobre el pasado.

–Creo que está en un castillo de Suiza con su cuarto marido. Es difícil amarrar a Estella. No la veo mucho. Cuando era adolescente, me reclamaba periódicamente en el hotel de lujo en el que estuviera viviendo en ese momento. Normalmente, cuando estaba sin marido y necesitaba distracción.

Ben sitió un arrebato de rabia contra esa mujer sin rostro, pero replicó con desenfado.

–Parece encantadora.

Lia lo miró, parpadeó, dejó la taza y se levantó bruscamente. Le sorprendió, ni siquiera se había dado cuenta de que habían entrado en una conversación personal cuando, normalmente, él hacía cualquier cosa para no entrar en ese territorio con una mujer. Él también se levantó.

–Ha sido un día muy largo, creo que me voy a la cama –comentó ella justo en ese momento.

–Claro –la miró de arriba abajo mientras se daba la vuelta para

marcharse y tomó una decisión–. He pensado que mañana podría enseñarte Salvador. Es una ciudad impresionante y me gustaría compensarte por haberte abandonado hoy.

Ella se detuvo con el cuerpo en tensión. Ben, durante un instante, tuvo la intuición de que iba a darse la vuelta despacio y a decirle que ya estaba bien y que quería volverse a su casa al día siguiente… Además, si era sincero consigo mismo, sabía que no podría negarse aunque todo su ser rechazaba la idea. Sin embargo, ella se dio la vuelta muy deprisa.

–Muy bien, de acuerdo.

Entonces, desapareció y él resopló con un alivio por esa pequeña concesión como el que no recordaba haber sentido jamás en su vida.

Lia cerró la puerta en cuanto entró en su cuarto, se apoyó en ella y tomó una bocanada de aire para apaciguar el corazón acelerado. ¿Qué acababa de pasar allí abajo? Había estado a punto de acurrucarse en la butaca y de contarle todas sus penas a Ben Carter, como si fuese un confidente en el que podía confiar. No había vuelto a la realidad hasta que él reaccionó por lo que ella había dicho sobre su madre y había tenido la impresión de que estaba enfadado por ella. Para empezar, nunca hablaba con nadie sobre su madre. La herida por el rechazo todavía le escocía y, normalmente, evitaba que la arrastraran a una conversación sobre eso. Normalmente…

Además, le había dicho que no le interesaba salir con nadie y había dejado que la provocara para que hablara sobre su compromiso fallido. Dejó escapar un gruñido, se quitó los zapatos con los pies y fue hasta las puertas acristaladas que daban a la terraza.

La noche seguía siendo cálida y apacible y la brisa le acariciaba la piel. No podía ver nada en la oscuridad, pero sí podía oír las olas que llegaban a la orilla y eso la serenaba un poco. Pensó que él le había pedido disculpas por haberla llamado «princesa» y que había dicho que valía mucho más que una «señora de» y sintió que algo se le ablandaba por dentro. Sin embargo, ¿no había estado a punto de casarse por eso? Después de otra apoplejía de su padre, se había preocupado tanto por su debilidad que le había dado una oportunidad a Simon Barnes, el abogado amable y anodino. Cuando empezó a salir con él y tuvieron una conversación sincera, él le había reconocido que había ido detrás de ella para ganarse a su

padre y conseguir un empleo en su equipo legal. Además, Simon le había asegurado que no se interpondría en sus ambiciones y ella, como una necia, había visto la posibilidad de que su padre fuese feliz y de labrarse una vida propia con un matrimonio que no la limitaría.

Al fin y al cabo, nunca había tenido la idea romántica de un matrimonio feliz para toda la vida. Al contrario, había presenciado el desastroso matrimonio de sus padres y el consiguiente descorazonamiento de su padre. Ella se había jurado desde muy pequeña que nunca permitiría que nadie la dominara tanto como para destrozarla de esa manera.

Entonces, sintió una opresión en el pecho al acordarse con toda claridad de la imagen de la cabeza de su prometido entre las piernas de su secretaria y la humillación volvió a adueñarse de ella. No le había dolido la infidelidad, al fin y al cabo, no habían estado enamorados, le había dolido darse cuenta de que ella no había sido capaz de despertar esa pasión en él.

Se agarró a la barandilla de la terraza como si así fuese a centrarse otra vez. La verdad era que, por mucho que le gustaría creer que podía desdeñar fácilmente a Benjamin Carter, no podía.

Había algo en ese sitio, en él, que estaba haciendo que se ablandara peligrosamente. Lo había acusado de ser ostentoso e insensible, pero esa casa no tenía nada de ostentoso y un hombre insensible no se subía a arreglar el tejado con el marido de su ama de llaves. Además, un hombre tan arrogante que no había disimulado que pensaba acostarse con ella, no se dominaría tanto que había permitido que se acostara sola.

Había visto con toda claridad el deseo en sus ojos y ese había sido el motivo, aparte de que hubiese hablado demasiado, para salir corriendo de esa habitación. Tenía que tener presente que ese hombre era un playboy consumado, que sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Era como un enorme felino salvaje que estaba jugando con un ratón diminuto e indefenso, que le dejaba creer que podía escapar cuando solo tenía que bajar una zarpa enorme y todo habría terminado.

Llevaba allí menos de veinticuatro horas y él ya la tenía a su merced. Estaba tentada de volver a bajar y de exigirle que la llevara a casa inmediatamente. Curiosamente, sospechaba que, si insistía, dejaría que se marchara, pero, perversamente, no quería darle ese placer ni que creyera que estaba alterada por todo lo que le había contado. Solo tenía que estar un día más con él… Mantendría la boca cerrada y las distancias con él. Podía y tenía que hacerlo.

Lia se sentó al lado de Ben en el todoterreno descubierto que los llevaba a Salvador. Ella se había recogido el pelo oscuro en una cómoda coleta y la brisa hacía que pareciera hilos de seda detrás de la cabeza. Le costaba mantener el más mínimo dominio de sí mismo, era como si nunca hubiese visto a una mujer con una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos. Sin embargo, nunca había visto a esa mujer así vestida y no podía dejar de mirar sus extremidades blancas y esbeltas. Parecía delicada y etérea, aunque sabía que no debería considerarla nada delicada. Esa mañana, cuando llegó a la cocina, tenía una expresión de firmeza y había hablado de cosas generales y superficiales. Le había indicado con toda claridad que no volvería a hacerle las pequeñas confidencias que le había hecho la noche anterior, y que cuanto antes acabara ese fin de semana, mejor. En realidad, parecía dispuesta a tratarlo como si fuese un guía turístico que había contratado. Le dirigía unas sonrisas resplandecientes y se limitaba a una conversación fastidiosamente trivial y convencional. Apretó los dientes y decidió romper ese barniz gélido y jovial.

–Entonces, ¿has dormido bien?

Las gafas de sol le ocultaban los ojos y, cuando la miró, esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

–He dormido como un tronco, gracias. Esta brisa marina es maravillosa en comparación con la contaminación de la ciudad.

Él volvió a apretar los dientes y decidió que había llegado el momento de incordiarla un poco.

–¿No vas a preguntarme qué tal he dormido yo?

Ella lo miró y él pudo captar la mirada de enojo detrás de las gafas.

–No, no lo había pensado.

–Bueno, para que lo sepas, no he dormido nada bien. No he parado de dar vueltas y tuve que darme una ducha.

Cada vez que había cerrado los ojos solo había podido ver la imagen de ella con el vestido rojo arrugado, un poco desaliñada, pero muy sexy, y había anhelado ir a tomarla en brazos para llevarla a su dormitorio…

–Bueno, no hacía falta que hiciésemos esto –replicó ella con rigidez y sin ese resplandor falso–. Si estás demasiado cansado, siempre puedes dejarme en el aeropuerto para que tome un vuelo a casa. Así podrás descansar todo lo que quieras.

–Ni lo sueñes –él hizo una mueca con la boca–. Además, no he

dicho que estuviese cansado y, como norma general, duermo poco.

Ella ya estaba bastante crispada, pero él siguió.

–Entonces, háblame de esas aspiraciones que tienes, las que mencionaste anoche cuando me decías que la vida de una mujer no tiene que girar alrededor de un hombre.

Ella se cruzó de brazos y miró fijamente hacia delante.

–Creo que no es asunto tuyo.

–Es posible –concedió él mirándola y admirando la curva exuberante de su boca–, pero ¿no vas a darme ese placer?

Maldito fuera. Se apostaría cualquier cosa a que estaba intentando incordiarla. Además, su tranquilidad de espíritu había salido por la ventana en cuanto él le había contado que se había dado una ducha por la noche. Ya le había costado bastante mantener cierta frialdad cuando había entrado en la cocina y lo había visto repantingado en una silla, descalzo, con unos vaqueros desteñidos y un polo oscuro. Todavía tenía el pelo mojado y la había mirado por encima del borde de la taza de café.

–Deberías haberme acompañado a la playa esta mañana. El agua estaba maravillosa.

En ese instante, se había imaginado sus cuerpos mojados y entrelazados mientras las olas rompían alrededor de ellos. Había esbozado una sonrisa tan resplandeciente como forzada y se había sentado. Se había servido café y había pasado por alto su comentario.

–Es casi increíble que antes de ayer estuviésemos en Nueva York, ¿verdad?

Había conservado su fachada inalterable hasta ese momento.

«Háblame de esas aspiraciones que tienes…»

Pensó la pregunta durante un buen rato. La noche anterior se había dicho a sí misma que lo mantendría a distancia, que se montaría en un avión y volvería a casa. Sin embargo, tenía algo por dentro que hacía que quisiera liberarse. Quizá fuese ese lugar exótico bañado por el sol y la sensación de encontrarse lejos de la comodidad rutinaria, gracias a que, literalmente, se la habían llevado a otro país. Quizá fuera el esfuerzo que estaba haciendo para resistirse al atractivo natural de ese hombre o, lo que era más peligroso, quizá fueran las ganas que tenía de destaparse. Por algún motivo, la opinión de él había llegado a importarle… un poco. Suspiró sonoramente.

–Quedan treinta minutos hasta Salvador… –comentó Ben en

tono persuasivo.

Traicioneramente, la resistencia fue cediendo dentro de ella y, enojada consigo misma, habló en un tono casi acusador.

–Para que lo sepas, estudié Ingeniería Arquitectónica en la universidad.

Casi habría valido la pena decirlo solo para ver cómo giró él la cabeza.

–No te lo esperabas, ¿verdad? –preguntó ella con delicadeza.

Ben tuvo el detalle de parecer abochornado por su error.

–Hace unos años, cuando me reuní con tu padre en tu casa, me dijo que estabas esquiando…

–No he esquiado en mi vida –ella puso los ojos en blanco–. A mi padre nunca le gustó reconocer, o reconocerse, que su hija tenía aspiraciones y quería tener una profesión. Prefería que la gente pensara que era una niña bien e inofensiva.

Ben apretó los dientes y Lia vio que agarraba el volante con más fuerza.

–Tengo que confesar que di por supuesto que eras de cierta condición social que…

–Supongo que es comprensible –le interrumpió ella con una opresión en el pecho–. A la mayoría de la gente le da igual mi título.

El la miró antes de volver a mirar la carretera. Lia se alegró de que él tuviera los ojos tapados porque no estaba segura de que quisiera ver lo que había en ellos.

–Entonces, ¿qué piensas hacer con el título?

Ella dudó un instante.

–Me interesan las zonas en crisis, ser la primera sobre el terreno para ayudar a reconstruirlas.

–¿Por eso te interesa la organización benéfica de la subasta? Son conocidos por el trabajo que hacen en situaciones extremas.

–Sí. Fui de voluntaria con ellos después de un terremoto en el Sudeste Asiático y fue cuando empecé a comprometerme de verdad. Convencí a mi padre para que también financiara la organización.

Ben volvió a mirarla fugazmente con una inclinación irónica de la cabeza.

–Este fin de semana no pensabas ir de compras, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y con el corazón acelerado por la idea de estar contándole esas cosas.

–No. Había pensado ir a una serie de conferencias en la Universidad de Nueva York.

–Mentiría si dijera que lamento haberte estropeado los planes –

replicó él con una sonrisa maliciosa.

Lia volvió a quedarse sin respiración cuando algo ardiente de adueñó de ella. Hasta que Ben dejó escapar un silbido.

–¿Inteligente, noble y guapa? Si estás intentando disuadirme, no estás consiguiéndolo.

Lia sintió un arrebato de orgullo y se reprendió a sí misma por ser tan sensible a su consideración. Sin embargo, que él pareciera aceptar ese lado secreto de ella significaba algo. Entonces, quiso desviar la atención de sí misma.

–El presidente de la organización benéfica parecía conocerte…

–Sí. Lo creas o no, a mí también me interesa rehacer zonas después de un desastre. He enviado material y a algunos de mis hombres a zonas en crisis para ayudarlos a estabilizar edificios e infraestructuras. La verdad es que soy uno de los patronos de la organización.

Lia, atónita, se dio la vuelta para mirarlo. La humillación se adueñó de ella porque había creído que la había seguido hasta la subasta solo para conseguir que saliera con él, porque la había deseado. En ese momento, se sentía como una necia de tomo y lomo porque él habría estado allí en cualquier caso. ¿Se había limitado a verla y a aprovechar la ocasión? Se sintió más humillada todavía al darse cuenta de que había estado exhibiendo sus logros para buscar la aprobación de Ben. Santo cielo, estaba colada por él. La furia le atenazó la garganta, pero consiguió hablar.

–Para el coche… Ahora mismo.

Agarró la manivela de la puerta incluso antes de que Ben parara en el arcén. Se bajó de un salto en cuanto paró y se encaró a él cuando también se bajó y se quedó al lado del capó. Se colocó las gafas en lo alto de la cabeza y se puso en jarras sin saber muy bien por qué estaba tan enfadada, solo sabía que lo estaba.

–Entonces, todo el mundo sabía quién eras, pero tú dejaste que hiciera el ridículo, que subiera a la tarima sin tener ni idea de quién eras y…

Él se acercó y la interrumpió.

–Nunca pretendí que hicieses el ridículo, Lia. Ni siquiera había pretendido ocultar mi identidad tanto tiempo.

Farfulló algo parecido a un improperio y también se levantó las gafas. Sus ojos la miraban con intensidad e hicieron que se arrepintiera de haber sido tan impetuosa.

–Me tentó demasiado la posibilidad de hablar contigo sin que supieras quién era –siguió él–. Sobre todo, después de la cita. Además, también es verdad que no quería ver tu reacción cuando te

dieras cuenta de con quién habías estado hablando.

Lia se cruzó de brazos para no ser débil y aferrarse a eso.

–Eso no cambia nada. Me viste y aprovechaste la ocasión. ¿Estabas aburrido? ¿Creíste que te divertirías un rato a mi costa?

Ben frunció el ceño y negó con la cabeza.

–No, en absoluto. No tenía pensado acudir a ese acto concreto, Lia. Fui porque me enteré de que tú ibas a estar allí.

La furia de Lia se quedó sin ardor. Lo creía, parecía casi enfadado, como si no hubiese querido reconocerle eso. Ben apretó los dientes y un músculo se contrajo en su mandíbula. Estaba abochornada por los sentimientos que había dejado ver aunque empezaba a estar apaciguada. Se había destapado demasiado.

–De acuerdo –se limitó a decir antes de darse la vuelta y montarse en el coche.

Ben la miró un rato, mientras ella se ponía el cinturón de seguridad, y también se montó en el coche. Durante el resto del viaje hasta Salvador, solo hablaron cuando Ben le señaló cosas que le interesaron a Lia.

Ella nunca se había esperado que les interesara la misma causa, una causa que era muy querida para ella, y eso no facilitaba la decisión que había tomado de mantenerlo a distancia.

Capítulo 5

ESTA es una de las plazas más antiguas de Salvador y esa es la catedral basílica de San Salvador, una de las mejores iglesias barrocas de Brasil.

Lia había creído que no podía quedarse más impresionada de lo que ya estaba, pero, cuando siguió a Ben dentro de la iglesia y vio el retablo literalmente recubierto de oro, se quedó boquiabierta. Tenía que agradecerle que lo hubiese reservado para el final, era la guinda perfecta para lo que tenía que reconocer que había sido un día muy agradable, después del rifirrafe en el arcén de la carretera.

Lia, casi a regañadientes, había ido relajándose poco a poco mientras Ben le enseñaba la impresionante ciudad que había sido casi tan importante como Lisboa en la colonia portuguesa. Era colorista, con calles adoquinadas en cuesta y arquitectura barroca por todos lados. La había cautivado desde el principio y todo el mundo parecía sonreír todo el rato. Además, la mayoría de la población era descendiente de esclavos africanos y la mezcla de culturas y nacionalidades se sumaba a un ambiente muy diverso. Se oía música por todos lados y era un placer que ella no se concedía muy a menudo.

Parecía como si algo estuviese desenmarañándosele por dentro, como cuando pisó la arena en casa de Ben el día anterior. Todo le incitaba a cambiar el ritmo, era embriagador y, asombrosamente, Ben era un guía excepcional, un auténtico contador de historias.

También había demostrado que era todo un caballero. Solo la había tocado de refilón para que se fijara en algo, como cuando fueron a un saliente sobre la ciudad y la preciosa bahía. Paradójicamente, eso la había alterado más que si la hubiese tocado con otra intención.

Antes, la había llevado a comer a un restaurante con un aspecto peor que dudoso al lado del mar.

–No dejes que el aspecto te engañe –le había aconsejado él con delicadeza–. El dueño deja que tenga este aspecto para ahuyentar a los turistas. Este sitio sirve el mejor pescado de Brasil y solo es para los lugareños.

Había tenido razón y, para sorpresa de ella, estaba muy limpio por dentro y jamás había probado un pescado como ese. Además, lo

habían comido en una preciosa azotea con una parra que los protegía del sol y el olor del mar había sazonado el sabor del pescado.

En ese momento, mientras recorrían la catedral, sentía la presencia abrumadora de él. Se detuvo delante del altar y del retablo recubierto de pan de oro y sacudió la cabeza.

–Es excesivo y desproporcionado, pero es precioso.

–Estoy de acuerdo.

Miró a Ben, quien estaba a su lado mirando el techo.

–Trajeron desde Portugal, en barco, la piedra para muchos de estos edificios. El trabajo y la pericia que supuso son asombrosos.

Ella no oyó casi lo que había dicho. Estaba absorta por la poderosa columna de su cuello, por su orgulloso perfil y por la curva sensual de su carnoso labio inferior. Se preguntó por su vida anterior, por lo que lo había llevado a ser semejante titán de la industria.

Entonces, alguien se chocó contra ella por detrás y la desequilibró, pero, en una fracción de segundo, se vio rodeada por unos poderosos brazos y estrechada contra el costado de Ben mientras alguien se disculpaba vehementemente por encima de su cabeza.

Tenía los pechos aplastados contra los graníticos músculos y cada curva de su cuerpo, incluso algunas que no sabía que tenía, se habían amoldado al cuerpo de Ben como si hubiesen estado esperando esa ocasión. Tenía las manos extendidas sobre su pecho y captó claramente lo fina que era la tela de la camiseta. Ya se había dado cuenta de que se ceñía a esos músculos perfectamente definidos cuando soplaba la brisa y de que sus vaqueros desteñidos también se ajustaban a los poderosos muslos y los turgentes glúteos. Estaba claro que algo se había puesto en marcha para alguien que nunca se había considerado especialmente sensual, hasta ese momento.

El grupo de turistas que tenían detrás siguió su recorrido, pero Ben no la soltó. Ella también estaba dominada por cierto abandono y por cierta reticencia a soltarse. Levantó la mirada muy despacio y se dejó arrastrar por esos ojos más que azules. El recuerdo de aquel beso ardiente en Nueva York se le presentó con todo lujo de detalles y quiso volver a sentir su boca en la de ella, su lengua sobre la de ella.

–Estoy bien… –por fin, Lia logró echarse hacia atrás antes de volver a hacer el ridículo–. Ya puedes soltarme.

Ben no la soltó inmediatamente y el corazón se le desbocó, hasta

que la soltó.

–Creo que será lo mejor –comentó él con un gesto algo apenado–, en este momento, mis pensamientos no tienen nada de… venerables.

Cuando por fin llegaron a la entrada otra vez, con ella a una distancia prudencial de él, Lia ya había recuperado casi el dominio de sí misma. Había vislumbrado tan solo hasta qué punto la había encandilado con una sensación falsa de seguridad, pero en vez de enfadarla, la había excitado.

La puesta de sol lo teñía todo de tonos naranjas y rosados y unos músicos llenaban el ambiente con un contagioso ritmo tropical. Una pareja de ancianos bailaba y, por un instante, se sintió temeraria, irreflexiva. Como se sintió en la tarima de la subasta… Era peligroso. ¿Se le habría subido a la cabeza el olor a incienso de la catedral? ¿Sería todo un plan de ese hombre para derribar sus defensas y que se convirtiera en alguien débil y maleable?

Entonces, él la miró y no pudo pensar nada más que fuese coherente. Ya era alguien débil y maleable, era penosa. Luego, Ben frunció el ceño, sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y miró la pantalla. Ella no lo había oído, debía de estar silenciado, y se dio cuenta de la atención que le había dedicado durante todo el día. No había mirado su teléfono, lo cual era bastante inaudito en esos tiempos y, sobre todo, cuando se trataba del consejero delegado de su propia empresa. Su exprometido, quien tenía un trabajo mucho menos importante, había estado pegado todo el tiempo a dos teléfonos.

–Era un amigo mío que vive aquí, en la ciudad –le contó Ben–. Se ha enterado de que estoy aquí y me ha invitado a una fiesta en su casa esta noche.

Lia sintió una decepción espantosa porque se había acabado el día y, aterrada por esa reacción, no pudo dejar de hablar.

–Claro, naturalmente, tienes que ir. Estoy segura de que podré tomar un autobús o un taxi que me lleve a la villa.

Él negó con la cabeza y un brillo en los ojos.

–No pienso ir solo.

Lia se sonrojó con una mezcla de placer y nerviosismo. Sus sentimientos hacia ese hombre habían dado un cambio radical en solo un día. Efectivamente, el entorno exótico y seductor había ayudado, pero él también estaba demostrando que era mucho más cautivador de lo que ella había esperado. Había creído que sería fácil mantener la frialdad y la distancia con él, pero, en ese momento, estaba ardiendo y húmeda por fuera y por dentro, en

sitios recónditos. Aunque tenía la sensación de que no era la mujer indicada para un hombre como Ben Carter, un playboy.

–No voy a entrometerme, pero tú tienes que ir.

–¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo espontáneamente y te divertiste? –le preguntó él con delicadeza.

Fue una pregunta tan inesperada que ella parpadeó varias veces. Un espanto gélido se adueñó de ella cuando se dio cuenta de que no podía acordarse de lo último que había hecho espontáneamente… si alguna vez había hecho algo. En cuanto a divertirse… Se había divertido con su padre cuando salían a navegar, pero no lo hacían desde hacía mucho tiempo. Como hija de Louis Ford, sus compañeros no solían verla como alguien con quien divertirse cuando se ocupaba de asuntos de su padre, y temerían que luego informara al jefe. Su relación con Simon no fue divertida, desde luego. Era absurdo, pero notó que un nudo le atenazaba la garganta mientras intentaba asimilar la penosa realidad y que Ben la miraba con esos ojos azules y veía hasta lo más vulnerable de su ser.

Hizo un esfuerzo para recomponerse y tragó el nudo de la garganta.

–Bueno, si estás seguro de que no le importará…

–No le importará.

Ben sonrió y Lia se quedó sin respiración.

–Verás cómo son las cosas por aquí, son mucho más relajadas. No se trata solo de Luis, sino también de Ricardo, su marido. Les encanta estar rodeados de belleza, incluidas mujeres bellas. Pronto me veré marginado.

Algo se le contrajo por dentro ante la mención tan natural de esos amigos. Además, la verdad era que quería saber algo más de Ben Carter, por mucho que quisiera negarlo. Se señaló la ropa, que estaba polvorienta y arrugada después de un día tan largo.

–No voy vestida para…

–Conozco un sitio donde se ocuparán de nosotros –le interrumpió él.

Ben le tendió la mano. Lia la miró un rato, hasta que tuvo la sensación de que era lo que tenía que hacer y la tomó. Dejaron la plaza detrás y volvieron al coche. Lia intentó pasar por alto la sensación de que acababa de doblar una esquina y que nunca volvería a encontrar el camino de vuelta. Sin embargo, no lo consiguió y se le quedó en las entrañas como una bomba de relojería.

Ben la había llevado a la boutique de una amiga después de que le hubiera tomado la mano y hubiesen vuelto al coche. Se había quedado entusiasmado cuando ella había aceptado acompañarlo a la fiesta. Era un disparate que cada concesión de esa mujer, por pequeña que fuera, le pareciera un triunfo.

Cuando llegaron a la boutique, se puso tenso y esperó que Lia frunciera la nariz por el discreto nombre que había encima de la puerta, pero había entrado sin enterarse de su tensión y le había mostrado otra faceta de su personalidad, que no se dejaba llevar por las etiquetas de marcas exclusivas.

Al cabo de unos minutos, él ya le había explicado lo que necesitaban a Gaby, una prima de Esmé y la propietaria de la tienda. Ella le había dado alguna ropa a Ben y se había llevado a Lia detrás de una cortina de terciopelo. Esperó una vez vestido con unos bonitos pantalones negros y una camisa. Entonces, oyó un ruido detrás, se dio la vuelta y el cerebro se le congeló un instante. Lia estaba descalza, con el pelo sobre los hombros y el vestido… El vestido lo dejó sin respiración. Era un vestido largo, de seda y de un color azul cobalto que hacía que los ojos resplandecieran como dos piedras preciosas. Además, tenía una abertura que permitía ver una pierna larga y bien formada. Podía ver que en solo dos días su piel había tomado cierto tono dorado y sabía que su nariz ya tenía algunas pecas.

Se sentía como si alguien le hubiese dado un puñetazo y le hubiese dejado sin respiración.

El escote en uve era tentador. Sería muy fácil apartar la tela, sacar un pecho, tomarlo con la mano…

–Lo sabía –Lia empezó a darse la vuelta–. Es demasiado…

Su voz se abrió paso en le espesura de su cabeza.

–¡No! –exclamó Ben en un tono que le pareció áspero hasta a él mismo.

Ella volvió a darse la vuelta y, asombrosamente, parecía insegura.

–Es perfecto –consiguió decir él aunque no parecía coherente del todo.

Gaby apareció entonces y oyó el final de la conversación.

–Ben tiene razón. Es perfecto para una fiesta de Luis y Ricardo. Es perfecto llevado por ti. Ven, vamos a buscarte unos zapatos.

Ben se alegró de quedarse solo un rato para poder recuperar la sensatez. ¿Podía saberse qué le pasaba? Había visto a infinidad de mujeres con mucha menos ropa y nunca se había sentido como si estuviese a punto de derretirse. Además, lo normal era que viera a

mujeres con ropa que les había comprado después de haberse acostado con ellas. Hasta el momento, la relación con Lia era la más casta que había tenido. Tampoco le enorgullecía reconocer que, para él, las relaciones con las mujeres no eran tanto para conocerlas como para sofocar el deseo que sentía por ellas, que solía ser efímero. Tenía la sensación que, en el caso de Lia, el deseo no iba a sofocarse fácilmente.

Por primera vez, tuvo que preguntarse si había acertado al llevarla allí… Entonces, ella volvió a aparecer con unas sandalias plateadas y un arrebato de deseo hizo que se olvidara de lo que estaba pensando.

Le pidió a Gaby que pusiera todo en su cuenta y tomó la bolsa que ella le entregó con la ropa que habían llevado antes. Una vez fuera, abrió la puerta del coche para que se montara Lia y vio que ella se mordía el labio inferior con aire de preocupación. Apoyó una mano en la puerta y lo miró.

–Te pagaré la ropa.

Una confirmación de que no era una malcriada y otro revés a lo mal que la había juzgado.

–No te preocupes –replicó él entre dientes.

Lia se sentó en el asiento del acompañante y el vestido se le abrió lo suficiente como para que él pudiera vislumbrar un pecho perfectamente redondeado y recubierto por un delicado encaje. Apretó los dientes, cerró la puerta y rodeó el coche mientras rezaba para que tuviera fuerzas y pudiera contenerse. Nunca las había necesitado tanto como en ese momento.

Los amigos de Ben era una pareja exuberante que, al cabo de unos segundos, se la habían llevado entre abrazos por la impresionante mansión barroca que estaba en lo alto de una colina y tenía vistas de toda la ciudad. Como había previsto Ben, y para placer de ella, lo dejaron a un lado mientras la bombardeaban con preguntas.

–¿Dónde te habías metido durante todas nuestras vidas?

–¡Es un escándalo! No puedes vivir en la gris y fría Inglaterra, ¡múdate aquí! ¡Necesitamos más mujeres hermosas!

La verdad era que resultaban un poco abrumadores los dos a la vez. Sin embargo, Ben consiguió aprovechar la llegada de otros invitados para escabullirse y llevarla hasta donde estaban las largas mesas cubiertas de inmaculados manteles blancos y repletas de comida. Lia no había visto tanta comida en su vida, tenía todas las

exquisiteces al alcance de la mano y se dirigió hacia la cocina local, para el placer evidente del cocinero, quien le explicaba minuciosamente qué era cada cosa.

Ben tomó los platos y ella las bebidas. La llevó a una de las muchas mesitas redondas que estaban dispuestas para que los invitados comieran con tranquilidad. Todo era idílico; había cientos de velas encendidas, las luces de la ciudad resplandecían abajo y un grupo de jazz tocaba sobre una tarima que había en una esquina. Ben se dejó caer sobre el respaldo después de haber comido un poco.

–Puedes reconocerlo. Te prometo que no vas a arder en llamas.

Ella lo miró y supo al instante lo que quería decir. Esa boca arrebatadora esbozaba una sonrisa un poco jactanciosa y ella notó que algo se le derretía por dentro. Además, y lo que era más preocupante, volvió a sentir esa temeridad irreflexiva. Estaba increíblemente guapo con la camisa blanca y, maldito fuera, que no la hubiese atosigado estaba jugando a su favor. Tomó un trocito de queso del plato y se lo tiró.

–De acuerdo, lo reconozco. Me alegro de haber venido a la fiesta y estoy pasándolo bien.

Él se quitó el trozo de queso del hombro y se inclinó hacia ella.

–Dar las gracias es de buena educación, ¿no lo sabías?

Ella captaba en su expresión cómo le gustaría que le diera las gracias y deseó con todas sus ganas tener la seguridad en sí misma de agarrarlo e… investigar esa boca. Ardiendo, volvió a mirarlo a los ojos. La idea hizo que sintiera una punzada de placer entre las piernas.

–No presiones, Ben –replicó ella casi sin respiración.

Él se limitó a mirarla durante un buen rato.

–No lo haré… por el momento.

En ese momento, se le encogieron las entrañas porque, si era sincera, no sabía si podría contenerlo mucho tiempo más… ni si quería hacerlo.

–Es todo un ejemplar, ¿verdad?

Lia dio un respingo al darse cuenta de que Ricardo, uno de los anfitriones, la había sorprendido mirando con arrobo a Ben. La impresionante visión de Ben, quien sobresalía por encima de todos los demás, la había dejado absorta por un momento. El atractivo italiano de pelo canoso, quien según se había enterado era el dueño de algunos de los hoteles más lujosos de Brasil, estaba mirándola

con curiosidad.

–Sí… Supongo que es guapo… –contestó ella con poco convencimiento.

–Querida –el otro hombre resopló de una manera muy poco elegante–, es uno de los hombres más sexys del planeta y, en este instante, estoy celoso de ti.

Ella disimuló la incomodidad y sonrió.

–Será mejor que no te oiga Luis.

Ricardo agitó una mano para quitarle importancia.

–Que te guste alguien no es un delito.

–¿Cómo conocisteis a Ben? –preguntó ella.

–Bueno, conocemos a Ben casi desde que empezó. Fuimos de sus primeros clientes cuando creó su empresa. Siempre nos han interesado los talentos nuevos y habíamos visto algunas de sus obras en Manhattan. Es impresionante lo que ha conseguido, sobre todo, si se tiene en cuenta que su familia lo perdió todo.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Lia con el ceño fruncido.

–¿No lo sabes? –contestó él en tono de incredulidad.

–¿Qué tengo que saber?

Ricardo la miró como si tuviese dos cabezas.

–Ben nació en la realeza de Estados Unidos, más o menos. Su padre era Jonathan Carter, el hombre que, prácticamente, fue dueño de Wall Street hasta que se supo que había estado defraudando a sus clientes y a los mercados durante años. De un día para otro, Ben pasó de vivir en una mansión en el Upper East Side a una chabola con un dormitorio en Queens.

El pasmo y la incredulidad se adueñaron de Lia mientras volvía a mirar esa espalda tan ancha entre la multitud. Naturalmente, sabía quién era Jonathan Carter, su nombre era sinónimo de la crisis financiera mundial y se le atribuyó gran parte de la culpa.

Justo entonces, Ben se dio la vuelta y su mirada azul se clavó en ella. Notó la atracción desde el otro lado de la habitación.

–Lo que daría para que él me mirara así… –susurró Ricardo en tono lastimero.

Lia esbozó una sonrisa forzada y volvió a cruzar la habitación. Estaba completamente perpleja por lo que le había contado Ricardo, se remontó a cuando sucedió todo eso y calculó que Ben tendría trece o catorce años. Cuando se acercó más, comprobó que la glamurosa mujer que estaba con Ben tenía una mano en su brazo. Era la encarnación de la sensualidad brasileña con unas curvas generosas que desafiaban la ley de la gravedad. Ella sintió un arrebato de algo casi violento y, cuando Ben la atrajo hacia él con el

brazo que tenía libre, se deleitó con ese gesto posesivo. Los ojos de la otra mujer dejaron escapar un destello de disgusto, dirigió una sonrisa falsa a Lia y se alejó. Ella, al darse cuenta de que estaba comportándose de una forma impropia, intentó soltarse, pero Ben no la dejó y le dio la vuelta para estrecharla contra él.

–¿Qué haces?

Lo que le había contado Ricardo hacía que se sintiera descentrada. Se había hecho a sí mismo empezando de cero después de haberlo tenido todo.

–Creo que es hora de que nos vayamos a casa.

Lia, algo desorientada, miró alrededor y se dio cuenta de que había mucha menos gente. Era mucho más tarde de lo que creía. Volvió a mirar a Ben y sintió ese ardor al ver la barba incipiente. Era muy viril y era mucho más de lo que ella se había imaginado. Él no era el único culpable de tener prejuicios.

–Muy bien –concedió ella con la voz ronca–. Vámonos.

Él le tomó la mano y fueron a despedirse de sus anfitriones. Lia sintió una emoción sincera al pensar que era posible que no volviera a verlos. Lo había pasado mejor de lo que se había esperado. Se había divertido.

Una vez en el todoterreno de Ben, se quitó las sandalias y estiró los pies. No pudo evitar mirar su perfil de reojo, estaba serio entre las sombras del coche.

–¿De qué hablabais Ricardo y tú? –le preguntó él con despreocupación mientras se ponían en marcha.

Lia se puso tensa y sintió remordimientos aunque sabía que era irracional. Podría haberse enterado de su pasado si hubiese indagado un poco más.

–No sabía que tu padre era Jonathan Carter –contestó ella con su sentido innato de la sinceridad.

Ben agarró el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–Debería haberme imaginado que Ricardo no desaprovecharía la ocasión de cotillear.

Lia se giró en el asiento y salió en defensa de ese hombre.

–No fue así. Yo le pregunté cómo te conocieron y él mencionó…

Lia no siguió al acordarse de las palabras exactas. Era posible que el amigo de Ben hubiese sido un poco cotilla.

–Sigue –le pidió Ben en tono irónico.

–Mencionó que le parecía impresionante que hubieses conseguido lo que has conseguido si se tenía en cuenta que tu familia lo había perdido todo. No es algo que sepa todo el mundo.

–¿Lo dices porque no apareció cuando me investigaste en Internet? –preguntó él mirándola.

Ella volvió a girarse para mirar al frente y contestó en tono acalorado.

–Eso no es justo. Tú sabías perfectamente quién era yo cuando le pediste a la… intermediaria que nos concertara una cita.

La tensión aumentó en el íntimo espacio del coche y Ben habló con una desgana evidente.

–El motivo para que mi pasado ya no aparezca es que la gente prefiere olvidar lo que ya no es actual. Es una noticia muy vieja –Ben hizo una mueca con los labios–. Sobre todo, cuando mi padre tuvo la osadía de morir solo y en la indigencia, y mi madre lo siguió un año después. Supongo que decidieron que habían pagado sus deudas.

–¿Cómo murió? –preguntó ella al imaginarse que él no agradecería los lugares comunes.

–Mi padre bebió hasta matarse. Siempre había bebido mucho, aunque los mejores whiskys. Los baratos no le sentaron muy bien a su organismo. Mi madre tuvo un ataque al corazón. No pudo acostumbrarse al mundo real.

Lia se quedó en silencio mientras asimilaba la magnitud de lo que acababa de revelarle.

–¿Por eso no bebes?

Él asintió con la cabeza y una expresión seria. Lia comprendió que no podía extrañarle después de que hubiese visto a su padre envenenarse. Ya lo conocía lo bastante como para saber que lo consideraría una falta de dominio de sí mismo. Podía imaginárselo de niño; guapo, privilegiado, en los mejores colegios y con el porvenir ya trazado, con el mundo a sus pies. Hasta que todo se desmoronó y vio la cruda realidad de las cosas. No le extrañaba que él hubiese creído que la conocía desde el primer momento.

–¿Por qué Brasil? –preguntó ella al imaginarse que agradecería que cambiara de conversación–. ¿Tienes alguna relación especial con este país?

Ben volvió a mirarla y ella captó el brillo de algo irónico en su expresión.

–¿Ricardo dejó de cotillear y no te contestó esta pregunta?

–Me dijo que había visto algunas obras tuyas en Manhattan…

–Sí, y me ofreció que concursara para construir uno de sus hoteles en Brasil. Fue justo cuando mi empresa empezaba a no tener deudas.

–¿Cuántos años tenías?

–Unos veinticinco –contestó Ben encogiéndose de hombros.

Lia disimuló la sorpresa. Era todo un logro. Evidentemente, se había esforzado y había sido tenaz, y tenía muchas preguntas en la cabeza sobre lo que había pasado después de que hubiese muerto su madre. Sabía lo que sabía todo el mundo sobre las casas de acogida, pero ¿cómo había salido de todo eso para lograr un éxito tan meteórico?

–Fui a Bahía para ver el solar y Ricardo me contrató allí mismo después de una reunión –siguió Ben–. Después de terminar la obra, me di cuenta de que ese sitio me encantaba, era como una bocanada de aire fresco. Era distinto, vibrante, desinhibido. Decidí que me construiría una casa de vacaciones allí. Mi familia tuvo una casa en Long Island. Aquella comunidad, que había llegado a ser como una familia, nos dio la espalda cuando mi padre lo perdió todo. Sin embargo, cuando empecé a hacerme un nombre, alguno de los amigotes de mi padre salió de entre las sombras como si no hubiese pasado nada. No quería volver a un sitio tan encorsetado como ese por nada del mundo.

Lia captó la amargura de su voz y leyó entre líneas. ¿Dónde habían estado esos amigos cuando estuvo solo e indefenso?

–Parece que tomaste la decisión acertada –comentó ella con desenfado.

Podía notar que estaba mirándola, pero no quería que viera el batiburrillo de sentimientos que quería disimular. Se había sentido trastornada desde que vio a ese hombre, pero, en ese momento, era peor todavía.

Un rato después, cuando Ben cruzó en coche las puertas que daban a la villa, Lia se dio cuenta de que se había quedado absorta por sus propios pensamientos. Él se bajó y rodeó el coche para ayudarla, era el perfecto caballero. No se dio cuenta de que seguía descalza hasta que pisó la gravilla y dejó escapar un alarido. Antes de que supiera qué estaba pasando, se encontró en brazos de Ben, quien estaba entrando en la villa como si no pesara nada.

–No hace falta que me lleves…

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Ya estaban dentro y estaba dejándola en el suelo. La cabeza le daba vueltas y no podía mirarlo porque un sentimiento desconocido la abrumaba. Sin embargo, Ben le puso un dedo debajo de la barbilla y le levantó la cara.

–¿Qué pasa? –le preguntó él con el ceño fruncido.

Le parecía atroz que, absurdamente, estuviese a punto de echarse a llorar. Se mordió el labio inferior.

–No lo sé… Es que… Siento todo lo que tuviste que pasar. No puedo ni imaginarme lo espantoso que tuvo que ser.

Ben puso una expresión hermética al instante y la soltó tan deprisa que ella estuvo a punto de caerse hacia delante.

–¿Lo sientes por mí ahora porque el pobre niño rico lo perdió todo y tuvo que pasarlo mal? Ahora, cuando sabes que nací en una familia privilegiada, ¿todo te parece más aceptable de repente?

Lia extendió una mano por el dolor y el espanto de que pudiera pensar algo así.

–¡No! No quería decir eso ni…

–Fue lo mejor que podía haberme pasado –le interrumpió él con aspereza–. Me hizo ver la realidad antes de que la vida me ablandara. Aprendí que no iban a darme nada por mi cara bonita, como había creído mi padre. Aprendí el valor del trabajo arduo y de construir algo con tus propias manos, algo que no iba a caerse.

–Puedo entenderlo –replicó Lia en voz baja y espantada porque la había interpretado mal.

Miró a la mujer que tenía enfrente con el pelo despeinado y ese vestido impresionante que le llegaba hasta el suelo, donde los pies descalzos asomaban por debajo. Tenía la piel muy blanca y era esbelta, aunque con curvas. Sabía que se había equivocado con ella, que no era una esnob. También sabía que lo que acababa de decir que no había sido justo. Sin embargo, en ese momento, estaba rebosante de algo que amenazaba con desbordarlo. Nunca le había contado tanto a nadie, nunca había hablado así de su pasado, nunca había contado cuánto bebía su padre ni lo débil que era su madre.

Lia dio un paso con la mano tendida, los ojos muy abiertos y con algo que él prefería no saber qué era.

–Ben, lo siento. Por favor, déjame que te lo explique.

Entonces, no pudo más.

–No –replicó él en tono tajante–. No tienes que explicarme nada porque no quiero seguir hablando. Quiero esto…

Ben le había tomado la cara entre las manos antes de que ella pudiera decir nada más y estaba besándola. Estaba besándola como había anhelado besarla. Ella se quedó paralizada entre sus brazos durante un segundo interminable, hasta que levantó las manos y es estrechó contra él.

Se olvidó de todo mientras juntaba los brazos por detrás de su cuello. La pasión borró las palabras airadas. Sus bocas se fundieron durante un rato, como si la intensidad fuese tanta que no podía

romperse, hasta que Ben, con delicadeza, hizo que separara los labios. Cuando su lengua tocó la de ella, se sintió perdido, arrastrado por una oleada de sensaciones y esperando una reacción, que ella la ofreció deseosa.

Bajo las manos por su espalda hasta que se las puso en las caderas y la estrechó más contra sí para que pudiera notar lo que estaba haciéndole donde más la anhelaba. Ella contuvo la respiración, pero él no dejó que separara la boca, no quería que volviera a alejarse jamás…

Lia notó la humedad cálida entre las piernas. Los pechos se le habían endurecido contra el pecho de él. Sin embargo, recuperó un retazo de cordura y apartó la boca para respirar como si hubiese corrido el maratón. Habían ardido. No podía decirse de otra manera. Nunca había sentido nada parecido, ni siquiera había sabido que podía sentir algo así.

–No puedo… Esto es… demasiado.

Ben tenía un brillo ardiente y bárbaro en los ojos.

–Esto no es nada.

Le tomó la mano y la llevó más dentro de la sala. El cuerpo de Lia vibraba al ritmo de las palpitaciones en todas las zonas erógenas. La llevó hasta una de las butacas e hizo que se sentara. Ella se alegró porque le temblaban las piernas. Él la miró desde arriba con una intensidad que la asustó y excitó en la misma medida.

–Eres muy hermosa…

Ella se acordó de la rebosante belleza brasileña de la fiesta y fue a juntarse los bordes del vestido porque se sintió muy destapada.

–No lo soy…

Entonces, él se arrodilló delante de ella y la tomó por sorpresa. Puso las manos en sus muslos, se los separó con delicadeza y se colocó entre ellos mirándola a los ojos con un destello abrasador.

–Sí lo eres y siento haberte fustigado hace un momento, no te lo merecías.

Sus disculpas le llegaron al corazón.

–No pasa nada…

Él la agarró de las caderas y tiró de ella hacia él hasta que estuvo tumbada en la butaca.

–¿Qué haces? –susurró ella con el corazón desbocado.

Él sonrió, pero fue una sonrisa diabólica, sombría y sexy.

–Algo que he querido hacer desde que te vi con este vestido.

Se inclinó hacia delante, con una presión deliciosa entre sus piernas, le apartó las manos con suavidad y le bajó el escote. Ella se acordó de la expresión de él en la tienda y, en vez de sentirse cohibida, algo tan exultante que la asustó se adueñó de ella.

El delicado sujetador de encaje azul tenía el detalle de abrirse por delante. Ben abrió el cierre y apartó los laterales de la prenda. Tomó uno de los pechos con la mano y se lo levantó. Ella se quedó sin aliento mientras descargas de placer le recorrían todo el cuerpo y la excitación le bullía en las venas. Entonces, Ben bajó la cabeza y le pasó la punta de la lengua por el pezón para endurecérselo antes de succionarlo.

Lia, por un momento, no pudo creerse que ese hombre la deseara tanto, hasta que unas sensaciones que no había sentido jamás la arrasaron por dentro y le impidieron pensar. Sin darse cuenta siquiera, se encontró con las manos entre el pelo de Ben y empujándolo sobre el pecho con los ojos cerrados y el corazón a punto de estallar.

Él estaba llegando muy dentro de ella y abriendo la puerta que guardaba todas sus inseguridades… y no podía pararlo. El placer eclipsaba cualquier temor que pudiera sentir, en el caso de que pudiera ser racional en ese momento.

Cuando Ben levantó la cabeza por fin, ella abrió los ojos y tardó un segundo en enfocarlos y en darse cuenta de que le agarraba la cabeza con todas sus fuerzas. Espantada, lo soltó inmediatamente, pero Ben se limitó a sonreír. Levantó una mano y, con un gesto sorprendentemente cariñoso, le apartó un mechón de la mejilla. Notaba toda la extensión de su erección muy cerca de la juntura de sus piernas y sabía que, si se movía un poco, conseguiría la fricción que necesitaba de repente. ¿Quién era ella? ¿En qué se había convertido?

–Tienes un aspecto deliciosamente… rendido.

Lia lo miró. Deseaba dos cosas a la vez; volver a cubrirse con el vestido y quedarse donde estaba y ofrecerse a él. Entonces, él empezó a besarle el torso con las manos en el lazo del vestido. Se lo deshizo con toda facilidad, como si la seda fuese agua en sus manos. Le abrió completamente el vestido y miró sus bragas de encaje azul.

De repente, se acordó de su exprometido, se acordó de cuando él había visto que no se depilaba del todo y ella, abochornada, intentó sentarse y taparse con una mano.

Sin embargo, Ben le agarró la mano y la miró.

–¿Qué pasa?

En ese momento, se sentía espantosamente racional, cuerda y

expuesta a su vista. Su exprometido estaba a años luz de Ben y si eso le había quitado las ganas…

–Yo no… –Lia se obligó a sí misma a mirarlo–. Seguramente, no soy como tus amantes…

Ben la miró entre las piernas y volvió a mirarla con incredulidad.

–¿Porque no te depilas?

Ella tragó saliva. Aquello era una tortura, pero asintió con la cabeza.

Él se puso rojo, le tomó la mano y la llevó hasta el abultamiento que tenía entre las piernas, un abultamiento pétreo. Ella sí que se puso roja.

–Cariño, cuando hago el amor con una mujer, me gusta saber que es una mujer. En este momento, necesito paladearte como no he querido hacer nada más en mi vida. ¿Me dejarás?

Algo impetuoso y un poco aterrador se adueñó de ella. No se le habían quitado las ganas. Quería paladearla. ¿Significaba eso que quería hacer lo que había visto que Simon le hacía a su secretaria? La idea hizo que la cabeza le diese vueltas. En su momento le había parecido muy decadente y nunca había llegado a superar los celos porque él lo había hecho con su amante y no con ella… En ese momento, ese hombre esta preguntándole…

–De acuerdo –contestó ella con la voz ronca y antes de que perdiera la entereza.

Ben le agarró las bragas por los lados, se las bajó con destreza y las tiró al lado de los pies de ella. Estaba desnuda y él le separó los muslos más todavía.

Cerró los ojos y se mordió un puño cuando Ben bajó la cabeza y notó su boca por el interior del muslo. Le daba besos y se lo mordía con delicadeza. Estaba a punto de jadear, sobre todo, cuando fue subiendo la boca y se acercó al punto de unión de sus piernas. Creía que no podía separarlas más, pero él se las separó con sus enormes manos en los muslos.

–Mírame –le ordenó él como si le hubiese leído el pensamiento.

Ella abrió los ojos a regañadientes. Ben se había quitado la camisa y mostraba su enorme pecho desnudo. Se quedó sin respiración cuando él se inclinó y le separó los pliegues más recónditos de su cuerpo con la lengua ardiente. Recuperó la respiración a borbotones mientras la cabeza con pelo moreno se movía entre sus piernas.

–Acaríciate el pecho –le indicó Ben mirándola.

Ella, mareada aunque no estaba tumbada, se llevó una mano al

pecho y se tomó el pezón entre los dedos.

–Ahora, apriétatelo.

Ella lo apretó y se quedó boquiabierta cuando sintió una descarga de placer en las entrañas. Ben esbozó una sonrisa maliciosa y volvió a inclinar la cabeza para torturarla con la boca y la lengua. Cuando introdujo un dedo, se arqueó en la butaca. Luego, fueron dos dedos que entraban y salían mientras su boca y su lengua la lamían con una intensidad desmedida.

No podía contenerse. La tensión se desbordó dentro de ella y tuvo que gritar por la explosión de placer. Las oleadas de espasmos le recorrieron el cuerpo durante un buen rato y no supo dónde estaba hasta que pudo abrir los ojos y parpadeó para enfocarlos. Entonces, se dio cuenta de que Ben le había exprimido todo el placer del cuerpo y le besaba con cierta indolencia el interior de los muslos.

Se sentía rendida, como si le hubiese dado la vuelta como un calcetín, completamente expuesta, pero tan desfallecida que no podía hacer nada para evitarlo. Entonces, se dio cuenta de que seguía apretándose el pezón, casi dolorosamente, y lo soltó.

Capítulo 6

CUANDO Ben se incorporó, cuando se apartó del embriagador sabor y olor de Lia, no estaba preparado para verla tan asombrada, para una visión tan exquisita. Su pelo era como una nube oscura que le rodeaba la cabeza y el vestido de seda azul estaba extendido y arrugado al lado de esas curvas exuberantes.

Entonces, se dio cuenta de que estaba atónita y eso impidió que se llevara las manos al cinturón para buscar su propio alivio. Se olvidó de la insistente presión en los pantalones y puso las manos en las rodillas de ella.

–¿Te pasa algo?

Tardó un instante en que se le aclararan los ojos y negó con la cabeza, pero él se dio cuenta de que tenía las manos temblorosas mientras agarraba al vestido y se tapaba todo lo que podía. A él se le enfrió un poco la sangre y se apartó para que pudiera bajarse el vestido.

–¿Qué pasa, Lia?

Ella lo miró con un brillo casi acusador en los ojos y se sentó erguida en la butaca mordiéndose el labio inferior.

–Un día entré en el despacho de mi exprometido y lo encontré con su secretaria. Estaba haciéndole lo que acabas de hacerme…

Ben intentó entender lo que le había contado.

–¿Por eso rompiste? ¿Era infiel?

Ella asintió vehementemente con la cabeza y roja como un tomate.

–Sí, pero la verdad es que solo me he acostado con Simon…

Ben no se lo habría imaginado ni en un millón de años. Todas las ideas equivocadas que podían quedarle de Julianna Ford se le hicieron añicos de un plumazo. No tenía experiencia y, en ese momento, se sentía vulnerable, aunque, a juzgar por cómo agarraba el vestido con todas sus fuerzas, él podía notar que no lo soportaba. Él, en vez de salir corriendo en dirección contraria, se levantó y se sentó a su lado sintiéndose algo parecido a protector.

–Lo siento –Lia lo miró–. No tengo mucha experiencia.

–¿Qué pasó con tu exprometido? –le preguntó Ben sintiendo que algo sombrío se despertaba dentro de él.

–La primera vez que hicimos el amor me dolió mucho –ella se

quedó pálida–. Luego, yo no quería… hacer el amor. La verdad era que no estábamos enamorados. Los dos aceptamos casarnos por distintos motivos, pero él me dijo que era frígida y que por eso se acostaba con su secretaria. Yo no pude… no quise casarme después de eso.

Ben quiso encontrar a ese hombre y darle una paliza por haber traicionado a esa mujer y por haberle creado esa inseguridad en sí misma. Él jamás había tenido el más mínimo interés en arrebatarle la virginidad a una mujer, pero, en ese momento, sintió una especia de pérdida absurda al imaginarse a su prometido en celo y que ni siquiera se daba cuenta de la joya que tenía entre las manos. Esa mujer no era frígida, ni mucho menos. Entonces, cayó en la cuenta de lo que ella acababa de decir.

–¿Por qué aceptaste un matrimonio de conveniencia?

Lia se levantó de la butaca sin perder la elegancia aunque estaba deliciosamente desaliñada. Se quedó de espaldas a él y se ató el vestido por delante. Cuando volvió a darse la vuelta, Ben tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sentársela en las rodillas. Ella se cruzó de brazos como si le hubiese leído sus calenturientos pensamientos.

–Sobre todo, por mi padre. Ya te dije que es… tradicional. Cree que solo estaré segura si siento la cabeza. Estuvo enfermo y me asusté. Sabía que Simon me había pedido que saliera con él y me rogó que le diese una oportunidad –se encogió de hombros y bajó la mirada–. Salí con él y resultó que los dos nos quedamos tan contentos que aceptamos tener algo más… aséptico que una relación amorosa –volvió a mirar a Ben casi desafiantemente–. En ese momento, me pareció una buena idea.

–No tienes que convencerme –replicó Ben con cierta amargura–. Después de haber comprobado lo poco que quedaba para mantener el matrimonio de mis padres cuando llegó la crisis, no me hago ilusiones sobre el mito del ideal romántico.

Ninguno dijo nada durante un rato, hasta que Lia retrocedió un paso y Ben se levantó.

–¿Adónde vas?

Con un poco de suerte, al centro de la tierra. Había estado preparada para que se la tragara la tierra desde que no pudo contener la incontinencia verbal y le contó toda su vida. Echaba la culpa a Ben y a que hubiese provocado una reacción de su cuerpo que nunca había creído que llegaría a sentir.

Él estaba mirándola como si tuviese dos cabezas y le angustiaba la idea de que pudiera sentir lástima de ella por lo que le había contado. Podía haberse esperado muchas cosas de ese hombre, pero no se había esperado eso ni lo quería. Hizo todo lo posible para parecer tranquila aunque estaba en ascuas.

–Me voy a la cama.

–No hemos acabado… –replicó Ben sacudiendo la cabeza.

La emoción y el nerviosismo se debatieron en el pecho de Lia. Evidentemente, Ben era un macho alfa y era posible que la considerara una especie de desafío.

–Mira, ya sé que esto no es lo que te esperabas cuando creíste que ibas a darte un revolcón de fin de semana. Creo que ya hemos dejado claro que no estoy hecha de la misma pasta que tus mujeres habituales.

Fue a pasar de largo, junto a él, para buscar un sitio donde pudiera estar sola y no sentirse expuesta a su incisiva mirada. La había tenido completamente desnuda, había hecho bien en resistirse a él. Una mano la agarró del brazo. Ben le dio la vuelta y ella lo miró a los ojos.

–No hay otras mujeres, solo estás tú. ¿Estás diciendo que no quieres esto?

«Solo estás tú». Lia se sonrojó. Además, ¿cómo iba a decir que no quería eso cuando había estado retorciéndose y gimiendo por sus diestras caricias?

–No me debes nada, Ben –contestó ella en tono tenso–. Si solo sientes lástima por…

La agarró con tanta fuerza de los brazos que dejó de hablar. Parecía no creerse lo que estaba oyendo.

–¿Que siento lástima por ti? Te aseguro que, en este momento, no siento eso ni mucho menos. Te deseo, Lia. Haces que me sienta como si fuese a estallar si no te tengo. Eso no es lástima, eso es deseo.

De repente, ella se sintió sin parapetos, él estaba desafiándola, y se puso nerviosa.

–No tengo bastante experiencia… Te defraudaré.

Él la atravesó con esa mirada azul como dos llamaradas.

–No puedes defraudarme si lo intentas, Lia. Además, no tiene nada que ver con la experiencia, es cuestión de que dos personas… encajen. No eres frígida ni mucho menos. Ese hombre era un idiota que no podía ver una piedra preciosa ni aunque la tuviera delante.

Las palabras de Ben le llegaron muy dentro y derritieron la inseguridad que había estado acarreando como un peso muerto. Él

se acercó como si hubiera captado su titubeo.

–Lia, te deseo como no he deseado a otra mujer, pero, si puedes decir sinceramente que no quieres esto, dejaré que te marches.

La agarró de los codos y la estrechó contra sí con delicadeza. Si hubiese tenido alguna duda sobre si la deseaba o si hubiese creído que tenía lástima de ella, todo se esfumó en cuanto sintió la evidencia turgente de su deseo contra el abdomen. El corazón se le aceleró y la sangre le bulló. Le había aniquilado las defensas, pero sintió una punzada de rabia porque la había llevado allí y la había obligado a excavar dentro de sí misma hasta que había llegado donde deseaba y anhelaba con todas sus fuerzas, donde lo deseaba a él, y la había obligado a reconocerlo.

–No puedo decírtelo –contestó ella con los dientes apretados.

–¿Qué no puedes decirme?

Ella lo miró y se sintió perdida.

–Que no te deseo.

Ya le daba igual cómo o por qué había llegado a ese punto, solo le importaba que estaba allí y que no quería estar en ningún otro sitio. Deseaba con toda su alma que Ben volviera a enseñarle cómo podía reaccionar con un hombre, que no era frígida. Él, como si le hubiera leído el pensamiento, la tomó en brazos y la llevó escaleras arriba

Estaba absorta por su mandíbula, por los poderosos músculos de su pecho debajo del brazo de ella. No podía respirar solo de pensar en lo que estaba haciendo, pero sofocó todo su nerviosismo.

Ben abrió la puerta de su cuarto con el hombro y ella pudo comprobar, vagamente, que era tan magnífico como el de ella, pero más masculino en los colores. Entonces, se fijó en la inmensa cama que ocupaba el centro de la habitación y la boca se le quedó completamente seca.

Por una parte, quiso saltar de los brazos de Ben y salir corriendo, pero por otra parte se dio cuenta de que quería ser fuerte por eso, por ella. El rechazo de su madre le había minado la confianza en sí misma cuando era pequeña y le había obligado a acorazar una parte de su corazón por miedo a ese rechazo. Además, había permitido que Simon le cercenara su seguridad en el terreno sexual. Había llegado el momento de recuperar el equilibrio.

Ben la dejó cerca de los pies de la cama y su voz profunda retumbó en el silencio.

–Puedes dejar que el vestido se te caiga.

Lia se miró las manos y vio que tenía los nudillos casi blancos de agarrar el vestido. Abrió las manos, deshizo el lazo y lo soltó. Se le

abrió y se le quedó a los costados de los pechos. Oyó que tomaba una bocanada de aire, levantó a mirada y vio que Ben tenía los ojos clavados en ella.

–Preciosos –murmuró él mientras le bajaba el vestido de los hombros hasta que cayó al suelo con un susurro de seda.

Luego, le soltó el sujetador y acabó al lado del vestido.

Estaba desnuda y las puntas del pelo le hacían cosquillas en los hombros. Los ojos de Ben se habían oscurecido y ella tuvo que apretar los dientes para no taparse con los brazos porque no quería que viera lo vulnerable que se sentía. Con toda certeza, tenía que estar acostumbrado a mujeres que desfilaban delante de él. Ella, en cambio, alargó una mano y le acarició el pecho titubeantemente para romper esa tensión casi abrumadora. Era ancho, fuerte y con una musculatura perfecta. Los pectorales tenían una leve capa de vello oscuro que descendía formando una línea entre los abdominales y desaparecía por debajo de los pantalones.

Ben tomo una bocanada de aire y ella, estimulada, extendió las manos por su pecho. Parecían blancas y pequeñas sobre esa piel bruñida. Podía notar que el corazón le latía con firmeza y un sentimiento desconocido la atenazó con fuerza. Sin embargo, no le hizo caso, no era el momento de sentimientos. Lo arañó con suavidad y le tomó un pezón entre los dedos y él volvió a tomar otra bocanada de aire mientras introducía los dedos entre el pelo de su nuca. Ella lo miró y se sintió drogada.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, bajó las manos hasta su cintura y encontró la hebilla del cinturón. La miró, la soltó y siguió con el botón y la cremallera. Podía notar la palpitación de su erección por debajo de su ropa y una oleada ardiente la arrasó por dentro hasta que sintió la humedad entre los muslos.

Le bajó los pantalones hasta el suelo y él se separó de ella un instante para sacar los pies. Luego, se quitó los calzoncillos y también se quedó desnudo en todo su esplendor. Nunca se había sentido tan mujer. Ese momento tenía algo primitivo, sin tapujos. No pudo resistirse, ni siquiera se reconocía a sí misma. Le tomó el miembro con una mano y se lo acarició de arriba abajo sin poder apartar la mirada de la vulnerabilidad de su erección y de su firmeza pétrea. Tenía una textura aterciopelada y le pasó el pulgar por la humedad de la punta. Hasta que Ben le tomó la mano y ella lo miró.

–No aguantaré si sigues acariciándome así.

La llevó al borde de la cama para que se tumbara y la siguió. Parecía enorme. Su pecho y sus hombros eran muy anchos y su

cuerpo, largo y delgado. Podía notar su erección contra el muslo, era dura y grande. Se estremeció al acordarse del dolor que sintió con su prometido y que no había conseguido excitarlo, pero Ben, como si le hubiera leído el pensamiento otra vez, se puso entre sus piernas y le separó los muslos. Le tomó los pechos con las manos, le acarició los pezones endurecidos con los pulgares y bajó la boca para succionarle primero uno y luego el otro, para torturarla con su endiablada lengua.

Ella gimió suavemente mientras las llamaradas de deseo se avivaban cada vez más. Quería retorcerse y arquear la espalda, pero el cuerpo de Ben no la dejaba moverse. Era una tortura maravillosa y él, sin abandonar los pechos, le levantó las caderas hasta que pudo sentir la punta de su erección en la hendidura húmeda por el deseo. Separó más todavía las piernas e intentó levantar más las caderas para que él llenara esa anhelante parte de ella. Entonces, oyó un improperio en voz baja y Ben se apartó a un lado. Ella levantó la cabeza y se dio cuenta de que estaba jadeando.

–¿Qué pasa?

Por un instante atroz, se quedó helada y creyó que él se había dado cuenta de que no estaba a su altura… Hasta que vio que sacaba algo de un cajón que había al lado de la cama, oyó que rasgaba el envoltorio y lo observó mientras se ponía el preservativo en toda la extensión de su sexo. El alivio se adueñó de ella y se tumbó otra vez. Ben se arrodilló entre sus piernas. Ella estaba entregada, como una especie de ofrenda, pero él, en vez de ponerse sobre ella como había esperado, como había deseado, la acarició donde más lo anhelaba, donde estaba bochornosamente húmeda. Le trazó círculos con el pulgar, introdujo un dedo y lo sacó para lubricarla con sus propios fluidos.

–Me deseas.

Ella se preguntó cómo había podido dudarlo. Entonces, se quedó sin respiración y arqueó la espalda cuando le introdujo dos dedos.

–Te dije que te deseaba.

Lia podía notar que los músculos se contraían alrededor de sus dedos y oyó que él maldecía entre dientes. Se sentía demasiado expuesta, no quería que le hiciera llegar al clímax así, mientras la miraba. Lo agarró de los brazos.

–Ben… Por favor, necesito…

Ella volvió a arquear la espalda cuando él introdujo más los dedos. Levantó la cabeza sin poder soportar el dominio que tenía sobre ella en ese momento.

–Te necesito –añadió ella con rabia.

Ben retiró la mano por fin, le apartó los muslos con sus muslos y ella puso las manos en sus hombros.

–Mírame –le ordenó él–. Jamás dudes que eres una mujer muy deseable, Lia.

Ella miró hacia abajo y vio que él se tomaba el miembro y lo introducía en su cuerpo muy despacio, centímetro a centímetro. Ella tomó una bocanada de aire mientras la penetraba completamente. Era grande… casi le dolía, pero se quedó inmóvil un rato para que su cuerpo se adaptara al de él. Entonces, cuando ella volvió a tomar aliento, empezó a moverse y todo su mundo se redujo a ese lugar y ese momento, a ese hombre, a las maravillosas sensaciones que le recorrían el cuerpo. Nunca había sentido nada parecido, una tensión desconocida iba formándose dentro de ella con cada movimiento de Ben. Le rodeó la espalda con las piernas y le clavó los talones. Él le agarró un muslo con una mano y sus movimientos empezaron a ser menos delicados, más vehementes.

Entonces, se dejó caer sobre ella y le aplastó los todavía sensibles pezones. Ella levantó una mano para buscar su boca y le dio un beso con avidez mientras sentía una mezcla insoportable de placer y dolor y se hacía mil pedazos por dentro.

Casi ni oyó el grito de Ben mientras su cuerpo se tensaba sobre el de ella y un paroxismo de placer lo atenazaba también.

Cuando se despertó, se sintió completamente desorientada al darse cuenta de que no estaba ni en su cuarto ni en su cama. Entonces, notó ciertos dolores en el cuerpo y cayó en la cuenta inmediatamente.

Estaba amaneciendo y la luz daba un tono rosado al dormitorio de Ben, aunque no disminuía un ápice su aire masculino. Movió la cabeza con precaución y contuvo la respiración cuando vio a Benjamin Carter descaradamente desnudo a su lado. Era magnífico incluso así, en reposo, y la barba incipiente hacía que pareciera más… desenfadado. Las largas pestañas deberían haber suavizado los rasgos contundentes de su rostro, pero no lo conseguían. Aunque parecía un poco menos implacable porque esos ojos azules no estaban observándola y calibrando su reacción ante cualquier cosa, por nimia que fuera. Podría haberlo odiado por eso si no se sintiera tan… saciada. Recorrió sus músculos con la mirada y se sonrojó cuando llegó a la parte más viril y potente de él, que no era menos impresionante cuando estaba en descanso.

Habían vuelto a hacer al amor la noche anterior y la segunda

vez fue más lenta, más parsimoniosa, pero no menos intensa. Sintió un nudo en la garganta por la emoción. No era frígida, ni mucho menos. En realidad, la mujer que había surgido bajo la diestra tutela de Ben era sensual y voraz. Él se lo había demostrado con la misma facilidad que si hubiera encendido una luz en un cuarto oscuro. Contuvo la respiración. Eso era exactamente lo que había hecho. Había llevado la luz a los rincones oscuros de su alma, donde se había sentido… defectuosa.

Su diestro desmantelamiento de sus defensas había empezado el día anterior. Ya estaban desmoronándose cuando llegaron a la fiesta de sus amigos gracias al idílico día que habían pasado paseando por una de las ciudades más bonitas del mundo, y con uno de sus guías más atractivo…

Una vocecilla se burló de ella. ¿A quién quería engañar? Sus defensas habían empezado a desmoronarse cuando se chocó con él en la entrada del hotel Algonquin de Nueva York. Entonces, sintió un escalofrío en la espalda al darse cuenta de lo fácil y completamente que se había entregado. Al final, había sido tan sensible a ese hombre como cualquier mujer. Haberse enterado de su tormentoso pasado solo había añadido una capa más a un hombre que estaba convirtiéndose en alguien demasiado complejo y fascinante. Además, en ese momento, ya existía esa intimidad máxima. Había dormido con él porque le había hecho el amor tanto a su cuerpo como a su cabeza. Él había excavado y ella le había dejado llegar más lejos que a nadie.

Sintió un arrebato de sentimientos que no había sentido antes; miedo, entusiasmo, esperanza.

La esperanza la devolvió a la realidad con un estruendo. Esperanza… ¿de qué? ¿De lo que siempre se había dicho a sí misma que no existía? ¿Esperanza de no sentir el dolor lacerante del rechazo si se abría a alguien? Ben había dicho la noche anterior que no se hacía ilusiones sobre el mito del amor romántico, ella tampoco, pero había sentido esperanza durante un instante y eso era peligroso.

La idea de que Ben se despertara y ella tuviese que actuar con normalidad cuando no sabía qué se hacía en esas situaciones hizo que quedara helada. No tenía dónde esconderse.

El abandono de su madre no solo le había devastado a su padre, le había devastado a ella. Había sabido desde muy pequeña que no la había querido lo bastante como para quedarse y eso se le había quedado grabado en la piel. En ese momento, ya sabía que ese había sido el motivo esencial para que hubiese eludido la intimidad

durante tanto tiempo, y el motivo para que aceptara un matrimonio de conveniencia.

Le había resultado fácil quedarse al margen, no comprometerse, porque nadie había derribado los muros que había levantado… hasta ese momento. Sintió náuseas ante la idea de que pudiera ser tan susceptible como su padre al sufrimiento amoroso después de haberlo evitado durante tantos años.

Ben vería a través de ella enseguida, vería toda su debilidad. Lo que era peor, podría llegar a ver ese atisbo de esperanza, esa parte de sí misma que no era tan fría y comedida como siempre había pensado ella que era, que era inmune a los sentimientos veleidosos.

Se levantó de la cama sin hacer ruido. Ben se movió un poco y frunció el ceño, pero volvió a relajarse y a ella se le aceleró el corazón con una mezcla de pánico y desesperación. Benjamín Carter había llegado a meterse tan dentro de ella que se había dado cuenta de que los cimientos que se había construido con tanto esfuerzo eran mucho más endebles que lo que le gustaba reconocer, y eso bastaba para que tuviera que alejarse todo lo que pudiera de ese hombre.

A la mañana siguiente, Ben fue de un lado a otro de la villa con una sensación premonitoria y muy desagradable. Se había despertado poco antes y la mitad de la cama estaba vacía. Además, tampoco había encontrado a Lia en el cuarto de baño.

Lo primero que sintió al despertarse fue una satisfacción como no había sentido nunca. Recordó que la noche anterior, después de hacer el amor otra vez, Lia se quedó con la cabeza entre su cuello y su hombro, con el cuerpo deliciosamente adaptado al de él. Le había acariciado la espalda y le había hablado en voz baja.

–¿Lo ves? Te lo dije. No tiene nada que ver con la experiencia. Nosotros encajamos.

Ella había resoplado, estaba demasiado cansada para hablar. Él había sonreído antes de quedarse dormido… y de despertarse para comprobar que ella se había marchado. Normalmente, no se despertaba con la esperanza de encontrar a una mujer en su cama, prefería mantener intacto ese límite, pero con Lia no se le había pasado por la cabeza siquiera.

Frunció el ceño cuando vio que no estaba en la sala, pero todavía no estaba excesivamente preocupado. Tenía que estar en alguna parte

Por primera vez desde hacía días, desde que la vio por primera

vez, volvía a tener la cabeza despejada. Había sabido que la deseaba, pero no se había imaginado que podían tener una química tan explosiva. Cuando la encontrara, la convencería para que se quedara otro día, iba a engatusarla y persuadirla para que se planteara el matrimonio. Si se lo había planteado una vez, tenía que estar dispuesta a volver a hacerlo, a pesar de cómo había resultado. Evidentemente, significaba mucho para su padre y, evidentemente, él significaba mucho para ella. Lia Ford no era la persona unidimensional que le había parecido al principio. Era brillante, inteligente, compasiva y apasionada.

Se acordó de la claustrofobia que sintió cuando le hablaron la primera vez de la idea de casarse, de lo que sintió cuando se sentó a hablar de eso con el jeque y los demás. Sin embargo, en ese momento, la idea de que Lia Ford fuese su esposa lo atraía como nunca le había parecido que pudiera ser posible. Se daba cuenta de que había subestimado mucho lo que una mujer como Lia podía aportar a su vida. Tenían ideales y metas en común. Cuanto más lo pensaba, menos le apetecía tener una esposa que fuese dócil y maleable. Quería alguien con pasión y Lia la tenía a raudales. Tenía carácter y no le daba miedo oponerse a él, y eso le gustaba.

Además, por primera vez, incluso estaba pensando en tener hijos, en lo que sería tener un hijo o una hija. Sintió una opresión en el pecho al imaginarse una criatura de pelo moreno y ojos azules correteando por allí. Jamás se había permitido pensarlo porque el catastrófico derrumbamiento de sus padres bajo el peso de sus vidas autodestructivas lo había aterrado tanto que no había querido arriesgarse a que un hijo suyo pasara por eso. Sin embargo, en ese momento, podía planteárselo por primera vez. Una mujer como Lia no se derrumbaría jamás. Se levantaría y volvería a empezar. Su matrimonio no se parecería en nada al de sus padres, que se deshizo ante el primer asomo de un problema.

Ya estaba en la cocina, pero también estaba vacía. No hizo caso de su inquietud ni de que la villa estuviese demasiado silenciosa. Admiraba mucho la independencia de Lia y que no fuese una de esas mujeres que se pegaban como una lapa a la mañana siguiente, pero quería encontrarla. Sintió un arrebato de alivio cuando se acordó de la playa, tenía que estar allí. Sin embargo, bajó hasta la arena y comprobó que su franja de playa privada estaba vacía. No había nadie tumbado debajo de una sombrilla. Oyó a alguien y se dio media vuelta, pero era Esmé que llevaba unas flores a la villa.

–Buenos días, jefe –le saludó ella en un tono cantarín–. Ha dormido hasta tarde, no parece usted.

Ben quiso fruncir el ceño por el recordatorio de que la noche anterior había dejado huella, pero esbozó una sonrisa forzada y acompañó a Esmé hasta la villa.

–¿Has visto a Lia?

–¿No lo sabe? –preguntó ella con el ceño fruncido.

Ben tuvo que hace un esfuerzo sobrehumano para contener la irritación.

–¿Qué tengo que saber?

Esmé dejo las flores sobre la mesa y puso un gesto de inocencia y perplejidad.

–Se marchó esta mañana temprano. Cuando me trajo Joao, ella se volvió con él a Salvador. Dijo que tenía que tomar el primer vuelo a Nueva York y volver al Reino Unido. Supuse que lo sabía… Dijo que no quería despertarlo y le dejó una nota. La dejé en su despacho.

Ben observó a Esmé que ponía las flores en un jarrón grande que había en la mesa del centro del vestíbulo y notó que algo se le abría en el pecho. Era una incomprensión absoluta. Ninguna mujer lo había dejado plantado, pero esa ya lo había hecho dos veces. Se dio la vuelta antes de que Esmé pudiera sacar alguna conclusión de su reacción, fue a su despacho y vio la nota doblada. La desdobló y la leyó.

Querido Ben.

Gracias otra vez por tu generosa donación a la organización benéfica. Creo que las condiciones están plenamente cumplidas después de la noche pasada. Al fin y al cabo, esto no iba a pasar del fin de semana, ¿verdad?

Lo he pasado muy bien en Bahía, gracias.

No creo que vuelva a toparme contigo.

Mucha suerte,

Lia Ford

La abertura en su pecho se cerró de repente y se convirtió en un peso muerto. No le hacía gracia la insinuación de que había dormido con él para cumplir las condiciones de la subasta y no porque quisiera. Estrujó el papel con una mano y hubo algo que se abrió paso en ese peso muerto, la rabia. La había subestimado otra vez, pero ella también lo había subestimado a él si creía que no iba a toparse con él otra vez, y esa vez no iba a dejarlo plantado. Era perfecta para él y no pensaba dejar que se le escapara ella o esa oportunidad.

Capítulo 7

DÓNDE está tu padre, Lia? Espero que no esté enfermo otra vez.

Lia tuvo ganas de borrar de un tortazo la sonrisa engreída de uno de los competidores de su padre, quien estaba dejando my claro que esperaba que su padre estuviese enfermo, pero sonrió beatíficamente.

–Claro que no está enfermo, George. Está tan ocupado que no ha podido venir esta noche. Por eso me sorprende verte aquí. ¿No sabías que esta noche es la fiesta anual del sindicato de la construcción?

–Bueno, sí, claro que lo sé… –balbució el hombre poniéndose rojo–, pero normalmente no voy a ese tipo de actos…

Y por eso no le iba ni la mitad de bien que a su padre, pensó ella para sus adentros, aunque no se lo dijo.

–Claro, la mayoría de la gente no va. Él, sin embargo, se empeña en ir y sus empleados lo adoran por ello.

El hombre empezó a recular tan deprisa que ella estuvo a punto de soltar una carcajada. Sabía que era un poco malvado por su parte tomarle el pelo así, pero su padre había acudido a la fiesta del sindicato, sobre todo, porque no estaría llena de buitres dispuestos a llevárselo a un rincón para ver lo fuerte que estaba. Además, acababa de informarle de que había vuelto a casa mediante unos de sus mensajes escuetos y escritos en mayúsculas.

> *YA HE VUELTO A CASA. NO TE PREOCUPES. MANTÉN ALTO EL PABELLÓN, CARIÑO. BESOS*

Ella suspiró. Tenía la sensación de haberse pasado toda la vida manteniendo el pabellón bien alto en nombre de su padre, quien nunca se había repuesto del todo después de que su madre los abandonara a los dos. Sin embargo, en ese momento, dejó a un lado esa lástima de sí misma tan atípica. Estaba en Londres, en un acto benéfico muy exclusivo, y no quería que nadie sospechara ni por un segundo que algo podía no ir perfectamente bien.

Esbozó otra vez la mejor de sus sonrisas cuando vio que dos de los mayores rivales de su padre la miraban con un brillo en los ojos. Sin embargo, vio algo por el rabillo del ojo justo antes de que

llegaran a donde estaba, miró hacia la izquierda y el corazón dejó de latirle casi literalmente. Benjamín Carter, vestido con un esmoquin negro, estaba junto a la puerta principal y miraba alrededor como si estuviese buscando algo… o a alguien. Su resplandeciente mirada azul se clavó en ella, que sintió el impacto en lo más profundo del cuerpo como una descarga eléctrica. Todo se desvaneció. Oía voces cerca, sabía que debería contestar a alguien, pero no sabía qué.

Parecía como si lo hubiese visto hacía unos segundos, pero había pasado una semana. Una semana desde que lo dejó en la cama entre sábanas arrugadas y con el corazón latiéndole tan fuerte que lo había oído. En ese momento, cuando él empezó a dirigirse hacia ella, el corazón le latió exactamente igual mientras lo observaba sin poder apartar la mirada de él. Parecía más alto, más moreno y más guapo entre esa multitud de británicos blancos como la leche.

Por un instante, se preguntó si no estaría alucinando. Había creído que no volvería a verlo y durante toda la semana había hecho todo lo que había podido para que no le brotaran los recuerdos y las imágenes. Sin embargo, por la noche, su subconsciente había podido sortear esos esfuerzos y se había despertado sudorosa todas las mañanas, con el cuerpo envuelto por las sábanas después de sueños pornográficos.

Él avanzaba a grandes zancadas, la gente se apartaba a su paso entre susurros y ella se quedó muda cuando llegó a su lado. Él empezó a hablar sin dejar de mirarla.

–Señoras, señores, disculpen la interrupción, por favor, pero tengo un asunto pendiente con la señorita Ford.

Le tomó la mano con fuerza y empezó salir de la habitación con ella. El deseo que se adueñó de su cuerpo cuando notó su mano le indicó que no estaba alucinando. Tuvo que levantarse un poco el vestido de seda negro para no tropezarse. Se vio en un espejo y se encontró diminuta al lado de él, con los hombros a la vista por el vestido largo sin tirantes y con el pelo recogido con un moño alto y suelto.

Él se detuvo y se dio la vuelta con una expresión implacable. Ya no era el hombre refinado y considerado que había conocido, estaba enfadado. Sin embargo, ella, en vez de sentirse intimidada, notó que se sentía tan enfadada como él. Estaba enfadada porque se había metido en su mundo sin más, por alterarle el equilibrio otra vez.

–¿Puede saberse qué estás haciendo? –le preguntó ella en tono tajante–. Ahora estás en mi territorio.

–O, perdonadme, lady Ford, ¿este hotel es vuestro? –preguntó él

arqueando una ceja.

–No, claro que no –contestó ella sonrojándose aunque también arqueó una ceja–. ¿Tienes un avión aparcado en el jardín? ¿Estás planeando otro secuestro?

Él siguió agarrándole la mano con fuerza, le rodeó la cintura con el brazo que le quedaba libre y la estrechó contra él. Ella sintió que se abrasaba por dentro al notar la protuberancia de su erección entre ellos. Sus ojos dejaron escapar un destello cuando vio la reacción de ella. Lia notaba toda la gente que había alrededor y se maldijo a sí misma por no haber esperado hasta haber estado en un sitio más privado para enfrentarse con él.

–Me hiciste una pregunta.

–¿Qué pregunta? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–En esa nota que dejaste. Cito textualmente. «Esto no iba a pasar del fin de semana, ¿verdad?»

–Era una pregunta retórica –contestó Lia poniéndose más roja.

–Ya no lo es –Ben sacudió la cabeza–. Creo que acabo de contestarla.

–¿Cómo?

Él se movió ligeramente contra ella y le dejó muy claro lo que quería decir.

–Propongo que te vengas conmigo en este momento, a no ser que quieras ofrecer un espectáculo que tus compatriotas preferirían ver en privado o en una cadena de pago.

Algo, que prefirió no saber qué era, se adueñó de ella al comprender que no estaba soñando. Él estaba allí y todavía la deseaba. Además, que Dios se apiadara de ella, también lo deseaba… Había salido corriendo de Brasil, pero ya no podía acordarse del motivo para que fuese tan imperativo alejarse de él.

Ben, con esa misteriosa capacidad de leerle el pensamiento, se había aprovechado de sus titubeos, la había sacado de la habitación y la había llevado al vestíbulo de ese hotel tan exclusivo de Londres. Se abrió la puerta de un ascensor, Ben se desvió de repente y la montó mientras las puertas se cerraban y casi le pillaban el vestido. El ascensor empezó a subir y, al encontrarse con Ben en ese espacio tan cerrado, volvió a sentir pánico. Él estaba allí y ella no tenía dónde esconderse.

–¡Esto es un disparate, Ben! No puedes llevarme a donde quieras y cuando quieras.

Ella lo miró cuando apretó un botón con la palma de la mano y ascensor se paró entre dos pisos. Le soltó la mano y le tomó la cabeza con las dos manos.

–Tengo dudas sobre tu nota –comentó él en un tono grave que a ella le llegó justo entre las piernas.

El pánico estaba dejando paso a algo ardiente y, lo que era más peligroso, los recuerdos que había estado reprimiendo durante toda la semana empezaban a llenarle la cabeza de imágenes y de un deseo creciente.

–Sobre todo –siguió él–, con esa parte en la que das por supuesto que nuestra… relación solo iba a durar el fin de semana.

Lia no podía respirar y no sabía si era su imaginación, pero le parecía que los espejos estaban empañándose. Intentó recordar lo que había dicho él.

–¿Era una relación?

–Piensas que me gasto tanto dinero solo para llevarte a mi cama?

Ella quiso retorcerse. Claro que no lo pensaba y ahí estaba el peligro, en pensar en lo que él quería de ella fuera de ese calor disparatado, o peor aún, en lo que quería ella cuando se había protegido durante tanto tiempo, cuando había llegado tan lejos que había aceptado un matrimonio de conveniencia.

–No, no lo creo –contestó ella sacudiendo la cabeza.

Ben esbozó una sonrisa lenta y sexy y a ella le flaquearon las piernas. La tensión entre ellos aumentó. Volvió a sentir la temeridad irreflexiva que había sentido en Nueva York. Quizá él estuviese allí para terminar lo que habían empezado en Brasil. ¿Una o dos noches más? Luego, él volvería a su vida. Al fin y al cabo, se recordó a sí misma entre el calor que le abrasaba el cerebro, Ben no tenía relaciones, ¿no?

Ella, tampoco. No debería haberse dejado llevar por el pánico en Brasil, podría haberse quemado y consumido allí. Sin embargo, se había dejado llevar por el pánico y él estaba allí. Quizá lo mejor fuese que se quemara y consumiera. ¿Allí, al contrario que en Brasil, importaba el entorno? Todo lo que pensaba llevaba a la misma conclusión. A que se daba permiso a sí misma para dejar de resistirse a lo inevitable y para que se dejara arrastrar por lo que le bullía en la sangre.

–Bésame, Ben.

Él sonrió con malicia mientras volvía a aceptar su capitulación. Le tomó la cara con las manos, se la inclinó un poco hacia arriba, la besó y le introdujo la lengua, le recordó el maravilloso placer que le había dado y el regalo de saber que no era fría por dentro. El sentimiento brotó otra vez solo con eso y le rodeó el cuello con los brazos. Había cruzado medio mundo para besarla así e iba a

aceptarlo porque era finito.

Arqueó el cuerpo y todo le palpitó al ritmo del corazón cuando notó la pétrea evidencia de su excitación. Él bajó las manos y le tomó el trasero por encima del vestido de seda. La levantó y se apartó lo suficiente para hablar.

–Rodéame las caderas con las piernas.

Ella lo hizo y se le subió el vestido. Le rodeó la cintura con las piernas y él, besándola otra vez, introdujo una mano y le acarició por debajo del encaje de las bragas. Ella, aturdida, gimió en la boca de él. Tenía la espalda desnuda contra un espejo del ascensor y él arqueó las caderas para que notara la protuberancia de su erección entre las piernas, donde estaba húmeda y ardiente.

El vestido le parecía demasiado ceñido, pero Ben, mientras ella lo pensaba, estaba introduciendo los dedos por arriba y bajándoselo para liberarle un pecho. Se separó y la miró. Parecía bebido o deslumbrado. Ella se daba cuenta, vagamente, de que lo único que la sujetaba era la pared y la mano de Ben en el trasero porque, en ese momento, estaba pasándole el pulgar por el pezón y ella estaba mordiéndose el labio inferior.

–Por favor… –le pidió ella.

Él la miró y le cayó un mechón por la frente. Ella se lo apartó con un cariño inusitado.

–Acaríciame… como antes.

Él sonrió con malicia, bajó la cabeza y le lamió el pezón endurecido. Volvió a mirarla con una expresión de inocencia.

–¿Así?

–Sí… –contestó ella con un gruñido y más ganas todavía–. Maldito seas, más…

Sus ojos dejaron escapar un destello mientras bajaba la cabeza y se introducía el pezón en la boca. Lia se puso en tensión e intentó contenerse, no desbordarse, pero Ben no tenía piedad y estaba contoneándose contra ella. Solo tenía que apartarle las bragas, sacar el miembro y entrar en ella, donde lo necesitaba con todas sus ganas. Abrió los ojos como impulsados por un resorte ante la dirección que habían tomado sus pensamientos y lo apremiante que era su deseo.

En el espejo, detrás de Ben, podía ver sus piernas largas y blancas alrededor de las estrechas caderas de él y su cabeza morena sobre su pecho. También vio su propia cara congestionada y el destello de sus ojos azules. Tenía al pelo alborotado, la boca inflamada y estaban en un ascensor. Se puso más tensa todavía, agarró a Ben del pelo y le levantó la cabeza.

–No podemos hacer el amor aquí, en un ascensor.

Pareció como si Ben fuese a discutir esa afirmación, pero, de repente, se incorporó y dejó de contonear su cuerpo contra el de ella, que se sintió… abandonada.

–La verdad… –ella se sintió temeraria y cambió de idea de repente–. Nunca he hecho al amor en un ascensor y… la idea empieza a gustarme.

–Ni hablar –replicó Ben con contundencia–. Tienes razón. No voy a ser un americano ostentoso y de mal gusto al que sorprenden in fraganti en uno de los hoteles más exclusivos de Londres.

Ella se sintió un poco aludida. No era ni ostentoso ni tenía mal gusto, en absoluto. Él le soltó las piernas de las caderas y la ayudó a ponerse de pie. Le temblaban las rodillas y, un poco tarde, cuando el ascensor empezó a moverse otra vez, se dio cuenta de que seguía teniendo el pecho a la vista. Ben se lo tapó justo a tiempo porque las puertas se abrieron y entró una pareja de personas mayores con una expresión seria y que farfulló algo sobre lo mucho que había tardado el ascensor. Lia tuvo que contener la risa y él le agarró la mano con fuerza.

El ascensor volvió a pararse y ella lo siguió sin tener ni idea de a dónde iban, hasta que se paró delante de una puerta y la abrió con una tarjeta magnética del hotel. Sintió algo en el pecho ante la idea de que hubiese reservado una habitación en ese hotel, era algo que había sofocado desde que tomó un vuelo en Salvador y volvió a Nueva York y a su casa, era esperanza.

Entraron, la puerta se cerró y Ben la levantó y la tuvo con las piernas alrededor de las caderas antes de que ella pudiese tomar aire.

–¿Por dónde íbamos?

Estaba amaneciendo cuando Lia se despertó. Se quedó unos segundos parpadeando y asimilando todos los dolores placenteros que sentía en el cuerpo. Sabía que el vestido colgaba de mala manera a los pies de la cama y que su ropa interior estaba en el suelo, entre la puerta y la cama. Se sonrojó al acordarse de lo apremiantemente que habían hecho el amor contra la puerta de la suite y de lo más sosegado que habían sido la segunda y la tercera vez.

Miró a Ben y lo vio tumbado en todo su desvergonzado esplendor viril. Se sintió mareada por un instante y el corazón le dio un vuelco. Instintivamente, fue a moverse, pero esos ojos azules se

abrieron de repente y la atrapó con un muslo y una mano en el pecho antes de que pudiera respirar siquiera. Le bulló la sangre y el adormilado cuerpo se despertó en cuestión de segundos.

–¿Adónde creías que ibas?

Se lo preguntó en un tono deliciosamente ronco y pudo notar que el pezón se le endurecía debajo de la palma de su mano y que se lo tomaba entre el índice y el pulgar. Estuvo a punto de gruñir, pero puso la mano encima de la de él, algo que no ayudó gran cosa. Toda su bravuconería y las justificaciones que se había dado para hacer el amor con Ben la noche anterior le parecían muy endebles a la fría luz de la mañana. De repente, tenía los sentimientos en carne viva.

–Debería marcharme.

Ben no hizo caso de la mano que había puesto encima de la de él y siguió torturándole el pecho. También movió levemente el muslo para que la erección le quedara justo donde se juntaban los muslos de ella.

–Creo que es una idea muy mala.

Ben bajó la cabeza y empezó a besarle el hombro que tenía más cerca. Le quitó la mano y le pellizcó el pezón mientras la boca empezaba a ocuparse del otro pecho. Esa vez, no pudo contener el gruñido y notó que la resistencia se desvanecía mientras Ben bajaba una mano por el vientre, le separaba las piernas y comprobaba lo mucho que lo deseaba otra vez.

Él levantó la cabeza con una sonrisa jactanciosa y el enojo consigo misma hizo que se moviera y lo tomara por sorpresa. Se puso a horcajadas encima de él y le sujetó los brazos por encima de la cabeza. Sabía que podía soltarse fácilmente, pero era embriagador tenerlo a su merced aunque fuese una ilusión. Se movió hacia atrás hasta que notó la punta de su erección y empezó a moverse arriba y abajo con toda la extensión de su miembro entre ellos.

–Bruja –farfulló él mientras Lia notaba que se endurecía debajo de ella.

Se les entrecortó la respiración mientras ella se dejaba llevar por lo que le dictaba el cuerpo y aceleraba el movimiento. Él levantó la cabeza y le mordió el pezón con delicadeza. Ella sintió un estremecimiento que le llegó entre las piernas.

Entonces, como para demostrarle el poco poder que tenía sobre él, Ben se movió y la tuvo de espaldas y debajo de él otra vez. Buscó un preservativo, se lo puso con destreza y estaba entrando en ella antes de que pudiera darse cuenta. La miró a los ojos y no apartó la

mirada ni un instante. El clímax los alcanzó con una fuerza brutal y se llevó todo por delante. Entonces, entre las convulsiones posteriores, la abrazó con los brazos y las piernas y algo se derritió dentro de ella.

Se sentía algo repuesta mientras se ataba el cinturón del mullido albornoz después de haberse dado una ducha rápida. Cuando había vuelto a despertarse, Ben no estaba en la cama y lo había encontrado en la sala, con unos pantalones oscuros y un jersey gris y fino que no hacía nada para disimular su musculatura. Iba de un lado a otro mientras hablaba por el móvil y ella lo había aprovechado para encerrarse en el cuarto de baño.

No se había mirado en el espejo para no ver las consecuencias de esa noche y ese amanecer. Tampoco había dejado que su cabeza se preguntara por qué había ido él allí y qué pasaría en ese momento. Había decidido que no iba a darle más vueltas por el momento porque volver a acostarse con Ben le había confirmado el temor. Efectivamente, no estaba tan distanciada emocionalmente como le gustaría estar, como, con toda certeza, estaba él.

Cuando entró en la sala del lujoso hotel, Ben estaba sentado a la mesa y leyendo el periódico. Lo dejó al verla y la miró de arriba abajo mientras se acercaba a él. Notó que reaccionaba incluso debajo del tupido albornoz.

–He pedido algo de ropa para que te cambies.

Se sintió desproporcionadamente conmovida por su consideración y le alivió saber que no pasaría el bochorno de tener que salir con un vestido de noche a plena luz del día en Londres.

–Gracias, te la pagaré.

Los ojos de él dejaron escapar un destello, pero no dijo nada mientras ella se sentaba y miraba toda la comida que tenía delante.

–No sabía lo que querrías y he pedido una selección.

Lia se sentó y eludió su mirada. Las pocas experiencias con su exprometido habían sido estériles y desapasionadas, no había sentido esa intensidad antes.

–Me conformo con café por el momento.

Ben le sirvió el aromático café en una taza. Ella no podía apartar la mirada de sus manos grandes, masculinas y elegantes. Intentó no sonrojarse al acordarse de sus caricias y dio un sorbo de café para dejar a un lado esos recuerdos lúbricos.

–Entonces, ¿qué planes tienes mientras estás en Londres? –le preguntó ella cuando consiguió mirarlo.

Ben la miró y esbozó una sonrisa leve y sensual.

–Tú, Lia. Tú eres mi plan.

Se vio desarmada al oírle decir que estaba allí por ella. La emoción se adueñó de ella e hizo que quisiera desalentarlo. Dejó la taza sonoramente.

–No puedes esperar que lo deje todo para adaptarme a ti. Tengo mi vida, mi trabajo.

–¿Trabajas para tu padre? –le preguntó él con los ojos entrecerrados–. ¿Como hacías anoche siendo su emisaria?

–Es una empresa familiar –contestó ella a la defensiva.

–¿Dónde han quedado tus planes de tener un trabajo propio?

Ella se arrepintió inmediatamente de haberle contado tantas cosas.

–No creo que estés aquí para hablar de mis posibilidades profesionales.

Él inclinó un poco la cabeza como gesto de concesión.

–No, la verdad es que no, pero resulta que tengo una oficina en Londres. Voy a aprovechar el viaje para ver a mi equipo sobre el terreno. Tenemos algunas promociones en marcha y se han organizado algunas reuniones mientras estoy aquí.

Lia se maldijo a sí misma por no haberse imaginado que tendría una oficina en Londres o por no haberlo comprobado.

–Sin embargo –siguió él inclinándose hacia ella–, lo más importante es que quiero llegar a conocerte mejor, Lia. Por eso estoy aquí.

Su ridículo corazón se aceleró mientras el miedo se debatía con esa sensación de esperanza que no debería sentir. Se había escapado de eso en Bahía y él la había perseguido. Temía que no tuviera suficiente fuerza para alejarse otra vez, y él lo sabía.

Ben sintió un arrebato triunfal cuando Lia no se levantó de un salto por su declaración de que quería pasar tiempo con ella, pero intentó que no se le notara en la expresión. Aunque la noche anterior se había entregado a él, había sabido que estaba irritable por la mañana, y que lo estaba porque se echaba en cara a sí misma su debilidad. También sabía que había sucumbido a él, en gran medida, porque le había tendido una emboscada.

Todavía estaba tambaleándose por el efecto de haberla visto otra vez después de una semana. Había pensado ir a Londres, encontrar a Lia en el acto benéfico, donde sabía que estaría, y engatusarla, demostrarle lo decidido que estaba a conocerla mejor, pero, cuando

la vio al otro lado de aquella habitación llena de gente, surgió algo depredador dentro de él. Tenía que poseerla. Se transformó en una especie de cavernícola que la arrastró hasta el ascensor y que si ella no los hubiese parado… Sin embargo, en ese momento, estaba viendo que empezaba a tener una expresión hermética, que esos preciosos ojos eran indescifrables.

–No hagas eso, Lia.

–¿El qué? –preguntó ella en un tono algo alarmado.

–No te repliegues detrás de ese muro tan formal que has levantado alrededor de ti.

Le tomó la mano, la levantó del asiento y la acercó a él antes de que ella pudiera decir algo. La sentó en sus rodillas y tuvo que contener un gruñido cuando entró en contacto con una parte de su anatomía que todavía estaba sensible. La voracidad que sentía hacia ella era alarmante, estaba acostumbrado a que disminuyera con el tiempo, pero lo que sentía por Lia era cada vez más fuerte. Sabía que, si no estuviera allí porque quería encandilarla para que se planteara una relación a largo plazo con él, lo más probable era que hubiera salido corriendo por la intensidad que sentía cuando estaba cerca de ella.

Intentó convencerse de que todo era parte de un plan. Lia era importante para él por lo que representaba. Si además ardían en la cama, era un suplemento al que pensaba sacar todo su partido. Ella lo miró con una expresión cautelosa que hizo que se preguntara si estaría leyéndole el pensamiento.

–¿Qué hacemos aquí, Ben?

Si otra mujer le hubiese preguntado lo mismo, habría salido corriendo sin pensárselo dos veces, pero, en ese momento, no sentía ningunas ganas de marcharse.

–Bueno, para empezar, no vamos a salir de esta habitación de hotel en todo el fin de semana –Ben notó la reacción de rechazo de Lia y siguió apresuradamente–. Ninguno de los dos somos lo que esperaba el otro, ¿estás de acuerdo?

–Sí…

Ben empezó a trazar pequeños círculos en su espalda. Tenía la otra mano sobe su muslo, apretó un poco y vio que los ojos de ella empezaban a brillar. Si tenía que hacerlo, emplearía todo su arsenal sin el más mínimo reparo.

–Quiero conocerte mejor y hay demasiada pasión entre nosotros como para que no separemos ya. Pasa el fin de semana conmigo.

Él se aseguró por dentro que Lia sería suya cuando hubiese terminado el fin de semana, y que lo sería en más de un sentido. A

las mujeres, las aventuras impetuosas les parecían románticas, ¿no? Introdujo la mano por debajo del albornoz para acariciarle la sedosa piel del muslo y notó la reacción inmediata del cuerpo de ella.

Lia le puso las manos en el pecho y habló con la voz entrecortada.

–Mira, yo…

Se mordió el labio inferior cuando la mano de Ben se abrió paso entre sus muslos. Ella intentó mirarlo con el ceño fruncido, pero se había sonrojado y no lo consiguió.

–Maldito seas, Ben.

–Entonces, ¿qué dices? –preguntó él con una sonrisa maliciosa.

Su mano estaba subiendo y ya estaba cerca de la unión de los muslos. Él era implacable, pero ella no estaba impidiéndole que le separara más las piernas. Él podía notar su calidez y oler el aroma de su excitación. Además, el rozamiento contra su turgente trasero solo hacía que todo fuese más intenso. Se movió un poco para que ella pudiera notar lo que estaba haciéndole. A ella ya le costaba respirar y Ben notaba la tensión de su cuerpo mientras hacía un esfuerzo para no ceder ante él.

–Solo el fin de semana, ¿no?

Él quiso gruñir por su empeño en poner límites, pero se contuvo porque esos límites habrían desaparecido al cabo de un par de días.

–Sí, solo el fin de semana.

Ben no hizo caso de su conciencia. Si había seducido a esa mujer para que se acostara con él, podría seducirla para que se casara con él.

Ella lo miró un rato y con tanta intensidad que Ben casi quiso esconderse de esa mirada tan penetrante, pero, de repente, ella se movió. Él creyó que se había levantado para marcharse, pero pasó una pierna por encima de su regazo y se sentó a horcajadas. El albornoz se le había abierto un poco y empezó a contonearse de tal manera que él tuvo que contener una maldición al notar su carne contra la erección que le reventaba los pantalones.

–Pues, de entrada, estás demasiado vestido para un fin de semana de desenfreno –comentó ella ladeando la cabeza.

Le agarró el borde de la camiseta, tiró hasta que él levantó los brazos, se la quitó y la tiró al suelo. Había vuelto a sorprenderlo. Estaba tan atónito por la concesión de ella que solo pudo quedarse sentado, hasta que, de repente, ella le sonrió y fue como un puñetazo en el estómago. También sintió una opresión en el pecho, pero la sofocó para concentrarse en el aspecto físico.

Entonces, él le bajó el albornoz para dejar a la vista esos pechos

preciosos, los tomó con las manos y le pasó los pulgares por los pezones para endurecérselos. Ella tomó una bocanada de aire y él le lamió y succionó los pezones ya duros. Lia se levantó y empezó a forcejear con los pantalones para liberar la erección de su confinamiento. Para cuando estuvo enfundada con un preservativo y dentro de ella, los dos ya respiraban como si hubiesen corrido un maratón y tenían la piel cubierta de gotas de sudor.

El encuentro entre ellos había sido tan rápido y repentino que albornoz estaba en el suelo, detrás de Lia, y Ben no recordaba siquiera haberlo tirado. Entraba en ella una y otra vez y la abrazaba con fuerza.

Ella lo llevaba al límite, estaba congestionada, se mordía el labio inferior y los ojos tenían un destello de pasión… Ben se dio cuenta de que estaba viendo cómo se desmelenaba, como se había imaginado la primera vez que la miró. Sin embargo, esa sensación de satisfacción duró poco. No podía haberse imaginado nada que lo hubiese preparado para esa realidad o para la fuerza descomunal del clímax que los dominó a los minutos de que sus cuerpos se unieran.

Después, durante un rato, apoyó la cabeza en los pechos de Lia y ella introdujo los dedos entre su pelo para retenerlo ahí. Seguía dentro de ella y podía notar las palpitaciones posteriores al orgasmo. Se dio cuenta de que no habría podido soltarse del abrazo ni aunque hubiese querido.

Cuando consiguió moverse por fin, levantó la cabeza y la miró. Sintió una satisfacción absurda porque ella parecía igual de desarbolada, pero, acto seguido, sintió inquietud al darse cuenta de que, cada vez que creía que había conseguido llevarla a donde él quería, ella se había evadido. Era un hombre que tenía todo controlado y se cercioraría de que eso no volviera a pasar. No había cabida para el fracaso. Ya no podía permitirse perder a Lia.

–¿Qué día es? –preguntó Lia en tono somnoliento mientras notaba un dedo que le pasaba por los huesos de la columna vertebral.

Asombrosamente, el cuerpo le vibró y dejó escapar un gruñido. Oyó una risotada y quiso fruncir el ceño, pero no tuvo fuerza. Reunió toda la fuerza que le quedaba, se dio la vuelta, se quitó la mano de Ben de encima, se tapó con la sábana y lo miró amenazantemente. Él levantó una mano con expresión de inocencia, si podía llamarse inocencia a esa barba incipiente que le daba un

aspecto devastador, y, naturalmente, no tenía nada de inocente. Era perverso y había conseguido que ella hiciera cosas inconcebibles durante horas y horas. La noche daba paso al amanecer y al día, que llegaba al crepúsculo y la noche… En ese momento, estaba oscureciendo. El mundo podría haberse acabado y ella no se habría enterado.

–No has contestado a mi pregunta.

Ben puso las manos a su costado y se inclinó sobre ella con el pecho desnudo.

–Es domingo por la tarde y creo que no puedo volver a comerme una cena del servicio de habitaciones.

Lia se tambaleó. Claro que sabía qué día era, pero, aun así, era abrumador oírle decir que se habían pasado casi tres días deleitándose con un festín para los sentidos. Ella ya sabía que, gracias a la destreza de Ben, había descubierto su propia sensualidad y había aprendido a disfrutar de ella. Solo por eso, le había entregado parte de su alma.

Lia se agarró a sus palabras y se alegró de tener una excusa para salir de ese espacio tan íntimo.

–Conozco un sitio que está cerca de aquí…

Ben sonrió y la destapó antes de que ella pudiera evitarlo. Lia gritó cuando él, como si fuera una pluma, la tomó en brazos, la llevó al cuarto de baño y la dejó en el suelo para que abriera el grifo de la ducha. Se estremeció solo de pensarlo y sin poder evitarlo. Un momento después, mientras él le lavaba el pelo con champú, ella se alegró de estar mirando hacia otro lado y de que él no pudiera verle la cara porque, de repente, se sintió vacía. Era el domingo por la tarde y su fin de semana había terminado casi. Lo había abandonado en Bahía porque había sabido que él le había llegado muy dentro… ¿y en ese momento? Cerró los ojos como si así pudiera excluir la idea de que haberle llegado muy dentro solo era la mitad del asunto. Le daba miedo haber perdido mucho más que una parte de su alma por Ben Carter.

Entonces, él le dio la vuelta, pero ella mantuvo los ojos cerrados e intentó convencerse, mientras sus diestras manos le acariciaban el cuerpo enjabonado, que eso solo era el deseo que le nublaba la cabeza y hacía que pensara cosas disparatadas.

Por un momento, casi se enfadó porque había conseguido seducirle el cuerpo y el alma sin ningún esfuerzo. Maldito fuese. Nunca había querido sentirse como su padre, amputada por el rechazo. Aunque Ben nunca la rechazaría, no tendría tan mal gusto, le daría un beso devastador, la acariciaría con delicadeza y la

dejaría temblando y preguntándose qué había pasado.

En ese momento, sin embargo, estaba introduciendo las manos entre sus muslos, estaba buscando ese lugar donde su cuerpo la traicionaba.

–Mírame, Lia.

Por eso, aunque fuese lo que menos quería hacer, agradeció poder salir de esos pensamientos obsesivos y peligrosos y se dijo a sí misma que no pasaría nada. Abrió los ojos y no los apartó de él mientras la llevaba más allá del límite y gritaba al liberarse… aunque le daba miedo que sus miedos más atroces se manifestaran a pesar de todo.

Capítulo 8

LIA podría haberse arrepentido de haber llevado a Ben a su restaurante favorito si no hubiese tenido tanta hambre y no se hubiese sentido tan débil después de un fin de semana desbordante de placer. Observó las paredes de ladrillo visto con fotos de escenas italianas en color sepia, las mesitas con manteles de cuadros y los pequeños floreros con ramos de flores artificiales.

–Estoy segura de que estás acostumbrado a restaurantes más finos, pero este no tiene pretensiones y la comida está para morirse.

Ella lo dijo a la defensiva aunque él parecía sentirse muy a gusto con unos vaqueros desgastados y un liviano jersey de lana. La miró y esbozó esa sonrisa maliciosa. Fue como si hubiese alargado una mano y le hubiese acariciado la piel con un dedo.

–Si hubiese sabido que te gustaban cosas sencillas, te habría llevado a la costa de Jersey en vez de a Bahía.

A Lia se le aceleró el pulso por su broma, hasta que él se inclinó hacia delante para hablarle en tono confidencial.

–Te diré que me pasé muchos fines de semana sirviendo pizzas y lasañas a neoyorkinos hambrientos mientras estudiaba en la universidad.

Ella aprovechó la oportunidad que le había brindado.

–¿Cómo llegaste a la universidad?

–¿Desde una casa de acogida?

Ella se encogió de hombros y asintió con la cabeza. El sabía que no era una esnob, que no había querido decir eso, pero ella sí tenía curiosidad por saber cómo había empezado a subir hasta lo más alto.

Les habían servido los entrantes y Ben probó los calamares fritos y se limpió la boca.

–Después de que murieran mis padres, me mandaron a la primera casa de acogida en Queens

–¿No había ningún amigo o familiar que pudiera ocuparse de ti? –preguntó Lia con el ceño fruncido.

Los ojos de Ben se endurecieron con un resplandor gélido. Lia tuvo que contener un estremecimiento y se acordó de que él le había contado que la gente le dio la espalda a sus padres después del escándalo.

–Mis padres eran hijos únicos y sus padres habían muerto. Mi madre tuvo problemas para quedarse embarazada, yo fui el resultado de años de tratamiento de fertilización in vitro.

Lia probó la sopa, pero no le supo a nada, tenía toda la atención centrada en Ben.

–¿Qué… pasó después de que murieran? –preguntó ella dejando la cuchara.

Él la miró. Era imponente y costaba creerse que hubiese estado indefenso.

–Fue… complicado, pero también fue casi un alivio. Los dos se habían desmoronado por las repercusiones del escándalo. Mi padre se había convertido en un bebedor amargado. Cuando volvía a casa, después de que me hubiesen pegado en el colegio por mi acento, por distintas actitudes y porque iba muy por delante que todos en clase, lo encontraba borracho en el sillón. Mi madre era absolutamente impotente, era una princesa de Long Island que vivía una pesadilla. Yo tenía que hacerles todo, pero eso no era lo que más me molestaba, lo que más me molestaba era que su hubiesen dado por vencidos tan pronto.

Lia intentó no hacer caso de la opresión que sintió en el pecho.

–¿Te pegaban por tu acento?

–Sí. Todos los días. Hasta que me di cuenta de que tenía que plantarles cara. Aprendí a ser como ellos. Cuando mis padres murieron, nadie de mi colegio anterior me habría reconocido –la miró con un brillo de advertencia en los ojos–. No es una historia bonita, Lia.

–Si crees que busco historias bonitas, es que todavía no tienes ni idea de quién soy.

Ben negó con la cabeza y una mirada enigmática en los ojos.

–Cuéntame otra vez por qué no estás bronceándote en el yate de un millonario y preocupándote por las arrugas.

–Eso es lo único que podría hacer, ¿verdad? –preguntó ella con una ceja arqueada–. Podría preguntarte lo mismo. Ya has tenido que ganar lo bastante…

Ben levantó su vaso e hizo una mueca con la boca.

–Me lo merezco. *Touché*.

Sin embargo, Lia siguió cuando él se quedó en silencio esperando una respuesta.

–Ya te lo dije, nunca me ha interesado. Siempre fui una empollona en el colegio, me interesaban más los libros que los cotilleos y la ropa, y eso no me dio muchos amigos.

Ben ladeó la cabeza con una expresión que a ella no le gustó del

todo.

–¿Por qué será que tengo la impresión de que eras una niña tímida? También fuiste tímida aquella noche, cuando saliste a la tarima de la subasta.

Lia tomó aire. ¿Tan transparente era para él? Su perspicacia hacía que se sintiera vulnerable. Él estaba esperando una respuesta y ella estuvo tentada de desdeñarlo con una carcajada, pero…

–Sí, era muy tímida de pequeña. Tartamudeaba y me sonrojaba todo el tiempo.

No le contó que su madre no podía soportarlo.

–Pero lo has superado.

Ella captó la admiración de su tono y se encogió de hombros.

–Tuve que hacerlo, no podía permitir que eso me arruinara la vida.

Llegaron los platos principales y ella aprovechó para desviar su penetrante mirada hacia otra cosa.

–Todavía no me has contado cómo llegaste a la universidad.

Él la miró con una expresión que le indicó claramente que no solía aceptar que lo interrogaran de esa manera, pero ella volvió a arquear una ceja. Él le había interrogado y le había dado la vuelta a su vida como a un calcetín, eso era lo mínimo que se merecía ella. Entonces, él suspiró.

–La historia empezó con un policía, un americano de origen irlandés que se llamaba Clancy. Un día nos pilló a un grupo. A los dieciséis años ya estaba en una pandilla. Estábamos a punto de convertirnos en delincuentes de verdad, no íbamos al colegio y robábamos en las tiendas. No se había fijado en mí hasta entonces y buscó mi historial. Cuando descubrió de dónde procedía, me llevó a un lado y me cantó las cuarenta. Me dijo que ya había tenido más oportunidades que esos chicos y que estaba dilapidando el legado de mis padres –Ben sacudió la cabeza–. Por entonces, yo era un caso complicado, estaba muy amargado y rabioso con el mundo. Estuvo a punto de darme por perdido, pero me convenció para que entrara en un programa de integración en el que empresarios de la zona se hacían cargo de jóvenes como yo. Acabé haciendo prácticas con un constructor de la zona y así empecé. Salí de la pandilla y no me metí en líos. También ayudó que fuera a una familia de acogida más estable. Cuando me gradué en el instituto, mi mentor me ayudó a que consiguiera una beca para la universidad y me licencié. A partir de ese momento, fui camarero y trabajé en todas las obras de Nueva York, pero, cuando tuve una oportunidad, la aproveché y no miré atrás.

Lia lo asimiló e intentó no imaginarse a ese adolescente airado, dolido y en guerra con todo el mundo que lo rodeaba. Intuía que a Ben no le gustaría. En cambio, tomó un trozo de *carpaccio* con el tenedor antes de hablar.

–¿Eso es todo?

Ben la miró, echó la cabeza hacia atrás y se rio. Cuando volvió a mirarla, sus ojos reflejaban algo parecido a respeto y ella sintió un arrebato de emoción. Algo muy peligroso.

–No deja de sorprenderme, señorita Ford.

Ella sonrió aunque le aterraba pensar que hacerle reír la hacía tan feliz a ella.

–Lo intento.

–Entonces –él entrecerró los ojos–, ¿por qué proteges tanto a tu padre?

Lia dejó el tenedor y se sintió a la defensiva.

–Siempre hemos estado los dos solos… –ella vaciló antes de seguir–. Él no se recuperó del todo cuando mi madre nos abandonó. Ha tenido mala salud durante años y yo siempre he pensado que es una cuestión de la cabeza tanto como del cuerpo.

–No puedes protegerle toda la vida.

–Lo sé.

Sentía el peso de las expectativas de su padre sobre los hombros. Ben estaba mirándola y, por un segundo, se permitió soñar lo que sería poder apoyarse en alguien… pero lo sofocó sin contemplaciones.

El camarero apareció y rompió la tensión entre ellos, pero Ben le pidió la cuenta sin mirarlo. Lia se sintió aliviada porque Ben no iba a hablar más de su padre. Estaban brotándole unos sentimientos que solía tener encerrados bajo siete llaves y, cuando Ben le tendió la mano, después de haber dejado el dinero en la mesa, ella la tomó si dudarlo.

El frío que hacía fuera del restaurante no ayudó para devolverle el equilibrio. Era como si Ben hubiese abierto una caja y todo estuviese saliéndose. Se volvió hacia ella con el rostro iluminado por la luz de la tarde.

–Lia…

Ella le puso una mano en la boca y notó la calidez de su aliento en la palma.

–No digas nada y bésame, Ben.

Le daba miedo que, si ella decía algo más, también querría más de lo que él le ofrecía. Él puso una mano encima de la de ella y le besó la palma antes de estrecharla con fuerza y besarla a

conciencia. Era una manera tan efectiva como otra cualquiera de dejar a un lado los pensamientos y los sentimientos que no quería analizar… todavía.

Ben también parecía contento con no tener que hablar y la montó en un taxi antes de que las cosas se pusieran demasiado ardientes en medio de una calle muy transitada. El ambiente en el taxi estaba cargado de tensión sexual y, cuando llegaron por fin a la suite del hotel, ni siquiera fueron al dormitorio, se pararon en la primera superficie suave que encontraron y todo fue tan frenético que, cuando terminaron, Lia se dio cuenta de que seguían medio vestidos.

Entonces, cuando llegaron al dormitorio y Ben terminó de desvestirla con tanta delicadeza como si fuese de porcelana, ella supo que estaba metida en un buen lío. Ni todo el sexo del mundo iba a poder mantener a raya los sentimientos y los pensamientos que le bullían por debajo de la superficie.

A la mañana siguiente, temprano, estaba dándose un baño caliente mientras Ben contestaba algunas llamadas de teléfono con solo una toalla puesta. Pensó que podía acostumbrarse a esa forma de vida siempre que la caja de los sentimientos se quedara cerrada, pero ya era demasiado tarde.

Quiso sumergirse en el agua y dejar todo al margen, que se amortiguara, pero no podía. Estaba inquieta a pesar del agua caliente y de los aceites, tenía el abdomen tenso. Era como si Ben Carter hubiese entrado en su vida como un torbellino y lo hubiese levantado todo por los aires. Ella ya no sabía dónde encajaba, ni siquiera sabía quién era.

Salió de la bañera a regañadientes aunque tenía la piel como la de una pasa. Desempañó el espejo y se quedó sin aire al verse con las mejillas rojas. Casi no se reconocía. El pelo estaba recogido y unos mechones le caían por la frente y las mejillas. Tenía los ojos muy abiertos, como si pareciesen preocupados, pero también parecían sospechosamente soñadores. También tenía marcas en la piel, donde Ben la había acariciado con la boca o las manos, y, automáticamente, sintió una emoción carnal por todo el cuerpo. Se agarró al borde del lavabo como si así no fuese a acabar destrozada cuando pensara bien hasta qué punto la había seducido Ben. Después de ese fin de semana, ya no podría seguir engañándose y diciéndose que solo era algo físico para ella… Pero ¿qué era para Ben? entonces, llamaron a la puerta y dio un respingo.

–¿Sí…?

–Voy a ir a la pastelería francesa que vimos anoche, ¿quieres algo?

–Un cruasán, gracias –contestó ella con el corazón acelerado.

–Muy bien. Volveré en diez minutos.

Esperó hasta que oyó que se cerraba la puerta de la suite, salió y se vistió con los vaqueros y la camisa de seda que le había pedido Ben la primera mañana. Un poco desesperada, intentó contar todas las mañanas, pero no pudo, era como si se hubiese parado el tiempo y ellos estuviesen en una burbuja.

Empezó a ir de un lado a otro para intentar calmarse. No podía dejar de pensar que quizá también hubiese algo más para Ben. Le había contado muchas cosas la noche anterior y su reticencia indicaba que no solía abrirse a la gente. Él no estaba siguiendo la pauta que solía seguir con sus amantes, si se podían creer las habladurías. ¿Acaso un hombre que solo quería una aventura fugaz al otro lado del Atlántico se molestaba por averiguar cosas de una mujer?

Sintió una punzada de emoción en las entrañas a pesar de sus instintos encallecidos. Quizá, solo quizá, eso podría ser algo más. Quizá Ben no se limitara a tomar el avión de vuelta a Nueva York. Entonces, cayó en la cuenta de algo. ¿Cómo iban a solucionarlo si vivían en dos continentes distintos? ¿Cómo iba a abandonar a su padre?

Le daba tantas vueltas a la cabeza que se llevó las manos a las mejillas y las tenía calientes. Sintió un vértigo casi histérico y esperanza y una especie de euforia. Estaba enamorándose de Ben…

Después de ese fin de semana, no podía creerse que él solo sintiera algo físico por ella, y tampoco podía creerse que estuviese pensando siquiera en exponerse a sus mayores miedos. Sin embargo, en ese momento, con el sabor de Ben todavía en los labios y con la marca de sus caricias en la piel, se sentía absurdamente segura de sí misma y casi invencible.

Oyó un ruido en la puerta de la suite y fue a mirar. Vio que habían pasado unos periódicos por debajo. Ben debía de haberlos pedido. Se inclinó para recogerlos y vio por encima los titulares hasta que se fijó en uno y el resto de los periódicos cayeron el suelo.

> *Magnate estadounidense de la construcción sigue hasta a Inglaterra a una heredera de la construcción después de haber pasado un fin de semana que costó un millón de dólares en Brasil. ¿Será Julianna Ford quien meta en vereda a Ben Carter?*

Debajo del titular había una foto poco nítida de Ben y ella besándose en la calle la tarde anterior. Era justo antes de que se montaran en el taxi y ni siquiera se habían dado cuenta. También había otras fotos algo borrosas de ellos cenando. El recuerdo se ensució al instante.

Sintió náuseas, volvió a la sala y se sentó en el borde de una butaca. Era de esperar que siguieran a alguien como Ben Carter, pero a ella, que nunca había tenido un conflicto con la prensa sensacionalista, le espantaba ver su nombre impreso así.

Siguió leyendo aunque le asqueaba y frunció el ceño cuando vio otra foto que le resultaba conocida porque ya la había visto. Era de Ben y los otros tres magnates cuando salían de un club privado de Manhattan hacía unas semanas. Hacían más conjeturas sobre por qué se habían reunido aquella noche y si tenía algo que ver con la intención de darle la vuelta a la mala prensa que habían tenido. Además, también se insinuaba que Ben Carter no quería intercambiar solo fluidos corporales con ella, si se tenía en cuenta cuál era la empresa de su familia. Pensó en que su padre podría ver ese artículo y tuvo que hacer un esfuerzo para no ir al cuarto de baño a vomitar.

Entonces, oyó unas campanillas y vio su teléfono móvil en una mesa que tenía al lado. Se le encogieron las entrañas solo de pensar que podía ser su padre porque había leído el artículo, pero vio que era un mensaje de Dante Mancini. Era el magnate italiano que había asistido a la reunión de aquella noche en Manhattan con Ben, Xander Trakas y el jeque Zayn Al-Ghamdi. ¿Por qué le escribía? ¿Cómo había conseguido su número de teléfono? Las palabras del mensaje la dejaron perpleja.

> *¿Has visto los periódicos, Carter? Al parecer, tu apuesta de un millón de dólares va a salirte bien. Podrías ganarnos a todos en el altar…*

No se podía ver el resto del mensaje si no se desbloqueaba el móvil y entonces, cuando lo intentó, se dio cuenta de que iba dirigido a Ben, de que ese no era su teléfono. Eran modelos idénticos, pero era el de Ben. Lo que daba a entender el mensaje era demasiado confuso y podía ser tan horrible que no podía entenderse a la primera. Algunas palabras le retumbaban en la cabeza; «apuesta», «altar», «ganarlos a todos»… Esa foto de ellos saliendo del club se le presentó en la cabeza con un aire casi acusador.

Se acordó de la primera vez que se encontró con Ben y de lo mucho que había recelado, aunque, por algún motivo, se había ido olvidando por el camino. Su conciencia se burló de ella. ¿Por algún motivo? Había ido olvidando el recelo por una pasión tan intensa que casi la había achicharrado. Volvió a mirar la foto y un miedo atroz la atenazó por dentro. Todos parecían sombríos y resueltos.

Los precoces sentimientos de cariño que había sentido se marchitaron al instante y tuvo la sospecha de que había sido la necia más grande del mundo. Precisamente ella, quien había visto lo desalmada e implacable que podía ser la gente, incluso quienes deberían haberle querido más. Ella, quien había aprendido la lección, pero había estado dispuesta a olvidarlo todo y a creer en una ilusión.

Entonces, oyó los ruidos que indicaban que Ben había vuelto de la pastelería.

Cuando Ben entró en el recibidor de la suite, vio los periódicos que habían caído al suelo. Notó inmediatamente que había pasado algo, como cuando se despertó en Bahía y vio que Lia no estaba. Pasó por encima con los dientes apretados. Si se hubiese marchado otra vez, como…

Sin embargo, se paró en la puerta de la sala y la vio de pie, de espaldas a él y mirando por la ventana principal. El alivio que se adueñó de él habría sido preocupante si no siguiera inquieto.

–Hola, he traído unos cruasanes y unos hojaldres.

Lia no se dio la vuelta inmediatamente y, cuando lo hizo, estaba pálida y tenía los brazos cruzados con un gesto defensivo. No tenía nada que ver con la mujer somnolienta que había sonreído cuando él la había besado para despertarla… Dejó la bolsa en una mesa. Lia lo miraba de una manera que hizo que se sintiera más cauteloso que preocupado.

–¿Ha pasado algo?

–Eso podrías decirlo tú –contestó ella en un tono inexpresivo.

Ben frunció el ceño, pero ella siguió hablando antes de que él pudiera preguntarle a qué se refería.

–¿Qué es todo esto, Ben? ¿Qué hacemos aquí?

Él vio un millón de imágenes carnales, pero prefirió no hacer ningún comentario jocoso. Empezaba a sospechar algo espantoso. Ella lo sabía, lo sabía por algún motivo.

–¿Qué crees tú que es, Lia?

Ella lo miró un buen rato.

–Para ser sincera, no lo sé. Solo sé que es una seducción muy esmerada para alguien que, hasta hace unas semanas, era un soltero recalcitrante con mala fama de playboy.

Ben se sonrojó y apretó los dientes.

–No parecías interesada en analizar las cosas hasta ahora.

–No –reconoció Lia sin disimular la amargura–. Tonta de mí.

–No eres tonta, Lia –replicó él.

–¿No? –preguntó ella con una ceja arqueada.

Entonces, ella tomó el periódico que estaba en la butaca y se lo tiró a Ben, quien lo agarró en un alarde de reflejos. Vio el titular y se sintió desproporcionadamente aliviado. La miró después de haber ojeado por encima la foto y el artículo.

–¿Eso es todo?

Solo era prensa sensacionalista y, si acaso, jugaría a su favor.

–No, eso no es todo –contestó Lia en un tono más gélido todavía–. Recibiste un mensaje de un amigo. Leí parte por error, porque creí que era mi teléfono, pero no lamento haberlo leído. Me pareció esclarecedor.

Ben vio su teléfono en la mesilla y lo agarró. Vio el mensaje y lo desbloqueó para leerlo hasta el final.

Podrías ganarnos a todos en el altar. Disfruta de la libertad mientras puedas. Ciao*, Mancini.*

Casi pudo oír el tono sarcástico y tuvo que contenerse para no tirar el teléfono contra algo sólido. Cuando miró a Lia, estaba más pálida todavía y sus ojos eran como dos zafiros que resplandecían con rabia y otras cosas que no pudo descifrar.

–¿Por qué lo llama «la apuesta de un millón de dólares»?

Ben notó algo muy pesado en el pecho. No había querido que saliese así, pero quizá fuese mejor ser implacablemente sincero. Dejó caer el periódico y el teléfono. Se pasó una mano por el pelo y la miró.

–Convoqué una reunión con los demás después de que la prensa pareciera decidida a hundir nuestras reputaciones. Todos participamos en una organización benéfica y estaba empezando a sufrir las consecuencias adversas. Ese fue el punto crítico para mí y supuse que si Mancini, Trakas y el jeque Al-Ghamdi aceptaban unir sus fuerzas conmigo, podríamos derrotar a la prensa con sus propias armas.

–Entonces, os reunisteis ¿y qué? –preguntó ella en tono tenso–. ¿Comentasteis estrategias?

–Algo así –reconoció él en tono sombrío.

Ella no dijo nada, pero él casi podía oír su cerebro dando vueltas. Era una mujer inteligente y no tardaría mucho. Efectivamente, ella abrió los ojos como platos y su rostro perdió el poco color que le quedaba.

–Concertaste aquella cita conmigo una semana después de tu reunión. Puedo apostar cualquier cosa a que, si llamo a Elizabeth Young, me confirmará que todos os habéis inscrito con ella.

–Efectivamente, te lo diría. Todos nos inscribimos con ella porque decidimos que la mejor manera de limpiar nuestras reputaciones sería… sentar la cabeza.

Lia lo miró boquiabierta y con los ojos fuera de las órbitas.

–No puedo creérmelo… ¿Hicisteis un pacto para encontrar mujeres y casaros para así demostrar que estáis abandonando vuestras imágenes de playboys?

–La gente se casa por mucho menos todos los días.

Lo miró con los ojos como ascuas, ni siquiera estaba seguro de que ella hubiera oído lo que había dicho.

–No me extraña que llamara apuesta a tu puja de un millón de dólares. ¿Esperabas que me quedara completamente obnubilada por ti o ibas a plantear la pregunta después de haber comprobado nuestra compatibilidad física?

Algo en el rostro de Ben debió de delatarlo porque Lia retrocedió sacudiendo la cabeza. Tenía un brillo en los ojos que lo atravesó, era un brillo acusatorio y con algo más ambiguo.

–Sospechaba que tramabas algo desde el principio, pero nunca me habría imaginado que llegarías tan lejos.

Lo único que la mantenía en su sitio era la rabia tan intensa que sentía. Se dijo que no era dolor y traición. Se dijo que los sentimientos que le habían parecido verdaderos hacía un rato solo habían sido una ilusión producida por las hormonas del sexo. ¿Cómo iba a haberse enamorado de ese hombre?

Se maldijo a sí misma por no haber confiado en su intuición desde el principio, por haber dejado que Ben la engañara, que le hiciera pensar… ¿Qué había pensado? ¿Que le importaba? Qué sarcasmo. A él solo le importaba su querida empresa y su reputación. ¿A dónde había ido a parar su sano escepticismo? Se había derretido, como su fuerza de voluntad, en cuanto él la tocó. Sin embargo, lo peor en ese momento, peor que cualquier otra cosa, era el daño que le hacía que le hubiese mentido en Brasil cuando le

dijo que la había deseado solo con ver su foto, antes de saber quién era. Se detestaba a sí misma por ser tan débil.

Ben se limitó a mirarla como si analizara su reacción. Parecía distante, no se parecía lo más mínimo al amante seductor que la había llevado hasta el cielo más veces que las que estaba dispuesta a reconocer.

–Una vez pensaste casarte por conveniencia –le recordó Ben.

Lia volvió a sentir náuseas solo de pensar todo lo que le había contado cuando él había estado jugando con ella. Levantó la barbilla e intentó no hacer caso de la sensación de que algo le desgarraba el pecho. Se dijo que era la rabia.

–Efectivamente, pero estaba descaminada y lo hacía por los motivos equivocados.

–Nosotros tenemos que lo que jamás tuviste con tu exprometido. Tenemos una química disparatada y metas y ambiciones en común. Podríamos construirnos una buena vida juntos.

Oírle decir con ese descaro lo que había estado pensando todo el rato fue como un puñetazo en la boca del estómago y se dio cuenta, por primera vez, de que había cambiado. Era posible que hubiese aceptado un matrimonio de conveniencia, por su padre y, subconscientemente, por protegerse del dolor de la intimidad, pero no volvería a hacerlo jamás. Ya sabía que se merecía mucho más, y le enfurecía que hubiese sido ese hombre quien le hubiese abierto los ojos.

–Puedo ocuparme de ti y de tu padre –siguió Ben–. Lia, has reconocido que su salud está decayendo y tendrá que retirarse antes o después. No puedes seguir protegiéndolo toda la vida, no puedes seguir renunciando a tus aspiraciones por las de él.

Ella lo odió todavía más por ser capaz de llegarle al corazón. Ella le había dado esa capacidad. Eso era lo que pasaba cuando te abrías a alguien. Conocía tus puntos débiles, y ella le había dado a Ben un mapa muy detallado. Solo podía culparse a sí misma, no debería haber dejado de hacer caso a sus recelos. Se crispó por la insinuación de que había que ocuparse de ella.

–Vaya, debiste de creerte de verdad que lo tenías todo solucionado cuando me viste en el catálogo de Leviatán. No solo podrías encontrar la esposa que necesitabas sino que, además, podrías garantizarte la entrada de tu empresa en Europa.

Ben se puso rojo, pero ella no sintió el triunfo de haberlo puesto en evidencia. Se sintió peor, se sintió decepcionada y traicionada, no podía negarlo más.

–Me encargaré de que la empresa de tu padre prospere, que su

nombre perviva –comentó él.

Lia se rodeó con los brazos como si eso pudiera mantenerla entera.

–Lo que describes es una fusión empresarial. ¿No me escuchabas cuando te dije que me da igual la riqueza y sus ataduras?

–Eso es fácil decirlo cuando no te lo han arrebatado todo y no has visto las consecuencias en tu familia –replicó él con los dientes apretados.

Ella se quedó muda un momento. Ben tenía razón en cierto sentido. Aunque sabía que ella podía sobrevivir, también sabía que su padre se habría muerto si le hubiese pasado lo que les pasó a los padres de él. Además, no podía soportar que, incluso en ese momento, el corazón le doliera un poco por lo que le había pasado a Ben… No podía soportar que quisiera preguntarle si había sentido algo más allá de ese plan absurdo. Sin embargo, no lo haría, no era tan masoquista y él acababa de mostrarle hasta qué punto era desalmado.

–No me interesa un matrimonio de conveniencia contigo, Benjamin Carter.

–Sin embargo, ¿estabas dispuesta a vivir con un hombre que te dejaba completamente fría?

–Preferiría vivir así que vivir con un hombre capaz de seducir para conseguir lo que quiere, que puede mentir con su cuerpo y sus caricias. Me das asco.

«Me das asco».

Algo se rompió dentro de él, un control al que había estado aferrándose, algo que había hecho que se sintiera impotente ante sus acusaciones. Ella tenía razón. Había tramado engatusarla para que se casara, pero ella no había sabido que casi se había olvidado de ese objetivo, que había preferido dejarse arrastrar por ella una y otra vez.

–Todavía me deseas –soltó él entre dientes y en un tono desesperado.

–No –replicó ella con frialdad y sacudiendo la cabeza.

Eso hizo que perdiera el control. Llegó hasta ella con dos zancadas, la agarró de los brazos y la estrechó contra él. Ella levantó la barbilla. Todavía tenía los brazos cruzados y le levantaban los tentadores pechos por debajo de la camisa de seda.

–Esto no significa nada, Ben –replicó ella con cierto pánico–. Que pueda reaccionar…

Él la calló con la boca y abrazó con fuerza. Se quedaron unos segundos enlazados, hasta que Ben la soltó un poco. Introdujo una mano entre su pelo y bajó la otra por el brazo hasta su cintura. Ella no hizo nada y Ben creyó que iba a apartarse, pero, de repente, dejó escapar algo entre un sollozo y un gemido y abrió la boca. El entusiasmo se adueñó de él y sofocó cualquier remordimiento. Solo sabía que las deliciosas curvas de ella se amoldaban a su cuerpo y que su lengua le tocaba la de él.

Se basaron frenética y apasionadamente, con rabia. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él le tomó el trasero con las manos por encima de los vaqueros y se contoneó contra la unión de sus piernas.

Estaba a punto de levantarla y de pasarse sus piernas alrededor de la cintura, podía llevarla al dormitorio, pero, súbitamente, ella se quedó rígida y se soltó de sus brazos. Les costaba respirar y ella lo miraba como si le hubiese dado una patada a un cachorrillo.

–No –dijo ella en tono áspero mientras sacudía la cabeza–, no quiero esto, Ben. Quiero algo más que un matrimonio de conveniencia y un deseo que, inevitablemente, acabará apagándose. Entonces, ¿dónde quedaremos? Todo es mentira.

La sangre le palpitaba a Ben en las zonas erógenas y no le llegaba al cerebro. Le costaba pensar y tenía que intentar dominar el cuerpo.

–No es mentira. Es lo más sincero que he sentido en mi vida.

Lia volvió a sacudir la cabeza y empezó a dirigirse hacia el dormitorio. No le consolaba que pareciera inestable, lo que demostraba cuánto la había alterado. Él tampoco estaba seguro de estar muy estable.

Volvió a salir unos minutos después con la bolsa de una marca muy exclusiva que le había llevado la ropa que había pedido él. Fue apresuradamente hasta la puerta sin mirarlo.

–Entonces, ¿ahora dices que quieres más? –le preguntó Ben con una mezcla espantosa de pánico y desesperación–. ¿Después de todo lo que has conocido?

Ella se paró en la puerta con la mano en el picaporte, se dio media vuelta y algo atenazó a Ben. Parecía muy joven y delicada y tenía la boca hinchada por el beso. Todavía quería sentirla debajo de la de él, para siempre. Ella levantó la barbilla y entonces pareció regia.

–Es posible. Es posible que no sea tan escéptica como creía y, desde luego, no lo soy tanto como tú. Además, aunque solo sea eso, no podría confiar en ti. También agradecería que dejaras en paz a

mi padre.

Él tardó unos segundos en asimilar lo que había dicho y tuvo ganas de gruñir. Evidentemente, seguía teniendo un concepto muy bajo de él independientemente de las confidencias que se habían contado.

–Tu padre no sabrá nada de mí –le aseguró él con firmeza–, pero eso no quiere decir que no vaya a ser un objetivo para otros.

–Es posible –concedió ella–, pero nos ocuparemos cuando suceda, si sucede.

Ben sintió un arrebato protector incontenible. Él quería ocuparse si sucedía. No quería que Lia se viese entre su padre y un tiburón sin escrúpulos. Entonces, se dio cuenta de que ella creía que él era ese tiburón.

Ella abrió la puerta antes de que él pudiera reaccionar y solo quedó un levísimo olor a su perfume. Se sintió aturdido a pesar de que la sangre todavía le bullía un poco y de que aún pudiera notar el sabor de su boca en la lengua. No pudo respirar durante un segundo y fue hasta la ventana para fijarse en los edificios, que le recordaban lo que era importante, lo que era sólido.

Cumpliría su palabra y dejaría en paz a su padre. Podía ponerse otros objetivos. En cuanto al plan original de encontrar esposa, nada había cambiado. Cuanto antes se olvidara de Lia Ford y volviera a encauzar su vida, mejor.

Esperó hasta más tarde, hasta que estuvo de camino al aeropuerto, para hacer la llamada. Cuando contestó Elizabeth Young y se dio cuenta de quién era, no perdió el tiempo y le dijo lo que pensaba de que volviera a llamarla para perseguir a Lia. Ben también dijo lo que pensaba, cuando ella terminó de hablar, y remató…

–¿Puede concertarme otra cita, por favor?

Ella tardó un rato en contestar.

–Tendrá otra oportunidad, señor Carter, pero solo porque sé lo que les cuesta a los hombres como usted reconocer que se han equivocado y decir «por favor».

Capítulo 9

VAYA, estás reconociendo que quieres un matrimonio de conveniencia, eso es muy frío.

La mujer con la que Ben había salido tres veces durante las dos semanas pasadas, y a la que ni siquiera se le había pasado por la cabeza besar, pareció digerirlo un momento antes de hablar.

–Tengo que pensarlo y, naturalmente, ver el contrato prematrimonial, pero es una posibilidad, claro.

A Ben no le sorprendió lo más mínimo que no hubiese salido corriendo como si fuese un monstruo de dos cabezas. Había salido con bastantes mujeres curtidas y cínicas de Nueva York y sabía que muchas ni siquiera parpadearían ante una propuesta como esa. A otras les parecería de lo más romántico.

La mujer que estaba sentada enfrente de él en uno de los restaurantes más exclusivos de Manhattan era rubia, increíblemente guapa y refinada hasta decir basta. Era intérprete en la ONU. Sería una esposa perfecta, al menos, sobre el papel, pero se quedó indiferente ante la idea de que pudiera tener al alcance de la mano el matrimonio que buscaba. Sabía que no iba a suceder. Estaba obsesionado con otra persona, con Lia. Había pensado que podía eliminarla de su vida y pasar página, pero era muy complicado, era completamente imposible y su obsesión empeoraba a medida que pasaban los días. Ardía por ella incluso en ese momento. La prefería a cualquier mujer, por muy adecuada que fuese, y podía abandonarlo las veces que quisiera, que siempre iría detrás de ella.

Lo atenazó una sensación desoladora de inutilidad y dejó la servilleta en la mesa.

–Siento que hayas perdido el tiempo, pero esto no va a salir bien.

–Mira, estoy dispuesta a pensarlo –replicó ella sin poder disimular la inquietud.

–Lo siento, pero no.

Ella también dejó la servilleta con un gesto de desesperación evidente, se levantó y lo miró.

–Si quieres un consejo, aclárate con quien te tiene atado de pies y manos. Si aun así quieres hablar, llámame. Aunque no voy a estar esperándote toda la vida.

Ben dejó algún dinero en la mesa y también se marchó enfadado consigo mismo. Salió al frío de la noche y se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Dejó atrás varias manzanas hasta que llegó al solar en ruinas de un edificio que acababa de comprar. Lo habían derribado ese mismo día y una valla con su nombre tapaba el montón de escombros. El edificio tenía doscientos años y estaba cayéndose, pero sintió una punzada por primera vez en su vida. Había tenido una historia, algunas personas habían vivido y muerto allí. Había sido testigo de muchas existencias y, en ese momento, estaba reducido a nada. Lo sustituiría algo nuevo y moderno, un rascacielos que sacaría el mayor provecho al menor espacio. El progreso, el desarrollo, el avance. Entonces, ¿por qué se sentía tan vacío cuando, normalmente, en una situación así, solo sentía la satisfacción que le corría por las venas?

Se dio media vuelta y dejó escapar algo parecido a un gruñido que hizo que una pareja lo mirara con cautela. Él, sin hacer caso a esa reacción, miró alrededor, a los edificios oscuros y vacíos. Eran sólidos, eran símbolos resplandecientes del éxito que siempre había anhelado alcanzar, algo que, literalmente, podía tocar, pero que, en definitiva, no eran más seguros que el edificio que había derribado ese mismo día, eran igual de frágiles y susceptibles de que los demolieran.

Desde allí podía ver los dos haces de luz que señalaban la Zona Cero. Si había algo que simbolizaba la fragilidad de las construcciones y la vida, era eso. Sin embargo, también simbolizaba la fortaleza y la supervivencia. Era una contradicción.

Por primera vez en su vida, tuvo la sensación de que si lo perdía todo, podría reponerse y volver a levantarlo. Al fin y al cabo, había empezado desde cero. No era su padre, no se derrumbaría y desaparecería como había hecho él, y tampoco era su madre. Notó que se quitaba un peso de encima, un peso que ni siquiera había sabido que llevaba. Miró el camino por donde había llegado y se sintió completamente decidido. Sabía que había hecho un trato con Mancini, Trakas y el jeque Al-Ghamdi, pero, de repente, lo que le había importado durante todas esas semanas ya no le importaba nada. Ya sabía que solo podía seguir un camino y apechugar con las consecuencias, fueran cuales fuesen.

Una semana más tarde

Lia estaba en la ventana de su despacho y miraba Londres con

melancolía. El tiempo se parecía a su estado de ánimo; era gris y húmedo. Se imaginaba a Ben Carter en su preciosa villa de Bahía seduciendo a su última candidata para esposa, a esa rubia impresionante que había visto en una foto al lado del titular que se preguntaba si sería la mujer que metería en vereda al temperamental magnate.

Un cuchillo se le clavó en las entrañas y tomó una bocanada de aire. Ya no podía negarlo más. No podía seguir contándose que no se había enamorado de él, que solo habían sido las hormonas. Estaba enamorada profunda e irrevocablemente, pero no se arrepentía de haberlo abandonado. No le extrañaba que hubiese aceptado el matrimonio de conveniencia con Simon, ¡habría sido de lo más seguro! Sin embargo, un matrimonio de conveniencia con un hombre al que quería… Eso sería una tortura. Solo la quería por lo ventajosa que era para su reputación y su empresa. Una vez más, tuvo que tomar una dolorosa bocanada de aire por lo despiadado que era.

Frunció el ceño al ver su reflejo en el cristal. No soportaba tener ese aspecto abatido y cansado después de noches en vela llenas de sueños pornográficos. Lo amaba, pero lo odiaba por su traición y premeditación despiadadas.

Entonces, sonó su móvil y se dio la vuelta con un suspiro. Vio el nombre en la pantalla y contestó con una sonrisa para que no sonara tan desdichada como se sentía.

–¡Papá! ¿Pasa algo?

Lo habían obligado a trabajar desde casa esa semana para facilitar la rehabilitación, pero ella sabía que estaba impaciente por volver a las oficinas de la ciudad, donde también trabajaba ella. Afortunadamente, nunca había comentado nada sobre la noticia en la prensa sensacionalista sobre Ben y ella, de modo que no podía haberla visto. Charlaron unos minutos, hasta que él hizo un comentario.

–Por cierto, he tenido una visita esta mañana.

–¿De verdad? ¿De quién? –preguntó ella sin darle importancia.

Su padre se aclaró la garganta antes de hablar.

–Benjamin Carter, el magnate de la construcción estadounidense…

Lia se quedó inmóvil y notó que agarraba el teléfono con más fuerza y que la sangre huía de su rostro. Su padre siguió hablando hasta que, atónita, lo interrumpió.

–¿Qué dices que hizo?

–Me pidió tu mano y hablamos de una posible fusión. Tiene

razón, Lia. Yo no voy a ser ni más joven ni más sano y tú tienes tus propias aspiraciones. Tengo que ser pragmático…

Lia se dejó caer en la butaca. Estaba tan atónita por oír que él había hablado de sus aspiraciones como por oír quién había sido su visitante.

–Lo siento mucho, papá. Todo ha sido culpa mía. Nos conocimos en Nueva York y me persiguió… Pero solo me quería por tu empresa y, además, necesita una esposa y…

Cerró la boca antes de que hablara demasiado. Notaba que estaba menos sorprendida y que sentía algo ardiente, que se derretía. Ben había ido detrás de ella otra vez y había hecho lo que le había pedido expresamente que no hiciese.

–Lo entiendo… –comentó su padre–. ¿Y tú qué sientes por él?

–Lo odio –contestó ella inmediatamente aunque todo el cuerpo le decía que era una mentirosa.

–Lia, creo que no lo entiendes…

–Papá –le interrumpió ella–, es culpa mía y yo me ocuparé.

Cortó la llamada antes de que su padre pudiera decir algo más, descolgó el teléfono de su despacho y le pidió a su secretaria que le consiguiera la dirección de las oficinas de Ben en el Reino Unido. Ben Carter no iba a salirse con la suya. No podía soportar que sintiera ese cosquilleo ante la idea de volver a verlo, pero no le hizo caso.

No estaba preparada para ver a Ben, que se acercaba a ella dando grandes zancadas por el vestíbulo de su moderno edificio de oficinas en el centro de Londres. Parecía implacable y concentrado, pero se paró en seco en cuanto la vio, y la miró como si fuese un fantasma.

–Iba a verte –comentó él parpadeando.

Ella se cruzó de brazos e intentó pasar por alto que se le había acelerado el corazón.

–Pues te he ahorrado el viaje. ¿De verdad creías que iba permitir esto?

Ben frunció el ceño y ella se dio cuenta, por primera vez, de que parecía un poco más descuidado y cansado de lo normal. Tenía unas arrugas alrededor de la boca que ella no le había visto antes. Se imaginó, con cierta maldad, que sería por el trabajo que le daba examinar las virtudes y defectos de otra esposa, aunque no estuviese en Bahía en ese momento. Sintió una punzada dolorosa al acordarse de lo poco que le había costado seducirla.

–¿Qué te ha contado tu padre?

–Todo lo que necesito saber. Que has ido a verlo para hablar de fusiones y que le has pedido mi mano.

La rabia volvió a adueñarse de ella cuando se acordó de que le había contado lo mucho que quería su padre que sentara la cabeza. Se acercó un poco más a él.

–¿Cómo has sido capaz? –le preguntó entre dientes–. Te has aprovechado de una confidencia que te conté.

No se dio cuenta de que estaba demasiado cerca hasta que olió su inconfundible olor y sus voraces hormonas se despertaron. Sin embargo, no iba a retroceder para que se diera cuenta de que la afectaba. Levantó la barbilla y lo desafió.

–Entonces, compruebo que no le has dejado que te lo explique todo, ¿verdad?

Lia parpadeó. Su padre había estado diciendo algo cuando cortó la llamada, pero no hizo caso de la duda que sintió.

–Oí todo lo que tenía que oír. ¿Qué otra explicación puede haber para que estés en Inglaterra?

–Efectivamente, ¿cuál? –preguntó él con un brillo en los ojos.

Lia se dio cuenta de que había gente en el vestíbulo y de que podían estar oyéndolos. Ben pensó lo mismo y dejó escapar una maldición.

–No podemos tener esta conversación aquí.

La agarró del brazo y la llevó hacia los ascensores antes de que ella pudiera darse cuenta.

–Creo que ya hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos –volvió a susurrar ella mientras intentaba soltarse–. Tienes que dejarnos en paz a mi padre y a mí, no vas a salirte con la tuya.

Sin embargo, a pesar de todo, estaba en el ascensor y estaban subiendo. Entonces, la soltó.

–No vas a marcharte hasta que hayas oído todo lo que tengo que decirte –la avisó él en tono sombrío.

Lia lo miró con rabia, pero se quedó muda cuando empezó a recordar lo que había pasado antes en otro ascensor. Él, como si estuviese acordándose de lo mismo, le miró los pechos debajo de la camisa de seda y volvió a subir lentamente la mirada. Ella notó la humedad cálida entre las piernas y quiso gritar por el poder que ese hombre seguía teniendo sobre su cuerpo.

Entonces, las puertas se abrieron y ella pudo ver que estaban en el último piso. Ben la sacó del ascensor y la llevó por un pasillo largo con cubículos de cristal a los lados. La gente intentaba por todos los medios fingir que no le interesaba lo que estaba viendo.

Ella pensó gritar, pero se imaginó a Ben callándola con un beso…

La metió en el despacho que estaba al final del pasillo, el mayor, que tenía unas vistas impresionantes de Londres y el Támesis. Sin embargo, no era tan impresionante como el hombre que cerró la puerta y se quedó delante como si quisiera bloquearle la salida.

–¿Puede saberse qué quiere, señor Carter? –le preguntó ella mientras retrocedía–. No tengo tiempo para estas cosas.

Él esbozó una sonrisa seria y se apoyó en la puerta con las manos en los bolsillos.

–Observo que hemos vuelto al «señor Carter»…

Lia se cruzó de brazos al sentirse vulnerable en ese sitio cerrado, aunque todo eran ventanales.

–¿Qué esperaba?

Algo parecido a un reproche a sí mismo se reflejó en el rostro de Ben, quien se apartó de la puerta y fue a mirar por un ventanal. Su espalda era muy ancha y ella no pudo evitar acordarse del día que lo vio trabajando en el tejado de la villa de Bahía con el marido de Esmé mientras se reían y bromeaban. Frunció el ceño. Ese hombre no había existido nunca.

Entonces, él habló y la sacó de los recuerdos.

–Un colega me dijo una vez que mis edificios tenían más corazón que yo, y tenía razón. Yo creía que mis edificios no podían caerse y que permanecerían en pie aunque yo cayera. Los sentimientos y la fragilidad humana, la codicia y la corrupción no los debilitan. Sin embargo, eso no es verdad.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Lia, quien estaba un poco desorientada.

Ben se dio la vuelta para mirarla con algo parecido a la desolación en los ojos.

–Me equivocaba al pensar que mi redención estaba en mis construcciones.

Lia sacudió la cabeza y se resistió al deseo de entenderlo.

–No puede importarme menos lo que pienses de tus edificios.

Ben dejó escapar una maldición en voz baja y se pasó una mano por el pelo antes de clavarle esa mirada azul.

–Lo que intento decirte… –Ben hizo una pausa y siguió con más ímpetu–. He ido a ver a tu padre para hablar de la empresa y para pedirle tu mano.

–Ya lo sé –replicó ella sintiendo un dolor que la atravesaba–. Por eso he…

–Pero no es de la forma que tú crees.

Ella dejó de hablar y notó algo que le palpitaba por dentro. Ese

cosquilleo otra vez…. O el corazón… O algo más peligroso, esperanza. Maldita esperanza, podría sobrevivir a un apocalipsis nuclear.

–¿De cuál es entonces?

La mirada de Ben parecía abrasarla.

–Fui a decirle que quería casarme con su hija porque… la amo –él hizo otra pausa como si quisiera que ella lo asimilara y siguió mirándola con detenimiento–. Sin embargo, le dije que ella no me creería después de lo que le había hecho y que tenía que demostrárselo de alguna manera, y que la única manera que se me ocurría era que su empresa absorbiera la mía. Quiero demostrarte que, para mí, eres más importante que todo lo que he construido porque todo eso no significa nada sin ti.

Lia no sabía bien si seguía de pie e intentaba entender lo que había oído mientras sacudía levemente la cabeza.

–Pero… dejaste que me marchara. Además, has estado saliendo… con esa mujer.

–Era demasiado orgulloso como para reconocer que me habías afectado en un sentido sentimental. Mi vida no giraba alrededor de los sentimientos, giraba alrededor de construir edificios que afirmaban mi lugar en el mundo, que arraigaban mi seguridad en algo sólido. Quería negar la evidencia, estaba decidido a olvidarte y a seguir con mi vida –entonces, una sombra de pesadumbre cruzó rostro–. También estaba aterrado… De repente, nada me parecía importante o pertinente. Me sentía como si estuviese volviéndome loco. Solo había confiado en mí mismo durante toda mi vida y ya no podía confiar en mis instintos porque todos me decían que volviera contigo, que reconociera que mis prioridades habían cambiado… completamente. Además, no pasó nada con aquella mujer. Me aburría hasta decir basta, no eras tú.

Lia se quedó sin respiración, como si una mano enorme estuviera estrujándole el corazón. La opresión era tremenda.

–Aunque creyera lo que dices de entregarlo todo a mi padre… aunque aceptara casarme contigo… en definitiva, lo tendrías todo, habrías conseguido lo que querías.

Los ojos de él eran tan azules que casi le dolía mirarlos. Estaba deseando que ella lo creyera, podía notarlo, pero había algo que se lo impedía, el miedo. Solo podía ver que su padre había ido decayendo a medida que pasaban los años y que cada vez había sido más improbable que su madre volviera, y, en ese momento, tenía a alguien delante que le pedía su corazón… y estaba aterrada. Retrocedió dominada por el pánico.

–No… No puedo hacerlo…

Se dio media vuelta para librarse de esa mirada tan penetrante y fue hacia la puerta. La abrió cuando la mirada empezaba a nublársele, pero volvieron a cerrarla de golpe y se encontró con Ben detrás de ella, capturándola con las manos por encima de la cabeza. Se dio la vuelta y lo miró.

–Déjame que me marche.

–Jamás –replicó él sacudiendo la cabeza con vehemencia.

–No me fío de ti, ¿cómo iba a fiarme? –preguntó ella con el corazón a punto de salírsele del pecho.

–No es que no te fíes de mí, es que no te fías de ti. Te da miedo agarrar lo que siempre te has negado a ti misma, la posibilidad de sentir la felicidad que te mereces. Que tu padre se lo haya negado a sí mismo toda su vida no significa que tú tengas que hacer lo mismo.

Sus palabras le llegaron a lo más profundo del corazón y Lia replicó en tono sarcástico y a la defensiva.

–¿Desde cuándo eres un psicólogo?

–Desde que una mujer hermosa, lista y valiente me dejó plantado en nuestra primera cita y me puso el mundo al revés, me demostró que todo lo que yo creía que era importante no lo era.

–Tú sí que me pusiste el mundo al revés –replicó ella al borde del llanto.

–Lo sé –reconoció él con una expresión seria–. Porque, desde que te vi, te deseé como no había deseado a nada en mi vida. Efectivamente, sabía quién eras y, efectivamente, tenía un plan, pero, sinceramente, era en lo que menos pensaba. Tenía que recordarme a mí mismo cuál era mi objetivo, y por eso dejé que te marcharas. Me di cuenta de lo lejos que había llegado, había perdido de vista todo lo que había creído que era importante –él apretó los labios–. Cuando te marchaste, intenté convencerme de que no quería una esposa que me hiciera sentir algo. Te dije la verdad cuando te dije que te deseé desde la primera vez que te vi, desde que vi tu foto. Que fueses quien eras justificaba que fuese detrás de ti. Haré lo que haga falta para que me creas, Lia. Te cederé Construcciones Carter, o se la cederé a tu organización benéfica preferida, o a Santa Claus… a quien quieras. Créeme. Mi abogado está en el vestíbulo. Dime una palabra y redactarán el contrato. Nunca te pediré que te cases conmigo si te da miedo que ese siga siendo mi objetivo final. Si puedes decirme de verdad que no quieres esto, que no sientes nada por mí, dejaré que te marches y no volverás a saber nada de mí.

Lia miró esos ojos azules que la habían estremecido desde que los vio y solo pudo ver una firmeza deslumbrante, sinceridad y… el corazón le dio un vuelco… y amor. Ese hombre estaba dispuesto, por ella, a deshacer todo lo que había hecho. Además, no le mintió cuando le dijo que la había deseado desde que había visto su foto. Sin embargo, seguía habiendo algo que la disuadía.

–Pero… ¿cómo voy a saber que no acabarás marchándote o que no me harás daño? –preguntó ella con un hilo de voz.

Lia ya no tenía dónde esconderse, estaba mostrándose a pecho descubierto, estaba exponiendo sus miedos más profundos. Ben puso una expresión tan implacable que ella aguantó la respiración.

–Nunca te dejaré y tú tienes la misma capacidad de hacerme daño… más todavía.

Ella sintió un arrebato de rabia ante la idea de hacer daño a ese hombre… de abandonarlo.

–Nunca podría hacerte daño.

Algo se brilló en el rostro de Ben, algo parecido a la satisfacción.

–No todo el mundo es como tus padres, Lia. Algunas personas encuentran la felicidad, la seguridad. ¿Me amas?

Lia, que ya no podía mantener las defensas que había levantado en torno a sí, asintió con la cabeza.

–Muy bien –los ojos de Ben dejaron escapar un destello sospechoso–, ya somos distintos a ellos porque yo también te amo y prometo, aquí y ahora, que haré todo lo que pueda para que seas feliz mientras vivamos. Ellos no se amaban de verdad, Lia. Ni tus padres ni los míos. Ahí es donde fracasaron.

Ella lo miró con una opresión en el pecho. ¿Tenía razón? ¿Las cosas podían salir de otra manera para ellos porque se amaban? ¿Podía ser así de sencillo?

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, ya sabía la respuesta porque estaba sintiendo una ligereza por todo el cuerpo como no había sentido jamás. Podía ser así de sencillo… y de complicado, porque amar a Ben Carter era la cosa que más miedo le había dado en toda su vida, y la más sencilla. Por eso, hizo lo único que podía hacer. Agarró la cabeza de Ben, se la bajó y lo besó hasta que se esfumaron todos los miedos y todas las dudas y solo quedó el amor.

Mucho más tarde, en la habitación de un hotel que había a la vuelta de la esquina de las oficinas de Ben, Lia estaba tumbada, saciada y adormilada después de haberse reencontrado con Ben de

una manera muy completa y convincente. Estaba acurrucada a su lado y él la rodeaba con un brazo, no dejaba que se escapara aunque ella tampoco tenía ninguna intención de hacerlo. Le pasó un dedo por el pecho y acabó levantando la cabeza para mirarlo. Él también la miró con unos somnolientos ojos azules y una sonrisa muy sexy.

–¿Recuerdas que dijiste que nunca me pedirías que me casara contigo?

–Sí… –él la miró con cautela–, y lo decía en serio. Si eso es lo que se necesita para demostrarte…

Ella le puso un dedo en los labios para callarlo. De repente, se sentía insegura, pero siguió.

–La cuestión es… Lo agradezco… pero es que… es que me preguntaba si… si crees que no tienes que hacerlo, *¿querrías* casarte conmigo?

Los ojos de Ben dejaron escapar un destello que Lia no pudo descifrar y, entonces, la apartó para levantarse. Lia se sentó, sintió frío y no le gustó la inseguridad que sentía. Quizá fuese demasiado pronto…

Ben, espléndidamente desnudo, estaba rebuscando en sus bolsillos, hasta que volvió, se arrodilló delante de ella y le tapó el pecho con la sábana. Llevaba un estuche de terciopelo negro en las manos y a ella se le secó la garganta.

–No te lo había enseñado porque no había querido presionarte.

Ben abrió el estuche y Lia lo miró con los ojos como platos. Allí, sobre la seda negra, estaba el anillo más maravilloso que había visto en su vida. Era un zafiro rectangular flanqueado por dos filas de diamantes.

–La cuestión es que si no te gusta podemos cambiarlo–siguió Ben con un nerviosismo impropio de él–, pero sí me gustaría pedirte que aceptes este anillo y seas mi prometida todo el tiempo que quieras. Luego, si alguna vez decides que quieres ser mi esposa, estaré esperando.

Lia sintió una emoción que le atenazó la garganta y la felicidad le bulló en la sangre. Además, también sintió que se libraba del peso del pasado. Miró a Ben, pero lo vio borroso por las lágrimas.

–Te amo –reconoció ella entre risas y llantos–, y sí, acepto desde ahora. Me casaré contigo Ben Carter, si me aceptas.

Él la miró un rato sin salir de su asombro, hasta que Lia se abalanzó entre sus brazos y sus cuerpos entrelazados cayeron en la cama. Pronto estuvo tumbada sobre su pecho y Ben le tomó la mano izquierda, la miró y le puso el anillo en el dedo.

–Te amo, Julianna Ford.

El anillo le quedaba como un guante y le rodeó el cuello con los brazos.

–Yo también te amo, Benjamin Carter, pero… ¿por dónde íbamos?

Epílogo

El equipo está en India, sobre el terreno, Lia. No podemos agradeceros lo suficiente lo que estáis haciendo Ben y tú. Tu organización benéfica ha sido de un valor incalculable para devolver el orden dentro del caos.

–Solo siento no poder estar con vosotros –se lamentó Lia mirando por la ventana de su despacho.

El hombre al otro lado de la línea telefónica resopló y se rio.

–No te preocupes, tus conocimientos son muy valiosos incluso desde allí. Además, no creo que ese marido que tienes vaya a perderte de vista durante un tiempo.

Ella se llevó la mano al abultado abdomen y miró por la cristalera que separaba su despacho del de su marido en su edificio de Londres, donde se habían instalado.

Ben había aceptado vivir en el Reino Unido para así poder estar más cerca del padre de ella, quien parecía estar renaciendo desde que Ben y él habían fusionado las empresas y habían formado una empresa formidable que se llamaba Construcciones Carterford. Su padre había dado un paso mucho tiempo demorado y estaba en un crucero con su nuevo amor, su secretaria de toda la vida. Lia había sospechado desde hacía tiempo que estaba enamorada de él y estaban muy bien juntos.

Frunció el ceño cuando no pudo ver a su marido y se sentó más recta.

–De acuerdo, Philip, mantennos informados de cómo van las cosas.

Lia colgó el teléfono, se levantó y sonrió al entender por qué no había podido ver a su marido. Salió de su despacho y se apoyó en el marco de la puerta del de él con una mano en el abdomen. Estaba embarazada de ocho meses. Ben la miró desde el suelo, con las mangas remangadas y el pelo revuelto. Sus ojos brillaron y se llevó un dedo a los labios. Lucy, su hija de tres años, no la había visto todavía y estaba hablando con su padre en un tono muy autoritario.

–No, papá, ¿no lo ves? Tenemos que construir un cuarto para el coche de bomberos y todos los animales.

Un amor y una felicidad inmensos se adueñaron ella y casi se quedó sin respiración. Parpadeó para contener las lágrimas y

maldijo las hormonas del embarazo. Ben se sentó y le alargó una mano. Entonces Lucy se dio la vuelta entre gritos.

–¡Mamá! ¡Ven a ver lo que estamos haciendo!

Lia se arrodilló con cuidado y Ben la abrazó con los brazos alrededor del abdomen. Lucy, un diablillo de pelo oscuro y ojos azules que los tenía muy ocupados, se levantó de un salto.

–¿Puedo oír a mi hermanito?

Ben y Lia abrieron los brazos y Lucy apoyó la oreja en su abdomen con el ceño fruncido por la concentración y los brazos extendidos para abarcar la cintura de su madre. Lia se apoyó en el pecho de Ben, que le apartó el pelo para besarle el cuello. Ella se estremeció y, justo entonces, el bebé dio una patada. Lucy se rio. Lia sintió la sonrisa de Ben en su piel y también sonrió.

–Te amo… –le susurró él.

–Yo también te amo –le susurró ella girando la cabeza.

Podrás conocer la historia de Dante Mancini en el segundo libro de *Esposas de millonarios* del próximo mes titulado:

ESPOSA POR PLACER